



FEDERICO ANDAHAZI PSICÓDROMO

Grijalbo

FEDERICO ANDAHAZI

Psicódromo

Grijalbo

1

ATENAS-BUENOS AIRES,
BUENOS AIRES-ATENAS

—He venido a darte mi pésame —le dijo Diógenes de Sínope a Aristóteles.

—¿Quién ha muerto?

—Tú, Aristóteles. Hace tiempo que eres un cadáver apoltronado y bien alimentado. Desde que erigiste este palacio has dejado de caminar y te has vuelto gordo, estúpido y codicioso.

El tono cáustico de Diógenes de Sínope resonaba contra los mármoles del Liceo de Atenas. Su fundador permanecía reclinado en su sillón con fingida indiferencia. Nunca nadie se había atrevido a hablarle de ese modo. Diógenes no había llegado solo, lo seguían tres perros mugrientos que olisqueaban los pedestales de las esculturas y orinaban los fustes de las columnas.

El vagabundo más célebre de Atenas se rascaba la barba enmarañada con la misma fruición con que sus perros intentaban quitarse las pulgas. Aristóteles, sin abandonar el papel de anfitrión, lo miraba impávido. Diógenes tenía los pies sarmentosos, sucios y llagados. Los de Aristóteles, en cambio, eran redondos, pequeños y limpios. Los llevaba envueltos en unas sandalias de piel de cordero tan delicadas que no parecían hechas para entrar en contacto con el suelo.

—¿A eso viniste, Diógenes, a hablar de mi aspecto?

—No, no he dicho solo eso. Dije, además, que te has vuelto estúpido y avaro.

Uno de los perros había descubierto una patena con restos de comida sobre un trapezóforo y, parado en dos patas, intentaba llegar a ella con la lengua. Diógenes vio la escena, se acercó, tomó una pata de pavo de la bandeja, arrancó con los dientes la carne que estaba pegada al hueso, se la quitó de la boca, la repartió entre los perros y se reservó los huesos para sí. Los quebraba ruidosamente entre las muelas y extraía la médula.

—Diógenes, te has convertido en un perro...

—No, te equivocas; siempre lo he sido. Pero mejor preocúpate por ti que te has convertido en un cerdo.

—Veo que has venido a insultarme. Hazlo, date el gusto, no te prives. Al menos no viniste a masturbarte como alguna vez lo hiciste en el ágora.

—Si fuese tan fácil saciar el hambre como el apetito sexual, no haría otra cosa más que frotarme el vientre y más abajo también. De hecho, no estaría comiendo los restos fríos de tu banquete. Ya quisieras tener el honor de que volviera a ungir los mosaicos de tu Liceo. Pero no vine a eso. Como he dicho, estoy aquí para lamentar tu muerte.

Aristóteles sacudió la cabeza, resignado a soportar la interpretación teatral del más cruel y

acaso el más sabio de los hijos de Grecia.

—Estás muerto. Alguna vez, en la época en la que todavía caminabas, llegué a guardarte algún respeto.

Diógenes se acercó al gran sillón en el que reposaba el fundador y director del Liceo y sin dejar de masticar le preguntó:

—¿Por qué, Aristóteles, por qué dejaste de caminar?

Algunos años antes Aristóteles había fundado la escuela peripatética, un maravilloso foro ambulante en el que no existían los límites de las paredes ni el escollo de las puertas. No existían las intrigas palaciegas ni los recintos privados. Ni siquiera había techos que impidieran ver el cielo para estudiar los astros. Los más valiosos conocimientos surgieron durante aquellas caminatas grupales a la sombra de los olivares o bajo la luz de la luna. Las páginas más célebres habían nacido con el saludable impulso de la marcha, el diálogo, el contacto con la gente simple, la observación del mundo real y la vida cotidiana. Caminar, conversar y conocer era una forma de concebir la existencia e intentar comprender el universo. La Academia de Platón y el Liceo de Aristóteles eran, a juicio de Diógenes, lujosos mausoleos donde yacía el cadáver de la filosofía.

—Nunca dejé de caminar. Solo que ahora lo hago sin necesidad de mover las piernas —dijo sereno Aristóteles.

Diógenes dio una vuelta sobre sí mismo dejando una estela de perros hediondos y, luego de escupir un cartílago que se disputaron los animales entre gruñidos antes de que llegara al suelo, le espetó:

—Estupideces. Platónicas estupideces. Mírate, Aristóteles, estás irreconocible.

Aristóteles, que en el pasado había sabido cultivar un cuerpo apolíneo, no quiso mirarse el vientre abundante debajo de cuyas adiposidades había quedado sepultada la musculatura que solía exhibir orgulloso en el pasado.

—Escúchate, Aristóteles, dices puras tonterías.

Aristóteles guardó un cauto silencio que, según se considerara, podía interpretarse como un acto de indiferencia o como una rendición.

—Contempla tu alrededor, Aristóteles; te has vuelto avaro y codicioso.

Diógenes vivía en la calle y dormía dentro de una tinaja volcada cerca del Estadio. El Liceo era una monumental construcción de mármol presidida por un frontispicio sostenido sobre seis columnas dóricas. Por sus claustros había pasado Alejandro Magno, el mismo que, en su época de mayor esplendor, fue a conocer a Diógenes a su cántaro. Por todo recibimiento, el sabio pordiosero le pidió que se hiciera a un lado porque le estaba tapando el sol. Si así se había dirigido al emperador de Macedonia, qué trato podía esperar Aristóteles. Mientras Alejandro marchó a la conquista del mundo, su maestro se quedó cómodamente acobijado en ese palacio consagrado a Apolo Licio, el Apolo quieto y abatido que descansaba sobre un tronco. Así se veía Aristóteles. Para reforzar la imagen, uno de los perros orinó hasta vaciar la vejiga en los pies de

la estatua, a la vez que miraba impasible al anfitrión. La opulencia de las pinturas, los frisos y los cortinados contrastaba con la túnica harapienta de Diógenes.

—Desde que vives en este palacio, te has resignado a esta pobre vida de lujos y abandonaste todo cuanto eras. Si has decidido traicionarte, allá tú. En lo que a mí concierne, Aristóteles, te puedes pudrir en tu Liceo y convertirte en piedra como Apolo Licio —dijo señalando la escultura del dios cansado que ahora tenía los pies sumergidos en una laguna tibia y amarillenta, ofrenda de los perros.

—Estamos viejos para esto, Diógenes. No nos queda mucho camino por delante. ¿No crees que ya nos hemos ganado el merecido descanso?

—Solo a un pésimo corredor o a un idiota como tú se le podría ocurrir la idea de detenerse a tan pocos pasos de la meta.

Diógenes hizo un silencio y describió un círculo en torno al sillón del viejo maestro como si quedarse quieto significara una refutación de sus propias palabras.

—Vine a despedirme, Aristóteles. No volveremos a vernos. Me iré de este mausoleo y jamás me detendré. Caminaré hasta atravesar la muerte. Caminaré por toda la eternidad. Me sucederé a mí mismo mientras camine y en tanto camine seré inmortal. Caminaré a través de pueblos, ciudades, fronteras y naciones. Tú, Aristóteles, habrás de agusanarte aquí, en tu Liceo, entre tus mármoles fríos como tumbas. Púdrete, Aristóteles, ponte más gordo, más idiota y más codicioso. Muérete. Yo caminaré sobre tu sepulcro.

—No somos tan diferentes, Diógenes. Yo ya no tengo nada para ganar y tú no tienes nada para perder más que la túnica y el cayado.

—Tienes razón, son pura ostentación. El cayado es una posesión innecesaria, todavía puedo caminar sin su ayuda. Toma, te lo regalo. A ti te será más útil que a mí —dijo Diógenes y le arrojó el báculo a Aristóteles con tanta violencia que debió esquivarlo.

Y así fue como Diógenes se dio media vuelta y salió del Liceo con sus perros. Caminó durante días, meses y años. Traspuso las fronteras de Atenas, las de Europa, las de Asia Menor, las de Alejandría y las de Egipto. Aprendió innumerables idiomas, vio cielos y ciudades que hasta entonces ningún otro griego había conocido. Acuñó pensamientos que, como Sócrates, jamás escribió y, en muchos casos, olvidó. Pero no le importaba porque aquellas ideas viajaban de boca en boca, de pueblo en pueblo, de época en época. Perdió la noción de cuánto tiempo había caminado. No tenía idea de las distancias que había recorrido. Asistió al nacimiento y al ocaso de los imperios. En su eterna caminata, vio las guerras más atroces y los actos más generosos. Vio nacer a Roma, la vio surgir como un sol amanecido y luego apagarse como la llama de un candil. Estaba lejos cuando Grecia fue el faro del mundo y volvió cuando Grecia se convirtió en un cúmulo de mierda sin importancia alguna. Fue testigo del nacimiento, la prédica, la crucifixión y

la resurrección de aquel a quien llamaron Mesías. Lo había acompañado durante sus caminatas mientras predicaba y caminó tras él a lo largo del vía crucis. En su marcha incesante tuvo numerosos nombres, fue hombre, fue mujer, fue puta y fue puto. Muchas veces olvidó de dónde provenía y jamás supo a dónde iba. Fue rico, se despojó y volvió a ser pobre, fue honesto, fue ladrón, fue padre, fue hijo, fue madre, fue viuda y fue huérfano. Jamás se detuvo. Perteneció a todas las naciones y a ninguna.

Durmió despierto como un buda a la sombra del Buda, fue ateo, fue mahometano y, en su paso por una lejana ciudad del sur del Nuevo Mundo, fue judío. Se llamó Eliseo Fainzilber y una calurosa mañana de marzo de principios del siglo XXI soñó que un remoto día del siglo IV antes de Cristo había salido furioso del Liceo de Aristóteles.

Amanecía en Buenos Aires.

ELISEO EN EL ÁGORA

Eliseo Fainzilber abrió los ojos y se encandiló con el resplandor del amanecer. Tenía el cuerpo entumecido y el cuello rígido, dolorido. Le costó recordar dónde estaba y cómo había llegado hasta ese lugar. Se llevó la mano a la nuca y descubrió que debajo de la cabeza había dos libros envueltos en un suéter enrollado a manera de almohada. Los desenvolvió y leyó los títulos con los párpados entrecerrados para atenuar la claridad temprana del verano. Se trataba de una edición de la Ética de Aristóteles y otra del Libro VI de Diógenes Laercio. En este último volumen, el historiador griego daba testimonio de la vida de su tocayo de Sínope. Habían sido las últimas lecturas de Eliseo antes de que se durmiera bajo la lánguida luz de un farol.

Según pudo reconstruir, esos restos mnémicos fueron la arcilla con la que modeló su curioso sueño griego. Habría contribuido —conjeturó— el inesperado hecho de haber dormido bajo las estrellas, igual que el viejo vagabundo del ágora. Fainzilber transitaba ese límite difuso, perturbador, entre el sueño y el despertar; no podía distinguir todavía de qué lado de la frontera se encontraba. Tendido como estaba, se incorporó sobre los codos; sintió que se le rompía el espinazo. Tenía la columna vertebral tan arqueada como las tablas vencidas del banco en el que amaneció.

Miró hacia un costado y vio el puente de hierro sobre las vías de la estación Coghlan. Le costó reconocer, en ese alegre y colorido paisaje estival, el escenario sombrío en el que se había dormido la noche anterior. Sobre el andén, unas pocas personas esperaban el tren. Sintió vergüenza de solo imaginar que alguien pudiera reconocerlo. No tardó en descubrir, sin embargo, que era virtualmente invisible. De hecho, nadie le dirigía la mirada ni le prestaba la menor atención. Más aún, nadie se había sentado en el sector del banco que quedaba libre. La gente mantenía una prudente distancia hecha de aprensión e indiferencia. Bajó los pies, se enderezó, se apoyó en el respaldo y movió la cabeza de izquierda a derecha y de arriba abajo; las vértebras del cuello crepitaban como ramas al quebrarse.

Repuesto de un breve mareo, hizo un rápido inventario de sus pertenencias. Tenía los dos libros, el suéter de hilo azul y el llavero prendido al cinturón. Metió la mano en el bolsillo trasero del pantalón y comprobó que conservaba la billetera con las tarjetas de crédito, los documentos y unos pocos billetes. En el bolsillo delantero derecho guardaba el celular. Lo sacó, miró la pantalla y pulsó el botón de inicio. La batería estaba muerta y no tenía el cargador. Al menos, se consoló, no le faltaba nada de lo poco que se había podido llevar después de que su mujer lo invitara a abandonar la casa el día anterior.

El sueño, del que Eliseo no acababa de liberarse del todo, le había provocado más angustia que el recuerdo de la discusión conyugal. Ni siquiera el hecho de haber pasado la noche fuera de su casa le causó más pesadumbre que la asociación onírica con Diógenes, el homeless más célebre de todos los tiempos. Miró hacia el andén opuesto y se encontró con los ojos inquisidores de un viejo huésped de la estación que, igual que él, acababa de despertarse en otro asiento. Cruzaron miradas de un lado al otro de las vías. El hombre lo saludó con una inclinación de cabeza. Eliseo Fainzilber bajó la vista perturbado y hasta cierto punto agraviado. Temió que alguien pudiera pensar que ese vagabundo y él fueran lo mismo. No, él no era uno de ellos. Más aún, ni siquiera era usuario del tren. Hacía muchos años que no tomaba el transporte público; de hecho, manejaba un Land Rover Discovery y, de haber podido manotear las llaves antes de salir de la casa, habría dormido en la mullida butaca del auto con aire acondicionado y música tenue.

Tenía la boca pastosa y una sed desértica. Se ordenó el pelo con las manos, se desperezó con discreción, ocultó un bostezo profundo detrás del puño y finalmente se levantó. Así, vertical, se sintió uno más entre la gente decente e, incluso, algo superior.

Con el suéter sobre los hombros y los libros bajo el brazo, se dispuso a abandonar la estación. Volvió a mirar al hombre que aún remoloneaba desaliñado sobre el banco del andén contrario, como si quisiera hacerle notar el abismo, mucho más profundo que el foso de las vías, que existía entre ellos. La camisa Ralph Lauren, aunque arrugada, el abrigo Lacoste sobre los hombros y las lecturas clásicas marcaban el contraste con los harapos de su circunstancial vecino de enfrente. Lo miró con un desprecio involuntario, acaso para que quedara claro que no eran colegas. El hombre le contestó con una sonrisa cómplice y burlona como si así le dijera: “Ya nos volveremos a ver”. Eliseo Fainzilber se dio media vuelta, bajó la escalera y apuró el paso hacia la calle.

En la avenida Monroe entró en una farmacia y tomó un cepillo de dientes, dentífrico, un desodorante, una botella de agua mineral, ibuprofeno y chicles. Sintió que el sencillo acto de comprar lo redimía de su nueva condición nómada, que suponía transitoria. Cuando llegó a la caja entregó la tarjeta de crédito con un pase de prestidigitación de los dedos índice y mayor. La cajera ingresó el código y esperó. El display marcó error. Volvió a oprimir las teclas y, otra vez, la misma leyenda. Le devolvió la tarjeta y, sin mirarlo, le dijo:

—No está habilitada.

—¿Cómo?

—No está habilitada, señor.

Eliseo Fainzilber sacudió la cabeza y le entregó una segunda tarjeta. La mujer repitió la operación y una vez más, como si fueran las tres únicas palabras que conociera, le dijo:

—No está habilitada.

La gente que estaba en la fila se impacientaba. El hombre le dio entonces una tercera tarjeta. Lo mismo. Las tres tarjetas estaban inhabilitadas. En un movimiento rápido, como si quisiera pasar del oprobio a la ostentación, sacó todos los billetes del bolsillo y los contó sobre el

mostrador. No le alcanzaba. Dejó los chicles y los analgésicos, pagó y salió de la farmacia como una exhalación.

Mientras se cepillaba los dientes en el baño de un bar, recordó que la titular de las tarjetas y, de hecho, también de las cuentas bancarias era Martina, su mujer. Golpeó el borde del lavatorio con el puño. Estaba furioso con el banco, con la farmacia, con la cajera y con el vagabundo de la estación. Aquella indignación general no la incluía, sin embargo, a Martina. El dolor en los nudillos y el hilo de sangre en la loza cuarteada le hicieron ver que, en realidad, se estaba castigando a sí mismo. No sabía cuánto podía durarle el enojo a Martina o si alguna vez lo iba a perdonar, pero él no podía pasar mucho más tiempo en la calle. Apenas le quedaba plata para el café y la medialuna que acababa de pedir. Por otra parte, necesitaba bañarse, afeitarse y cambiarse.

Era la primera vez en varios años que no iba a trabajar un día de semana. Sentado en una mesa junto a la ventana del bar, con la mirada perdida en el frente del hospital Pirovano, Eliseo debió reconocer algo que no había querido ver durante los últimos tiempos: que toda su vida giraba alrededor de Martina. El negocio familiar que él había administrado hasta ese día le pertenecía a la familia de ella. La casa en la que convivían también era de Martina desde antes de conocerse. El Land Rover que manejaba, y que había elegido él a pesar de la oposición de su mujer, estaba a nombre de la sociedad de la otra empresa de Martina.

Mientras estiraba el magro desayuno, Eliseo había podido darle un poco de carga al celular gracias a la buena voluntad del encargado del bar. Lo primero que se le ocurrió fue llamar a Leopoldo y Alejandra, sus amigos de toda la vida. Pero recordó que eran amigos de toda la vida, sí, pero de su mujer. Más aún, a Leopoldo y Alejandra los había presentado Martina antes de que Eliseo llegara a su vida. Era obvio que iban a ponerse del lado de ella. A sus propios amigos los había dejado de ver hacía mucho tiempo. Además de la humillación que significaría acudir a ellos derrotado y solo, tampoco tenía la certeza de que pudieran o quisieran ayudarlo. De cualquier modo, las dudas le duraron muy poco; cuando encendió el teléfono recibió una notificación inapelable: la línea había sido dada de baja. Eliseo cerró los ojos y asintió en silencio, resignado ante la evidencia. La titular de la línea era, quién si no, Martina Paz.

Jaque mate. No tenía ningún casillero a donde moverse. De la noche a la mañana se había convertido en Diógenes, el admirado personaje de sus lecturas, cuyo destino tanto temía. El sueño se le había manifestado como un oráculo: igual que el filósofo callejero, Eliseo Fainzilber estaba librado a la intemperie del ágora. O, dicho de otra forma, se había quedado en la calle, solo y sin un centavo.

LA SOMBRA DEL PASADO

El fantasma más temido por quienes han logrado hacerse un lugar en la sociedad se presentó ante Eliseo Fainzilber de la forma más brutal y repentina. ¿Qué puede hacer alguien que de un día para el otro se ha quedado sin casa, sin familia, sin dinero y sin trabajo? Peor aún, ¿qué puede hacer una persona cuyo único patrimonio lo componen el orgullo, el pudor, varios prejuicios y un pasado inmediato de bienestar sin privaciones? ¿Cómo asomarse a la existencia cuando el reconocimiento se convierte en vergüenza?

Eliseo Fainzilber salió del bar e inició un periplo azaroso. Igual que Diógenes, caminaba sin rumbo con el único propósito de ordenar las ideas, sombrías y fatalistas, que lo perseguían como una nube de tormenta en un día de sol.

La luz de la mañana, oblicua y cálida, teñía todo de un rojo terroso, como si las tejas se derramaran sobre los frentes de los caserones ingleses de Belgrano R. El aire quieto del verano mantenía suspendido el perfume de los cardos en flor que crecían silvestres a la vera de las vías del tren. Eliseo Fainzilber zigzagueó el paso a nivel y cruzó hacia donde la calle se ensanchaba. Caminaba bajo el techo vegetal, semejante a la nave de una catedral, que formaban las tipuanas altísimas de la avenida Melián. Extranjero en su propio barrio, miraba todo con una fascinación novedosa. Los jardines, los viejos empedrados, los árboles añosos, las veredas anchas y verdes de pronto tenían para él la belleza de lo ajeno.

Eliseo se detuvo en el bulevar de la avenida de los Incas. Se llenó los pulmones con el aire tibio del verano y otra vez sintió los efectos de haber dormido sobre una tabla de madera. Un calambre se le trepó por la pierna desde la pantorrilla hasta la cintura como una serpiente constrictora. Dejó un momento los libros sobre un banco de piedra, se apoyó de frente contra el tronco de un pino funerario y estiró los músculos con una expresión penosa. Mientras se concentraba en descargar todo el peso del cuerpo sobre el pie flexionado, percibió la sombra de otra persona detrás de su propia sombra. Estaba por darse vuelta, cuando a sus espaldas escuchó una voz femenina:

—¿Licenciado?

Al principio supuso que se trataba de un error. Nadie lo llamaba de esa manera por lo menos desde el siglo pasado. Se resistió a girar la cabeza y hundió la cara entre los codos y el árbol. Deseaba con toda la fuerza del alma que se lo tragara la tierra. Nunca nadie le había mencionado aquel pasado que prefería olvidar. Y ahora, en el peor momento, volvía como una pesadilla dentro de otra pesadilla.

—¿Licenciado Fainzilber?

Ya no le quedó el menor atisbo de duda. Podía haber abdicado del título, pero, al menos hasta ese momento, no había renunciado a su apellido. Recordó a su pesar que alguna vez había sido psicólogo. Pero era una evocación borrosa, como si se tratara de una vida anterior. Se alisó la camisa arrugada con la palma de la mano, se arregló el cuello y por fin giró la cabeza. Pudo ver a contraluz la delgada figura de una mujer.

—¿Se acuerda de mí? —dijo, dio un paso y se acomodó para quedar frente a él.

Le pareció reconocer en esos rasgos maduros un aire inciertamente familiar, aunque no se acomodaba a un nombre o una situación puntual. Ante el silencio y la expresión descolocada del hombre ella se quitó los lentes oscuros:

—¡Eleanor Rigby! —exclamó señalándose a sí misma con ambas manos.

De pronto y en contra de su voluntad, Eliseo adoptó un gesto y una posición diferentes, como si acabara de transformarse en otra persona. Ahí estaba, después de más de veinte años, el licenciado Fainzilber.

—Eleonora —articuló—, Eleonora Rosenthal, claro. ¿Cómo está, tanto tiempo? —dijo y le extendió la mano.

La mujer sonrió, se adelantó un paso y lo estrechó en un abrazo fuerte, apretado, que no se correspondía con la relación terapéutica que habían mantenido. Él se quedó petrificado. No podía devolver el abrazo ni tampoco rechazarlo. Jamás había tenido contacto físico con un paciente más allá del gélido apretón de manos de rigor al inicio y al final de cada sesión. Esa mujer entrada en años y en felicidad era la misma muchachita tímida que había llegado al consultorio de un psicólogo recién recibido veinticuatro años atrás. Eleonora Rosenthal se había convertido para ellos en Eleanor Rigby después de una interpretación que emparentaba sus dificultades para relacionarse con los hombres con aquella mujer que asistía al padre McKenzie en una iglesia de Liverpool.

Luego de abrazarlo durante un tiempo que a él le resultó eterno, ella se alejó un poco y sin soltarle los hombros, con los ojos conmovidos y la voz algo quebrada, recitó:

—*All the lonely people...*

Aquel verso huérfano tenía un sentido muy preciso solo para ellos dos. Nadie más habría podido entender cuánto abarcaban esas cuatro palabras.

—Licenciado, tantos años... ¿Qué pasó que desapareció de repente y no supe más de usted? Lo estuve buscando durante mucho tiempo.

Eliseo temió que esas palabras cálidas fueran el prólogo de un reproche.

—Me hubiera gustado agradecerle —completó ella para alivio y asombro de él.

El hombre bajó la vista y negó con la cabeza.

—Cómo que no. Tengo mucho que agradecerle. Usted sabe lo difícil que era todo para mí antes de conocerlo. Y no tuve oportunidad de contarle todo lo que conseguí después de que

dejamos de vernos. Fueron casi dos años de terapia que a mí me hicieron muy bien. Por suerte, creo que ya no queda nada de aquella Eleanor Rigby y acá estoy yo, Eleonora Rosenthal. Usted tuvo mucho que ver con eso.

La mujer hizo un silencio para encontrar las palabras que pudieran sintetizar la esencia del cambio:

—Antes no tenía nada. Ahora se puede decir que lo tengo todo —agregó con tanta elocuencia como imprecisión.

Eliseo atinó a hablar, pero antes de que pudiera decir algo, la mujer continuó:

—Y en segundo lugar, ahora que por fin lo encuentro, necesito pedirle algo...

El corazón de Eliseo Fainzilber se detuvo un instante, dio un vuelco en el pecho y luego volvió a latir con fuerza.

—... yo sé que debe tener una agenda apretada, congresos, actividades, seguramente esté dando clases, pero quería pedirle...

El muerto y resucitado licenciado Fainzilber volvió a sacudir la cabeza como si quisiera anticipar una respuesta a una pregunta que no quería escuchar.

—¿Podría volver a analizarme con usted?

El hombre sonrió con una mezcla de incredulidad e indulgencia.

—No puedo, no tengo...

—Me imagino que no debe tener tiempo, pero si pudiera aunque sea darme una entrevista...

En realidad, lo que no tenía Eliseo era consultorio. De otro modo no habría dormido en la estación. Hacía años que no ejercía la profesión y jamás había estado entre sus planes volver a hacerlo.

—¿Me podrá dar su tarjeta, licenciado?

—Es que salí así... —titubeó.

—Bueno, hagamos una cosa, yo le dejo mi teléfono; si tiene un ratito para mí, me llama. Si no, no hay problema —dijo y volvió a sonreír, esta vez con un resto de melancolía—. ¿Quiere anotar?

—El teléfono se quedó sin batería —respondió él, a la vez que se palpaba los bolsillos y dejaba en evidencia que tampoco tenía con qué escribir.

Ella se dio cuenta de que era una excusa, acaso verdadera, para evitar un compromiso. Él, por su parte, no hizo ningún esfuerzo para disimular que no tenía el menor interés en restablecer el viejo vínculo. No era nada contra ella, sino contra él mismo, contra aquel pasado al que jamás quiso volver.

Pero Eleonora no se rindió. Rebuscó en el bolso, sacó una libreta, anotó el número, arrancó la hoja y se la entregó. Luego se dio media vuelta. Estaba por seguir camino, cuando vio los libros sobre el banco. Se detuvo, torció la cabeza para leer los títulos y, sin el menor pudor, los tomó y se dispuso a guardarlos en el bolso. Entonces Eliseo, con alguna incomodidad, se acercó a ella y

le dijo:

—Son míos, los dejé un momento para elongar.

—Ay, ¡qué vergüenza!, pensé que alguien los había tirado —dijo, los volvió a dejar donde estaban, bajó la vista llena de pudor, giró sobre los tacos y se fue.

Eliseo la vio alejarse con paso apurado. Reconoció en esa mujer adulta a la chica frágil y tímida que había sido su primera paciente. Tal vez, pensó, esa mujer elegante que juntaba libros huérfanos seguía siendo Eleanor Rigby, la solterona que recogía el arroz del piso después de los casamientos. Antes de doblar el papel, miró el número y musitó entre dientes: *Eleanor Rigby, where do they all belong?*

El hombre sin casa, sin familia, sin dinero, sin trabajo y que estuvo a punto de quedarse sin sus libros se preguntaba, en realidad, a qué lugar pertenecía él.

ÚLTIMA CENA

Anocheecía. Eliseo Fainzilber había pasado el día vagando de aquí para allá sin transponer los límites del barrio. Caminó todo el tiempo en círculos excéntricos, siempre en sentido horario, como si quisiera adelantar el reloj. Cada vez que pasaba por una plaza, una estación de tren o una plazoleta hacía un alto y se sentaba en un banco a leer la vida de Diógenes de Sínope escrita por Diógenes Laercio como quien buscara las instrucciones para vivir a la intemperie.

Estaba hambriento. Lo único que tenía en el estómago era el café con leche de la mañana. Pensó en pedir fiado, pero él jamás había hecho las compras de la casa; ni siquiera sabía dónde compraban su mujer o la empleada doméstica. El único negocio del barrio en el que lo conocían era Frapole, la heladería de la esquina de Melián y Juramento donde una o dos veces por semana iba a tomar un helado o un café. Alguna vez había conversado con el dueño, quien solía estacionar en la puerta un Audi TT cabrio del 98, primera serie.

A los dos les gustaban los autos clásicos; de hecho, él había tenido ese mismo coche, uno de los primeros, cuando salió. De haberlo conservado, Eliseo habría estado dispuesto a cambiarlo mano a mano por una tira de asado con papas. Las tripas le reclamaban atención con tonos profundos como un ensamble de instrumentos de viento. Caminó desde la plazoleta ubicada en la falda de la barranca del puente de Elcano y enfiló por La Pampa hasta Melián. Durante todo el camino ensayó entre dientes las palabras justas para pedir fiado sin que pareciera que estaba mendigando.

Cuando por fin llegó a la puerta de la heladería, esperó a que la empleada terminara de despachar a las personas que estaban acodadas en el mostrador. Entonces sí, sin testigos cerca, saludó con familiaridad y pidió un kilo de helado. Se llevó la mano al bolsillo para pagar, fingió una expresión de sorpresa y sin titubear repitió serenamente las palabras que había ensayado:

—¿Puede creer? Me dejé la billetera en casa. Paso en un rato y le pago, ¿sí?

—Ningún problema. Se lo guardo en la heladera para que no se derrita.

Eliseo se limitó a emitir una serie de titubeos que no llegaban a completar una palabra mientras pensaba cómo reconstruir el libreto roto.

En ese momento, el dueño, que preparaba café en la máquina de expreso, giró la cabeza por sobre el hombro, miró a la empleada y asintió con los ojos entrecerrados. Entonces, sí, la muchacha le entregó el pote dentro de una bolsa. Eliseo debía estar agradecido. Sin embargo, pudo más un sentimiento de orgullo herido. No le había gustado el gesto entre piadoso y contrariado del dueño de la heladería. Sintió que ese espíritu fraterno y exclusivo que unía a los

coleccionistas de autos había quedado relegado a un segundo lugar por un miserable kilo de helado. Creyó percibir que lo había mirado con menosprecio. En muy poco tiempo, apenas unas horas, empezaba a fermentar esa mezcla de amargura, rencor, vergüenza, enojo, envidia, deshonra y malestar que componían el blend del perfecto resentido. Entonces Eliseo Fainzilber se dio media vuelta, disfrazó el pudor de arrogancia y salió de la heladería con la frente alta. Tenía la convicción de que esa gente no merecía que le pagara el helado que llevaba colgado de la mano.

Se sentó en un banco de la plaza Castelli, mirando las vías del tren. Mientras tomaba el helado, tuvo una revelación. Supo que le quedaban solo dos caminos: volvía a aquella lejana vida anterior a su matrimonio, a la que se resistía, o abandonaba toda vida pasada, presente y futura. Tomó el papel con el teléfono de su expaciente y luego se dejó fascinar por la luz del tren y el resplandor de las vías. Era sencillo: un doloroso paso hacia atrás o un último paso hacia adelante que acabara con todo sufrimiento para siempre.

Le quedaba medio kilo de helado para decidirlo.

LAS PUERTAS DEL TIEMPO

En cualquier caso, Eliseo Fainzilber tenía derecho a una última cena. Convertido de pronto en fiscal, defensor y juez de su propia conciencia, se obligó a reconstruir los hechos que lo habían llevado al destierro. El primer capítulo de la tragedia se iniciaba en el anticuario de la calle French. Eliseo era el encargado del local que pertenecía a la familia de su esposa, Martina Paz.

Era un pequeño negocio en la Recoleta, un cubo alto y oscuro en el que se amontonaban sin arreglo alguno vidrios pintados, estatuillas, relojes de sonería y de bolsillo, fonógrafos, lapiceras y viejos instrumentos de medición. El local en sí mismo era una antigüedad: había sido inaugurado en 1929 por el bisabuelo de Martina y le había dado de comer a tres generaciones de Paz Altolaguirre. Antes de hacerse cargo del negocio, Eliseo debió aprender, más por necesidad que por entusiasmo, los secretos del vidrioso mundo de las antigüedades. Tuvo que ponerse ducho para diferenciar un original de una falsificación y establecer la procedencia de los objetos y, sobre todo, la de los vendedores. Buena parte de las piezas que le ofrecían eran de procedencia dudosa, cuando no lisa y llanamente robadas.

Desde los lejanos días en que Martina entró en la carrera de Arquitectura, poco a poco se fue alejando del negocio familiar. Su hermano, por su parte, también se dedicó a su profesión hasta que la tienda pasó a ser un compromiso poco rentable para la familia. A mediados de los años noventa, el anticuario solo alzaba las persianas un par de días a la semana. Los ingresos que generaba no alcanzaban siquiera para cubrir los gastos del local.

Martina y Eliseo se conocieron en la tienda: ella, como virtual encargada, y él, como presunto cliente. Eliseo era un entusiasta de los libros antiguos, aunque por entonces tenía más pretensiones de coleccionarlos que medios para comprarlos. Martina tenía la cabeza ocupada con los exámenes de la facultad. A diferencia de la carrera de Psicología, que no requería de ningún talento o inteligencia ni demandaba sacrificio alguno, la de Arquitectura era una ardua cuesta arriba. En aquellos días de estudiantes, el tiempo representaba un problema para ambos: a ella le faltaba y a él le sobraba. Pese a que Eliseo jamás le había comprado ni una mísera estampilla, todos los días visitaba el local para asegurarse de que los libros que le interesaban todavía estuvieran ahí. Así sucedió hasta que un día, al verlo entrar, Martina retiró los volúmenes de los estantes, los metió en un armario fuera de exhibición y le dijo:

—No te preocupes, te los guardo.

Eliseo no supo si agradecer u ofenderse. Según se mirara, podía ser un gesto de consideración o, al contrario, una manera de hacerle saber que no era necesario que fuera de visita todos los

santos días.

Para Eliseo, Martina era una parte inseparable del universo de sus anhelos. El local, con todo lo que contenía, era el mundo en el que el estudiante de Psicología deseaba vivir. Cada vez que entraba en el anticuario, sentía que ingresaba en la Viena de la época de Sigmund Freud. El perfume de las maderas añejas, las lámparas de escritorio, los tapices, los incunables y los péndulos de los relojes de pared ejercían un efecto hipnótico que lo transportaba a los lejanos días del nacimiento del psicoanálisis. Cierta vez, el titular de la cátedra de Sociología, un tal Fogwill, a secas, como le gustaba hacerse llamar, con la malicia que sabía ejercer, se había referido a Freud como “ese sabio de la antigüedad”. Aquella afirmación desdeñosa, lejos de parecerle una injuria, a Eliseo le resultó el más alto de los elogios que podía recibir el padre del psicoanálisis. Él quería ser exactamente eso: un sabio de la antigüedad. Creía que las utopías no quedaban en el futuro sino en el pasado. El pequeño anticuario de la calle French era para él una puerta en el tiempo, una forma de darle la espalda a un porvenir que le resultaba inquietante.

Martina parecía una mujer de otra época. Tenía la palidez del marfil de los camafeos exhibidos en la pequeña vitrina vertical detrás del mostrador. El perfil helénico, el pelo ondulado y los ojos algo ausentes, lejanos, contribuían con ese aire anacrónico. Ella jamás imaginó que iba a terminar casada con aquel excéntrico hombrecito que entró por primera vez en el negocio una remota mañana de 1994 y nunca compró nada. Él, en cambio, lo imaginó desde el momento en que la vio, aunque jamás lo creyó posible.

Veintisiete años más tarde, Eliseo Fainzilber era el encargado del local, mientras Martina estaba al frente de su propio estudio de arquitectura. El título y la matrícula de licenciado en Psicología descansaban en un cajón del negocio como tantos otros objetos en desuso, propios de un anticuario. Después de recibirse, Eliseo pasó un año como residente en el Hospital de Emergencias Psiquiátricas. En su paso por el manicomio, aprendió a derribar pacientes que presentaban excitación psicomotriz con la rudeza de un rugbier. Con el tiempo, supo diferenciar una catatonía clásica de las inducidas por sobredosis medicamentosas. Conoció, además, las curiosas combinaciones de fármacos que utilizaban algunos de sus colegas para sobrellevar las largas noches de guardia. Al margen de su actividad hospitalaria, atendía unos pocos pacientes en su consultorio particular, hasta que una tragedia se abatió sobre uno de ellos. Después de aquel episodio, del que se sentía responsable, no volvió a ejercer la profesión. Renunció al hospital, cerró para siempre el consultorio y se dedicó únicamente al negocio de las antigüedades.

Mientras tomaba la que acaso sería su última y helada cena, Eliseo, frente a las vías del tren, recordó el comienzo de la tragedia. Todo se había iniciado cuando un Mercedes Benz negro de mediados de los sesenta se detuvo frente a la puerta del local. Detrás del auto estacionó un camión de mudanzas interminable que eclipsó los pocos rayos de sol que se colaban por las vidrieras. No bien lo vio, Eliseo Fainzilber tuvo el impulso de correr, salir del negocio y escapar

calle abajo. Pero ya era tarde. Petrificado en la banqueta, quería convertirse en una estatua más entre los bustos de piedra que lo rodeaban.

El hombre que estaba al volante bajó del auto y abrió la puerta trasera. La punta metálica de un paraguas se afirmó en la vereda. Luego asomó un zapato charolado que se posó sobre el cordón. Entonces, no sin algunas dificultades, descendió un hombre obeso. Estaba colorado y fatigado por el esfuerzo. Tomó aire, miró hacia adentro del local y cuando lo distinguió al otro lado de la vidriera, señaló a Fainzilber con la contera puntiaguda y fulgurante del paraguas. Luego bajaron otros dos hombres, mientras el que conducía volvió a su puesto al frente del volante. Eliseo Fainzilber, con una sonrisa congelada, inexpresiva, veía cómo los tres visitantes entraban en el local.

—No esperaba esto de usted, Eliseo —le dijo el hombre con una voz asmática, sin dejar de señalarlo.

Mientras Fainzilber intentaba articular alguna palabra, el tipo que entró último se dispuso a bajar las persianas del negocio para impedir que se viera desde afuera.

—Sappia —así se llamaba el visitante, Donato Sappia pero le decían el Viejo, el Viejo Sappia —, no sé a qué se refiere, pero podemos conversar.

—Hermosa lámpara, casi tan vistosa como una Tiffany —dijo el visitante y la arrastró con el paraguas sobre la superficie del escritorio hasta el borde del tapete. Cuando estaba a punto de estrellarse contra el piso, el hombre la enganchó en el aire con el mango. La pantalla de cristal verde quedó a un milímetro de las baldosas graníticas. Eliseo contuvo la respiración, miró a Sappia con una involuntaria admiración y pensó que si abarajar objetos en el aire con el mango de un paraguas fuera una disciplina olímpica, el viejo prestamista sería medalla de oro.

—¿Tiene lo mío? —preguntó el visitante con la lámpara pendiente.

—Necesito un par de días más.

El Viejo Sappia movió el paraguas como si fuera una espada y la lámpara salió despedida describiendo una parábola. El hombre que estaba cerca de la puerta la atajó con destreza y así como la atrapó, salió del negocio y la guardó dentro de la caja del camión.

—Se acabó el tiempo, Fainzilber —dijo y señaló con la punta del paraguas una antigua moto AJS británica de 1938.

El otro colaborador del prestamista se acercó a la vieja moto de motor en V, la bajó del caballete, buscó el punto muerto con la palanca de cambios, ubicada junto al tanque de combustible cromado, y la hizo rodar hasta la puerta. Eliseo vio cómo la subían al camión de mudanzas sobre una rampa de madera. Ese era para él el más preciado de los objetos del local.

—¿No tiene aunque sea una parte, Eliseo?

El encargado del anticuario estaba desgranando una explicación, cuando el Viejo Sappia entendió que aquel conjunto de titubeos, palabras sueltas e interjecciones se podía resumir con un breve “no”. Entonces el hombre elevó el paraguas vertical sobre la cabeza y con su mudo

lenguaje bastonero dibujó dos círculos en el aire con la contera refulgente hacia lo alto. Eliseo Fainzilber comprendió lo mismo que los colaboradores del usurero: “Llévense todo”.

Con una calma y un método notables, ambos hombres iniciaron la tarea. Como las hormigas, iban cargados, volvían ligeros y se cruzaban sin chocarse por el mismo camino que habían abierto entre el mostrador y el camión a través de ese universo de objetos diversos. Cargaban los exhibidores de cristal, en cuyo interior había relojes, alhajas, monóculos, binoculares y toda clase de joyas frágiles, minúsculas, quebradizas, sin que una sola reliquia se moviera de su lugar dentro del cristalero.

Con suma delicadeza levantaron y se llevaron, incluso, el mostrador detrás del cual Eliseo intentaba ocultar la humillación. Luego siguieron con un aparador de raíz de nogal que guardaba una colección de vidrios pintados, porcelanas y jarrones ingleses. Después, una mesa con diversas vajillas y un juego completo de cubertería de la Company of Cutlers in Hallamshire.

—Con todo respeto —le dijo Eliseo al Viejo Sappia—, me parece que con lo que ya cargaron está más que cubierta la deuda e incluso la supera...

Sappia sonrió con una expresión feliz, satisfecha, asintió y dijo:

—Ah, sí, claro. Si se refiere al capital del préstamo, por supuesto, está más que cubierto. Pero no sé si llegará a cubrir los intereses —completó con el ceño fruncido y una ceja levantada—. Igual, no se aflija, todavía queda la hipoteca del local. Yo creo que con eso casi estaríamos a mano.

Los ayudantes del prestamista cargaban antiguas fonolas, gramófonos, radios capilla, colecciones de discos de laca y vinilo y hasta los venerados amplificadores Marantz y McIntosh de tubo. No dejaron ni el más insignificante de los objetos. El Viejo Sappia dio una vuelta completa sobre su eje para comprobar que no se hubieran olvidado nada. Hizo un gesto de retirada militar con el paraguas y los tres hombres atravesaron el local hacia la salida. Los pasos retumbaron contra las paredes peladas y el último cerró la puerta a sus espaldas. Se subieron al auto y se fueron con la misma serenidad con la que habían llegado, escoltados por el camión de mudanzas repleto.

Eliseo Fainzilber, solo en la tienda vacía, comprendió que era el final del centenario negocio familiar y, por cierto, el de su matrimonio.

LA EXPULSIÓN DEL PARAÍSO

Frente a las vías del tren, Eliseo se disponía a terminar la cena como un reo que intentara dilatar el momento final. Mientras paladeaba el sabor paradójico del chocolate amargo, intentaba reconstruir el tortuoso camino que lo había llevado a ese epílogo prematuro. Desde hacía algunos años, Martina sospechaba que Eliseo le ocultaba ciertas verdades. No podía establecer con precisión cuáles, pero tenía la certeza de que no era enteramente honesto con ella. Esta certidumbre no constituía necesariamente un problema. Era una mujer inteligente y entendía que las personas tenían derecho a reservarse un área de pensamientos y acciones íntimas e incluso inconfesables.

Martina imaginaba ese territorio como un jardín privado, cuidado de tal manera que los cultivos secretos no invadieran las áreas comunes de la convivencia. Si dentro de aquel espacio prosperaban deseos ocultos, asuntos privadísimos, omisiones y hasta ciertas mentiras inofensivas, todo eso podía ser tolerado en la medida que no afectara la vida, la integridad, la seguridad y la armonía del matrimonio. Bastaba con una poda regular para que los brotes y las ramas no avanzaran hacia los jardines ajenos. El problema estalló cuando los hongos venenosos se salieron de control y terminaron por penetrar hasta los cimientos de la familia. Martina, cada vez más concentrada en su profesión, le había confiado a su esposo el manejo del negocio. El fraude o la malversación jamás habían sido un cultivo posible en la larga tradición generacional desde la fundación del anticuario. Ella nunca había concebido siquiera la posibilidad remota de que su marido pudiera plantar semejantes especies. Ignoraba por completo el vínculo que Eliseo tenía con Donato Sappia. Era cierto que el negocio había repuntado; no solo había dejado de dar pérdida, sino que, en apariencia, había exhibido buenas ganancias durante los meses recientes. Martina lo atribuía al entusiasmo y al empeño que Eliseo solía dedicarle a la tienda últimamente. Por otra parte, era natural que en las épocas de crisis la gente se desprendiera de sus objetos más preciados a cambio de cierta liquidez en tiempos de sequía.

Eliseo Fainzilber no tuvo más remedio que confesarle la brumosa relación que lo unía a Donato Sappia. Fue esa misma noche, durante la cena. Al principio, inventó una historia inverosímil, infantil. Le dijo que habían entrado a robar y, tal como pudo comprobar, habían desvalijado el local.

—¿Fueron a robar con un camión de mudanzas? ¿Vos me querés decir que se tomaron toda la mañana para robar y se fueron tranquilamente como si nada?

—Bueno, sí, precisamente porque todo el mundo pensó que era una mudanza. Evidentemente

eran profesionales.

—¿Profesionales? ¿Y actuaron a cara descubierta, frente a las cámaras de la cuadra y las del edificio? ¿Y además te dejaron el celular? ¿Y vos no llamaste a la policía ni le pediste ayuda a los vecinos ni siquiera después de que se fueron?

Eliseo guardó silencio. No podía explicar por qué no había hecho ninguna denuncia. Con la mirada hundida en el plato, llevaba y traía rodajas de apio y manzana de un lado a otro con el tenedor. El cuento terminó de desmoronarse cuando tuvo que rogarle a Martina que no llamara a la policía.

—Si no hacés la denuncia vos, la voy a hacer yo, Eliseo.

—No, Martina, por favor, no; es gente muy peligrosa.

No hizo falta un interrogatorio demasiado severo para que surgiera la verdad. Eliseo no solo debió admitir la culpa al verse acorralado; además tenía que encontrar la forma de evitar el embargo del local.

—Dame tiempo, por favor, te lo suplico. Te juro que voy a conseguir la plata para recuperar la mercadería.

—¿La mercadería? —dijo Martina y se lo quedó mirando; esperaba sin suerte a que terminara la idea—. El problema no es solamente la mercadería, sino la hipoteca, Eliseo. ¿De dónde vas a sacar la plata para levantar la hipoteca?

Sin avergonzarse, como si acabara de concebir una idea brillante, Eliseo le expuso el plan:

—Mientras yo me muevo para conseguir la plata y recuperar toda la mercadería, vos encargate del saldo de la deuda para que no ejecuten el local.

Lo miró con un asombro para el cual no tenía una expresión.

—A ver si entiendo. ¿Mientras vos te movés —dijo Martina mientras agitaba los brazos y la cabeza como un títere— yo pongo la plata?

Sintió que su marido tenía el descaro de insinuar que ella sería la responsable de la tragedia si se quedaba sin la tienda familiar por no levantar la hipoteca.

—O sea que además de todo, si me ejecutan el local, que no es solo mío sino de mi familia, yo voy a ser la culpable porque no puse la plata. ¿Eso me querés decir?

—Lo que te digo es que tratemos de arreglar esto de alguna manera.

—Me mentiste. Me mentiste todo el tiempo. Ni siquiera me preguntaste si podíamos tomar un préstamo. Y te endeudaste con un usurero. ¿Cómo llegaste a ese punto?

—Muy bien, te voy a decir la verdad.

Martina no emitió palabra durante las asombrosas revelaciones de Eliseo. Se limitó a observarlo con el mentón en alto y una mirada gélida, pesada y filosa como la hoja de una guillotina. Así pudo enterarse de que los préstamos que había contraído con el Viejo Sappia databan de casi un año atrás. Cuando Eliseo Fainzilber concluyó la confesión, se dispuso a iniciar un alegato en su propia defensa. Pero Martina lo hizo callar con un gesto. Ya tenía un

veredicto inapelable. Antes de recoger la servilleta de la falda y ponerse de pie, le dijo:

—Andate de mi casa. Ahora.

Subrayó la palabra “mi” de manera que quedara en evidencia que la casa en la que convivían era de ella, igual que la tienda de antigüedades.

—No se te ocurra volver a poner un pie en el negocio —le dijo Martina y se fue del comedor diario con ese paso ondulante que era uno de los modos en que se le manifestaba la dignidad hasta en los momentos más dramáticos.

Eliseo era un hombre frágil que ocultaba sus debilidades detrás de una máscara de superioridad. Siempre se había preguntado cómo personas que habían tenido una buena posición terminaron en la calle. En su paso fugaz por el neuropsiquiátrico había visto pacientes recogidos de las calles en la más completa indigencia. Para su asombro, descubrió que algunos de aquellos hombres y mujeres que habían perdido la razón, la dignidad y el pudor fueron profesionales, empresarios e incluso personas públicas. Nunca imaginó, sin embargo, que él mismo podría dar testimonio de la caída vertiginosa desde la cima al fondo del abismo. Supuso que tal vez se acostumbraría a carecer de un techo propio y un trabajo fijo. Pero tenía la certeza de que no era capaz de vivir sin Martina. El amor se manifiesta en cada persona de diferentes modos, pero en todos los casos es una representación de lo absoluto. Martina era para Eliseo el absoluto de lo absoluto. No existía nada por fuera de ella. Era el tiempo y el espacio donde se desarrollaba toda su existencia.

Esta convicción irrefutable coincidió con la última cucharada de chocolate amargo. Eliseo oyó el tren que se aproximaba y vio la luz de la locomotora dilatarse como una estrella antes de la extinción. Se puso de pie, caminó hacia el borde de las vías y calculó el momento exacto para saltar antes de que el maquinista pudiera frenar. Finalmente, se dijo, había hecho cosas más difíciles.

EN TREN DE FRACASAR

Eliseo sintió que el suelo trepidaba debajo de las suelas de sus zapatos. Cuando sonó el silbato ensordecedor del tren, apoyó un pie sobre la vía y se impulsó al paso de la locomotora. En ese momento, una fuerza contraria primero lo retuvo en el lugar y luego lo tiró hacia atrás. Conocía mejor que nadie los caprichos de la voluntad; cuántas veces las personas se proponían una cosa y lograban la opuesta. El mundo de las intenciones, la conciencia y la fe no era más que una ilusión. La fuerza oculta que movía a las personas estaba hecha de instintos ancestrales, memorias atávicas y desmemorias misteriosas. Tendido al costado de las vías, veía pasar las ruedas del tren, mucho más sólidas y contundentes que su frágil existencia y sus volátiles decisiones.

Eliseo tardó en comprender que el intento de tirarse debajo de la formación había fracasado, pero no a causa del poder del instinto de supervivencia propio, sino de otro por completo ajeno a él. Demoró en darse cuenta de que la mano que lo sujetaba por el cinturón no era la del inconsciente. Eliseo giró la cabeza por sobre su hombro y a sus espaldas distinguió una cara inciertamente familiar. El gesto severo, los labios contraídos y la dentadura expuesta, semejante a la de un animal dispuesto a atacar, le resultaron mucho más aterradores que la idea de morir aplastado por un tren. El extraño lo levantó en vilo y lo arrastró sobre el ripio de las vías. Era como una pesadilla infantil. En un momento llegó a pensar que había muerto y que la entidad monstruosa que lo obligaba a morder la grava era el anfitrión del inframundo al que acababa de descender. Desde el suelo podía ver los harapos que lo cubrían, la piel percutida de los brazos y el cuello, el pelo hirsuto y los zapatos del mismo gris indefinible de los guijarros pringosos entre los rieles.

Eliseo no tenía manera de resistirse. El hombre que acababa de evitar que se tirara debajo del tren lo condujo, por momentos a la rastra y por otros a los empujones, hasta un pequeño obrador de madera detrás de la estación. Luego lo obligó a sentarse en un tablón mientras el tipo giraba un tacho de pintura vacío para usarlo de taburete. Cuando estuvieron frente a frente, Eliseo pudo recordar esa cara; era el hombre que dormía en el otro andén de la estación en la que había pasado la primera noche fuera de su casa. Antes de que Fainzilber llegara a pronunciar el indignado reproche que guardaba in pectore, el vagabundo lo tomó por los hombros y lo sacudió mientras le gritaba a un milímetro de la nariz:

—¡En mi casa no! ¿Está claro? Anoche lo dejé dormir en el sillón del living y usar el baño, pero esto no se lo voy a permitir.

—¿Y usted quién se cree que es para decirme a mí qué tengo que hacer con mi vida?

—Me importa muy poco lo que quiera hacer con su vida. Tiene todo un planeta para matarse, ¡pero en mi casa, no!

—¿Su casa?

—Sí, mi casa. Yo no tengo por qué presenciar ese espectáculo desagradable. ¿Usted tiene idea de cómo queda un cuerpo humano atropellado por un tren? ¿Con qué derecho me va a dejar un desparramo de órganos en el piso y las paredes regadas de sangre y mierda? ¿Usted tiene idea de la cantidad de mierda que guarda en las tripas en este momento?

—¿Y qué quiere, que me haga una endoscopia y una purga antes de tirarme abajo del tren?

—Mire, yo no sé cómo se habrá arruinado la vida; lo único que quiero es que no me la arruine a mí. Imagínese: ambulancias, médicos, bomberos, fiscales, policías... ¿Y a quién le van a preguntar todos? Al dueño de casa. ¿De quién van a sospechar? Del pordiosero de la estación. ¿A quién se van a llevar a la comisaría? Al vago del asunto, por supuesto.

—Lo único que falta es que yo le tenga que pedir disculpas —dijo Eliseo, furioso ante su propio fracaso.

—Debería existir un Centro de Ayuda al Suicida —opinó el salvador repudiado.

—Pero ya existe —observó el ingrato rescatado.

—No, no, el que existe cumple la función contraria. Me refiero a un Centro de Ayuda al Suicida que de verdad los ayude en el intento. Que les indique cuál es el fármaco más adecuado y la dosis correspondiente para no despertarse más, que les diga desde qué altura y en qué posición se deben tirar al vacío para no terminar vivos y cuadripléjicos. Que les explique cuál es el arma indicada para volarse los sesos y, sobre todo, que los ayude a quitarse la vida sin arruinársela a los demás. Un centro de ayuda que le haga ver al suicida que no tiene derecho a condenar a un maquinista, a la gente que espera el tren o a la gente como yo, que quiere dormir en paz en un banco de la estación. Si hubiera un verdadero Centro de Ayuda al Suicida no estaríamos teniendo esta conversación.

El tipo se puso de pie, dio una vuelta sobre sí mismo y sacó dos cigarrillos escuálidos de algún pliegue entre los andrajos. Se colgó uno entre los labios y le ofreció el otro a Eliseo.

—No fumo, gracias. Dejé hace mucho.

—Ah, qué bueno saber que cuida la salud. Hágame el favor, fume, a ver si con suerte le da un infarto o un derrame cerebral y me ahorra un festival de órganos y miembros cayendo en mi dormitorio.

Después de veinte años, Eliseo encendió un cigarrillo. Envuelto en el humo crudo de la primera bocanada, se dejó llevar por un grato mareo que lo hundió en una fatiga semejante a la calma.

—¿Se puede saber qué le pasa? —quiso averiguar el anfitrión.

No era la pregunta de un hombre piadoso que acababa de salvarle la vida a otro y buscaba llevarle algo de consuelo. Era la actitud del presidente de un tribunal que quería evaluar si la condena a muerte estaba bien o mal aplicada por el juez de primera instancia. Sin embargo, Eliseo Fainzilber se entregó a ese hombre como un náufrago al borde de un bote. Habló. Habló sin parar todo lo que duró el cigarrillo y siguió hablando después de aplastar la colilla con la suela. Le contó a ese desconocido la historia del anticuario y la deuda con el prestamista; se dirigía a ese zaparrastoso como si estuviese frente al mejor abogado del mundo. Le confesó lo que no le había contado a nadie, como si ese vagabundo fuera un psiquiatra venido de La Salpêtrière.

Sentado sobre un tablón de obra, le habló de Martina y de lo mucho que la extrañaba. Le dijo que no podía concebir la vida sin ella. Le contó que lo había echado de la casa y que no tenía a donde ir. No se refería solo a un lugar físico; estaba perdido, existencialmente perdido. Sin que el hombre se lo preguntara, le dijo que alguna vez había sido psicoanalista y que un hecho desgraciado lo había alejado para siempre de la profesión. Le contó, incluso, que esa tarde se había encontrado con su primera paciente, que lo reconoció en su peor momento y que le había pedido volver a analizarse con él.

—Bueno, entonces no es verdad que no tiene salida. Cuántos quisieran tener una profesión, una matrícula y un pedido de consulta.

Eliseo negó con la cabeza.

—Por más que quisiera, hace años que no tengo consultorio.

—Bueno, eso no sería problema; yo le podría conseguir uno. —El hombre se expresaba con un sentido de la ironía, un vocabulario y una modulación poco frecuentes entre quienes viven en la calle; hablaba con una exquizez que contrastaba con ese aspecto.

Eliseo recordó haberse topado con ese tipo de personajes en los pabellones del neuropsiquiátrico en el que había hecho la residencia. Eran pacientes cuyo cociente intelectual estaba muy por encima del común de la gente y no terminaban de amoldarse a la medianía general. No los guiaba un sentimiento de incompreensión, sino todo lo contrario. Comprendían el funcionamiento social con tanta agudeza que decidían exiliarse ante la desesperanza que les generaba la especie humana. No se consideraban enfermos; pensaban, a veces con argumentos sólidos, que la que estaba enferma era la sociedad.

Fainzilber, confundido y sin saber a qué se refería, se rio sin ganas.

—Ya le presté un dormitorio anoche y si llegamos a un arreglo le podría alquilar un consultorio —dijo y señaló el hall de la estación Coghlan—; fíjese, es amplio, luminoso, tiene gran jardín —apuntó con el índice a la plazoleta— y la zona es mucho más tranquila y silenciosa que Villa Freud.

—Muy divertido —dijo Eliseo con una risa deliberadamente fingida.

—Le estoy hablando en serio. ¿Para qué quiere un consultorio? Lo entiendo para un médico que tiene que desvestir y revisar a la gente. Pero ¿para qué necesita un lugar cerrado un psicólogo? Un consultorio es un ámbito artificial. Las personas no funcionan en el mundo tal como se muestran solas frente a un profesional. Usted necesita ver cómo se mueven, cómo caminan, cómo reaccionan ante los conflictos cotidianos, qué actitudes tienen frente a los demás. La vida de la gente y sus problemas tienen que ver con el ámbito público, no el privado.

Era cierto. Todo lo que le decía el vagabundo era lo mismo que Diógenes le reprochaba a Aristóteles en su sueño. Las personas se conocían en el ágora, no en el Liceo; menos aún, en un cuarto cerrado sin contacto con el exterior ni con los demás.

—Camine. Salga a caminar con su paciente. *Solvitur ambulando*, dijo Agustín de Hipona, y un amigo suyo sostenía que el movimiento se demuestra andando —dijo el vagabundo mientras señalaba el libro de Diógenes que sobresalía del bolsillo del pantalón de Eliseo—. O, dicho de otro modo, en la cancha se ven los pingos. Llámela —le ordenó.

Eliseo lo miró con sorpresa.

—A su paciente, no a su mujer. Al menos no por el momento.

El hombre metió la mano debajo del tablón y sacó un atado de tela mugrienta. Lo abrió, desplegó la arpillera y quedaron exhibidos una cantidad de celulares, cargadores, tarjetas prepagas, cables, chips de memoria de todos los tamaños y colores.

—Le sorprendería saber la cantidad de cosas que pierde la gente en el apuro mientras corre en el andén. No se imagina todo lo que se cae a las vías. Jack London habría encontrado más oro entre el ripio de los rieles del tren de San Francisco que entre las piedras de Alaska —decía el vagabundo mientras buscaba un teléfono que aún funcionara.

Eliseo lo miró con una mezcla de fascinación, temor y cierta prevención profesional. Le costaba encontrar el límite entre la elocuencia, la lucidez y la locura. Después de revisar algunos aparatos, por fin dio con uno que aún encendía.

—Tome —le dijo a la vez que le daba el celular y una pila de tarjetas prepagas—, llámela antes de que se muera la batería —repitió, volvió a guardar los teléfonos en la arpillera y la metió de nuevo en el escondrijo—. Ahora me voy a dormir. Si insiste en suicidarse, le pido que lo haga lejos de mi casa. Buenas noches.

VOLVER Y REVOLVER

Eliseo, renacido junto a las vías del tren, no guardaba demasiadas esperanzas de éxito en su segundo nacimiento. Desamparado e indefenso, no se diferenciaba mucho de un recién nacido, aunque carecía de la gracia y la empatía natural que tienen los bebés para despertar el sentimiento de protección en los adultos de la manada. Al menos en su apariencia, era todo lo contrario de esos niños pequeños cuyas mejillas sonrosadas y extremidades rollizas invitan a cobijarlos entre los brazos. Eliseo Fainzilber parecía un junco, alto, delgado, de huesos prominentes y una barba que, durante los últimos días, se había vuelto quijotesca. Aquella flacura consustancial empezaba a presentar signos algo patológicos; los nervios, la forzada dieta líquida y el caminar continuo lo habían reducido a piel y hueso. La ropa le colgaba sin encontrar una sola eminencia que sobresaliera de la verticalidad de la tela.

En una mano tenía el papel con el teléfono de su primera paciente y en la otra, el celular a punto de morir. No le quedaba demasiado tiempo para pensarlo. Se armó de coraje, aclaró la garganta con un carraspeo y marcó el número. Después de varios tonos, cuando todo parecía indicar que iría a parar a la casilla de mensajes, por fin contestó la voz inconfundible de Eleanor Rigby.

—Eleonora, ¿cómo está?, soy...

—¡Licenciado!, sabía que era usted.

El entusiasmo de su antigua paciente le produjo a Eliseo un sentimiento contradictorio. No hacía falta ser psicoanalista para saber que las premoniciones, incluso las más sombrías, eran la coincidencia de un deseo con un suceso. Esa misma intensidad, que él ya conocía, podía variar del afecto a la hostilidad en muy poco tiempo.

—Dígame, por favor, que me va a dar una entrevista...

—Bueno, sí, pero...

—¡Yo sabía! Ay, qué buena noticia me está dando —dijo Eleonora, notablemente conmovida.

—¿A usted cuándo le queda bien?

—No, por favor, yo me adecuo a lo que usted diga. Me imagino que debe tener una agenda complicadísima. Pero si fuera por mí, mañana mismo.

—A ver, mañana..., déjeme ver, por favor —fingió Eliseo—, sí, justamente mañana podría ser. ¿A qué hora podría...?

—No, faltaba más, dígame usted. Por mí, a primera hora.

—No, no, imposible —mintió el licenciado Fainzilber—. Podría ser a la tarde. ¿A las tres?

—Sí, para mí está perfecto. Deme la dirección del consultorio, por favor.

—La espero en el mismo lugar en el que nos encontramos esta mañana.

—Ah, qué bien, en avenida de los Incas, sí. ¿Número y piso?

—No, la espero exactamente ahí, en el bulevar de los Incas. Venga con ropa cómoda. Vamos a caminar.

—¿Perdón? —preguntó con una risa sorprendida.

—Ah, claro, usted no está al tanto de la mecánica de la nueva terapia.

—No, no, para nada —dijo Eleonora sin disimular las expectativas.

Eliseo Fainzilber descubrió que el antecedente más cercano de lo que le estaba proponiendo databa de unos dos mil trescientos años y no tenía un nombre específico. Hizo un largo y embarazoso silencio y, en un raptó de inspiración, enunció:

—Psicódromo. La espero mañana a las tres de la tarde —dijo y en ese preciso instante el teléfono murió para siempre.

El licenciado Fainzilber se quedó con una angustiosa incertidumbre: no sabía si su primera y acaso última paciente había llegado a escucharlo antes de que se cortara la comunicación.

EL HOMBRE QUE NUNCA EXISTIÓ

Martina y su hermano Damián, parados en el medio del local, no podían reconocer en ese cubo vacío el lugar en el que se habían criado. Las antigüedades nunca habían sido un mero contenido ni un decorado, sino la materia viviente que le confería la identidad al negocio. Los Paz era un organismo formado por esa construcción art nouveau, con sus altos escaparates de vidrio repartido, animado por los espíritus que habitaban en cada objeto salvado de la pena o el olvido. Martina y Damián giraban sobre sus ejes como planetas perdidos mientras veían la historia de la familia reducida a un puro vacío.

—No lo puedo creer, no lo puedo creer —repetía una y otra vez Damián Paz Altolaguirre con los brazos en jarra.

—¿Te das cuenta? —se preguntaba en forma retórica Martina, entre lágrimas, sin terminar de comprender. Esa geometría perfecta le resultaba más confusa que el caos conocido que imperaba hasta hacía unos días atrás.

—Sí, claro, yo me doy cuenta —contestó Damián, dejando implícita la idea de que fue ella quien jamás quiso enterarse de quién era Eliseo.

—Yo te puedo asegurar que no hubo el menor indicio, nada que me hiciera imaginar esto —dijo Martina señalando el vacío con la palma de la mano hacia arriba—; jamás me lo imaginé —repitió, cruzándose de brazos, en actitud de defensa.

—¿Vos entendés que el tipo no solamente se estaba endeudando a espaldas nuestras, sino que hipotecó la mercadería y el local? ¿Cómo sigue esto? ¿Qué se hace ahora? —se preguntó Damián de manera impersonal, como si existiera un manual de procedimientos que pudiera indicarles la salida de la ciénaga.

Martina guardó silencio. Había en las palabras de su hermano un tono de reproche que ella no estaba dispuesta a admitir.

—No puedo creer que no hayas visto nada, Martina...

—Un poco de piedad, Damián, un poco de piedad —le imploró Martina con la voz quebrada.

—¿Vos me pedís piedad? ¿Y de mí quién se apiada?

Damián Paz bajó la cabeza, caminó hacia un rincón del local y después de buscar las palabras adecuadas, quiso conciliar:

—Martina, me preocupa lo que te está pasando. Me preocupa la hipoteca del local, pero más me asusta no entender qué te pasó a vos. ¿Dónde estabas? ¿Cómo pudiste no darte cuenta de quién era la persona que dormía con vos todas las noches?

Martina entendió que detrás del tono comprensivo de su hermano permanecía agazapada una recriminación. En efecto, la acusación no tardó en llegar:

—Esto me quiebra el espinazo, Martina. No puedo levantar la hipoteca ni afrontar los gastos —dijo Damián mientras caminaba de un rincón a otro—. Veo este lugar vacío y no lo puedo creer. Nunca en mi vida, ni en los peores momentos, lo vi así. Yo nací prácticamente en este negocio. Los Paz somos nosotros, es nosotros; lo único que quedaba de esta familia.

—Si lo único que queda de una familia es un local, entonces ya no quedaba nada. —Antes de que Damián la interrumpiera, Martina lo paró con la palma de la mano y continuó—: Yo estoy mucho más dolida y torturada que vos, te lo aseguro. Vos perdiste un negocio, con todo lo que eso significa. Y lo entiendo, porque es lo mismo que me pasa a mí. Pero vos tenés que entender que yo, además, perdí mi matrimonio.

—¿Y vos sabés cuánto afecta esto a mi matrimonio, a mi familia? Porque, por si no lo sabés, yo tengo una familia. Tengo una mujer y tengo tres hijos. Ustedes decidieron no tener hijos y está muy bien. Pero necesito que te des cuenta de que no estoy en la misma situación que vos. No estoy pasando un buen momento económico y tengo que pagarles los estudios, la ropa y la comida a mis tres hijos. Quiero que veas que estás en un lugar bastante más cómodo que el mío.

—¿Cómico? ¿De verdad me ves cómoda? ¡Basta! —estalló Martina—. Yo jamás opiné de lo que hiciste con tu vida. No tengo por qué tolerar que opines sobre la mía. Ni vos ni tu familia se ocuparon jamás del local. ¿Cuándo fue la última vez que viniste acá? Ni siquiera te acordás —contestó ella, ahorrándole la confirmación a su hermano—. Eliseo fue el único que se ocupó; mal, bien, pero fue el único que vino acá todos los días de la vida desde hace más de veinte años.

—Lo único que falta es que le tengamos que agradecer...

—Es fácil llenarse la boca con “la familia”, “los Paz”, “el negocio” —decía dibujando comillas en el aire—. Pero la verdad es que si no hubiera sido por Eliseo este local se habría caído hace veinte años. Vos sabés que él tuvo una crisis con su carrera, que abandonó la profesión, renunció al hospital y no quiso seguir atendiendo pacientes...

—¡Si está completamente loco, Martina! ¿Todavía no caíste? Tenía más chances de quedar internado en el manicomio que de seguir trabajando ahí. ¿Qué falta para que te despiertes? ¡Nos estafó! ¡Te robó!

Martina se llevó las manos al vientre como si cada palabra de su hermano hubiese sido una puñalada. Era verdad, aunque en el fondo de su alma, ella también sabía que era una verdad tan parcial que tocaba los límites de la mentira. La lógica verdadero-falso se ajustaba bien a la gramática, pero no siempre a las personas. Nadie comprendía a Eliseo como Martina. Sabía que no existía un hombre más íntegro y más honesto que él. Conocía la maldad, sí, pero era incapaz de ejercerla, acaso más por ineptitud que por bonhomía. Eliseo era dueño de una fragilidad que siempre lo mantenía al borde de la destrucción. Y esta vez estaba muy cerca de alcanzar ese propósito.

—Yo no voy a defenderlo a Eliseo —dijo Martina enjugándose las mejillas con la palma de la mano—, tuvo sus razones para dejar la psicología. Cuando murió papá él se hizo cargo del local como no lo hicimos ni vos ni yo. Si es por el nombre de la familia, si es por la historia de Los Paz, la verdad es que los mantuvo bien alto por más de veinte años como no lo hizo ninguno de los Paz. ¿Qué le pasó? No lo sé. Te juro que no lo sé.

—Vos sabías, Martina, y eso lo hablamos desde el principio, que yo no me podía ocupar del local.

—Yo tampoco. Me ocupé hasta donde pude y bastante más que cualquier otra persona de esta familia.

—Fue una propuesta tuya poner a tu marido al frente del negocio. Sabés que a mí Eliseo siempre me pareció una persona extraña. Te dije varias veces que ese hombre no estaba bien de la cabeza, que no se lo veía muy equilibrado. No entiendo la defensa que estás haciendo.

—¿Defensa? ¡Lo eché de mi casa! ¡Le anulé las tarjetas! ¡Le cancelé el teléfono!

—¿Dónde está ahora?

—No tengo idea.

—Me preocupa —dijo Damián, y Martina estuvo a punto de conmoverse por la inquietud de su hermano—. Me preocupa —completó Damián— que haya hecho alguna otra cosa que nos pueda perjudicar. Me da miedo que esté tramando algo, que nos meta en otro problema.

—Eso es lo único que te preocupa. A mí me asusta no saber nada de él, dónde está. Salió sin plata, le cancelé el teléfono, no tengo la menor idea dónde está durmiendo. Me siento muy mal con eso. Me tortura pensar que tal vez le estoy negando la posibilidad de que me dé una explicación. Y me siento muy mal porque no me puedo olvidar de un día para el otro de la persona con la que pensaba que iba a pasar el resto de mi vida. Estoy muy asustada; no tengo ninguna noticia de él.

Martina caminaba en círculos en el local vacío. Por momentos pensaba en voz alta:

—Por lo demás, no te preocupes, Damián. Por más que quisiera, Eliseo no podría hacer nada. La casa está a mi nombre, ya no tiene acceso a las cuentas del banco ni a las del local. Si ese es tu temor, olvidate —le dijo a su hermano, para convencerse a sí misma.

—Yo no puedo solucionar tu problema matrimonial ni manejar lo que sentís por ese personaje que nos arruinó la vida. Son cosas que no dependen de mí. Pero me gustaría que pensáramos cómo arreglar esto. Yo no puedo poner ni la mitad de lo que hace falta para levantar la hipoteca. No estoy en condiciones de seguir pagando los gastos ni, mucho menos, de reponer la mercadería. Pero, además, supongamos que se levanta la hipoteca; no nos queda nada. Así como está, es imposible pensar en volver a abrir. No se puede hacer un stock de antigüedades desde cero como si fuera alimento para perros. Y suponiendo que el usurero ese conserve algo de todo lo que se llevó y lo pudiéramos recuperar, ¿quién se ocuparía del local? Martina, yo no tengo un peso.

—No te preocupes. Si la única solución es vender el estudio, con todo el dolor del alma lo voy a hacer.

—Martina, yo no quiero que hagamos nada que nos perjudique más. Pensemos con la cabeza fría. Yo me quedaría más tranquilo si supiera algo de Eliseo. La pregunta es ¿te parece que él tendría alguna forma de colaborar, hay alguna posibilidad de que nos ayude a salir del problema en el que nos metió? ¿Creés que pueda tener algo que te haya ocultado, alguna cosa a su nombre, una propiedad, una cuenta afuera?

—No. Eliseo no es un delincuente ni un estafador. La debe estar pasando mucho peor que vos y que yo. Yo estoy destrozada, Damián, no puedo más con esto. Son casi treinta años de vida con Eliseo. Y de repente no sé más quién es. Y así y todo lo extraño de la manera en que más duele extrañar a alguien. Extraño a ese hombre que creía que era Eliseo. Extraño a ese hombre que nunca existió.

LA REFUTACIÓN DE HERÁCLITO

Eliseo Fainzilber se resistía a volver a ese pasado que suponía muerto y enterrado para siempre. Sentado junto a la réplica de la escultura del Gladiador Borghese, de Antonio Canova, en el bulevar de los Incas, de pronto lo sobresaltó un recuerdo. Entre el centenar de reliquias inútiles que se había llevado el Viejo Sappia, estaba su título de licenciado en Psicología. Había quedado dentro del mueble que cargaron, con cajón y todo, los hombres del prestamista. Ya resultaba difícil explicar su flamante psicódromo, una terapia ambulante basada en los principios filosóficos de Diógenes, más recordado por su condición de vagabundo que por la de sabio. Y a la precariedad de trabajar sin consultorio, se sumaba ahora el riesgo legal de ejercer sin diploma. Desde su nueva perspectiva, el mundo parecía un lugar extenso; sin embargo, cuanto más expuesto estaba en el universo infinito de la intemperie, más angosto era el filo sobre el que caminaba.

Sacó la billetera sin billetes y revolvió entre tarjetas personales de gente que ni siquiera recordaba, tickets amarillentos, carnets de gimnasios a los que nunca llegó a ir y fotos. Pequeñas fotos de Martina. Ella no había cambiado demasiado. Él apenas si pudo reconocerse en el espejo del baño de un bar. Había envejecido dos años en dos días. Se buscaba en las fotos de los documentos como si se resistiera a creer que fuera esa misma persona. Miró a su alrededor y notó que el paisaje del barrio estaba exactamente igual que siempre: los viejos caserones, la vegetación del bulevar, la sucesión de bancos de piedra, las estatuas, el perfume de las damas de noche. Lo único que había cambiado en ese cuadro era su propia persona. Pensó en Heráclito. “Nadie se baña dos veces en el mismo río”. No era cierto, el río era el mismo. Siempre el mismo. Quienes cambiaban eran los bañistas. Ahí estaban todavía el Eufrates y el Tigris, mientras los hombres que se bañaron en sus aguas no dejaron vestigios de ellos ni de sus antecesores. Las ciudades que nacieron a sus orillas, Buqras, Umm Dabaghiyah, Yarim, Ur, Babilonia o Nínive habían quedado en ruinas o ni siquiera. Los ríos, sin embargo, seguían vivos, caudalosos, indiferentes a los sucesivos y efímeros bañistas. En todo esto pensaba Eliseo cuando por fin encontró lo que buscaba. Ahí estaba, en el último pliegue de un fuelle, su matrícula profesional.

Ministerio de Salud de la Nación

Eliseo Fainzilber

Psicólogo

Matrícula: 20.241

Ya no le quedaban excusas para rehusarse a atender a su paciente. Tenía la matrícula habilitante y el inmenso consultorio a cielo abierto que se iniciaba en aquella avenida arbolada y quién sabía dónde podía terminar. Eliseo quiso darle un cierre a su reflexión sobre Heráclito, el río y los bañistas; no tardó en darse cuenta del significado mucho más mundano: necesitaba bañarse. El baño diario no era para Eliseo Fainzilber una mera cuestión higiénica. El agua caliente le permitía pensar con claridad, diferenciar las ideas fértiles de las inútiles, dejar que estas últimas se fueran al desagüe y hacer un inventario físico y anímico sin que nada pudiera ocultarse en la inexorable sinceridad de la desnudez. Para Eliseo no había juicio más implacable que el de comparecer frente a sí mismo completamente desnudo. Con esa convicción, volvió a guardar la matrícula en la billetera, se incorporó y se dispuso a darse una ducha. Aún no sabía dónde ni cómo, pero era una decisión impostergable. Si quería recibir a su paciente debía estar limpio, presentable y con algunas ideas claras.

El agua caía potente, torrencial, caliente y purificadora. Eliseo sentía la penetrante presión de los chorros en el cuello, la espalda y la cabeza. Eran los masajes más maravillosos que había recibido jamás. La fuerza del agua le golpeaba la coronilla y en su caída correntosa se llevaba las ideas sombrías y los pensamientos aciagos. Pero, además, este baño tenía para él el significado de un bautismo. Era el primero de una vida nueva. De pronto consideró su suicidio fallido como un hecho providencial y no como un fracaso. Bajo la cascada vital que lo unía con lo más biológico y elemental de las especies, pudo ver todo desde una nueva perspectiva. Experimentaba algo semejante a la euforia. Cautivo de una epifanía, pensó de pronto que no había acto más banal que el suicidio. No se trataba, como alguna vez consideró, de una afirmación de la voluntad superior del ser humano sobre el instinto y las leyes de la naturaleza. Al contrario, se dijo, era un acto anodino, carente de épica y contrario a toda poética. Que fuera el último episodio no lo hacía menos trivial. El suicidio no significaba ponerle punto final a una vida por voluntad propia, sino, al contrario, era la renuncia definitiva a tomar las riendas de la propia historia. Abrió los ojos y detrás de la cortina de agua vio a otro hombre, desnudo como él. Y otro más allá. El hallazgo de la matrícula le había franqueado las puertas de un mundo del que nunca quiso formar parte: el de sus colegas egresados de la universidad. Ignoraba qué profesión ejercían los otros hombres que se bañaban en las duchas vecinas. La desnudez despojaba a las personas de cualquier referencia social y las devolvía a lo más primario de la condición animal: pelos extrañamente distribuidos, arrugas insólitas, cicatrices, deformidades íntimas, genitales desprotegidos, adiposidades; criaturas desvalidas y contrahechas que se escondían detrás de ese ropaje llamado cultura. El hábito sí hacía al monje, se dijo Eliseo. El único indicio de que esos hombres, desnudos como él, eran profesionales lo constituía el ámbito: el vestuario del campo de

deportes de Ciudad Universitaria al que habían entrado exhibiendo una matrícula que los acreditaba como egresados de la Universidad de Buenos Aires.

El sentimiento de euforia y lucidez le duró tanto como la ducha; mientras se secaba, descubrió que aquel lugar y sus recientes ensoñaciones sobre la vida y la muerte lo conducían al momento que siempre evitaba recordar: el suicidio de un paciente. Ese era el motivo que lo había llevado a abandonar la profesión. Se sentía el principal culpable de la muerte de aquel adolescente brillante, luminoso, que llegó un día lejano a su antiguo consultorio de la calle Ayacucho. ¿Cómo no había visto los numerosos signos, las súplicas silenciosas y las advertencias que se ocultaban detrás de aquella sonrisa perpetua y ese humor cínico e ingenuo a la vez? No había neutralidad analítica, ni ningún otro concepto de asepsia profesional, que pudiera liberarlo de la certeza de que él podía haber evitado aquella muerte.

Esa dolorosa certidumbre fue la que lo condujo a condenarse a sí mismo, en un íntimo juicio por mala praxis, a la pena de inhabilitación profesional de por vida. Se trataba de una decisión poligonal, cuyas aristas eran todas escarpadas: la económica, la profesional, la ética y la moral. Desde el momento en que resolvió cerrar el consultorio y dejar el hospital fue consciente de todas las consecuencias de su determinación. Pero había una que era, tal vez, la que más lo atormentaba: abandonar a sus otros pacientes. Estaba frente a un dilema difícil de resolver.

Mientras se secaba los intersticios de los dedos de los pies, recordaba aquel conflicto íntimo, de pronto actualizado. Dentro de ese puñado de pacientes a los que había dejado huérfanos, estaba Eleanor Rigby. Ignoraba cómo había seguido la vida de Eleonora desde entonces. A juzgar por las palabras llenas de afecto y el pedido de reiniciar el análisis después de tantos años, parecía agradecida y feliz. Demasiado. Sospechosamente feliz, injustificadamente agradecida. Tenía razones para guardarle rencor después de que él la abandonara. Pese a todos los reparos, ya había empeñado la palabra. No había vuelta atrás.

Eliseo necesitaba cambiarse. Uno de los hombres que aún permanecía en la ducha había dejado ropa limpia colgada en una percha, fuera del locker. Era un ámbito de graduados, ¿qué colega sería capaz de robarle algo a otro? Eliseo consideró el talle e hizo una cotización sumaria de las prendas ajenas: una chomba Penguin, un jean Wrangler y unas zapatillas New Balance. Perfecto vestuario para una sesión de psicódromo. Se vistió lo más rápido que pudo y cuando escuchó que la ducha se cerraba, cambió el contenido de los bolsillos con los de sus pantalones y corrió hacia la puerta. El colega, pensó Eliseo, había hecho un buen negocio: le había dejado la percha con su camisa Ralph Lauren, los jeans Tommy Hilfiger y los zapatos Timberland. Una vez afuera del vestuario, olió el delicioso perfume de la ropa limpia y se perdió en el campus agreste de Ciudad Universitaria.

CAMINANTES EN LA TORMENTA

Bañado, cambiado, con perfume a jabón y a ropa limpia, Eliseo Fainzilber había pasado buena parte de la noche escribiendo los principios teóricos de su psicódromo en el banco de la estación Coghlan. Tanto era el entusiasmo que ni siquiera había pensado en la incierta posibilidad de cenar. Se durmió gratamente cansado y satisfecho, animado con la idea de reiniciar su vida profesional. Esperaba el momento del reencuentro con su paciente con los nervios y la ansiedad de la primera vez.

La mañana se anunció con un trueno prolongado que hizo cimbrar los durmientes de las vías y el concreto del andén. Una gota gruesa, pesada y fría le cayó a Eliseo en medio de la frente con la fuerza vertical de las malas noticias. Se despertó de un salto, justo antes de que llegara la tormenta desde el este. El viento antártico arremolinaba el polvo y arrancaba los pétalos de las malvas y las azaleas que crecían junto a los alambrados de la estación. Corrió a ponerse a resguardo en el hall mientras mascullaba entre dientes su increíble mala suerte. Había pensado en Aristóteles, en los peripatéticos, en Heráclito, en Diógenes de Sínope, en Diógenes Laercio, en los pueblos nómades y en Sigmund Freud. Pero no había pensado en la lluvia.

Apiñado entre los pasajeros que escapaban del aguacero en ciernes mientras esperaban el tren en el angosto espacio cubierto, Eliseo vio la noche prematura en plena mañana. El cielo desapareció detrás de un techo de nubes sólidas. Aquella bóveda de hielo oscuro de pronto se quebró con el impacto de un relámpago plateado y se precipitó convertida en escombros congelados. Eran tiempos de sequía. Hacía semanas que no llovía y años que no caía granizo. Y tenía que suceder justo el día de la inauguración de su magnífico consultorio a cielo abierto. No tenía un plan alternativo. Había creado la teoría y las bases conceptuales de la flamante terapia peripatética, había pensado en la fisiología cerebral del caminante, en la mecánica de pensamiento de los peregrinos, en la relación de la percepción durante la marcha, en el efecto propiciatorio del acto de caminar en la reflexión y en las reacciones sociales inconscientes, invisibles en un ámbito cerrado y estático. Pero no había pensado en la meteorología.

Llovió sin parar toda la mañana. El río subió hasta las balaustradas de la costanera. Hubo inundaciones en el campo, cayeron árboles sobre los autos y volaron techos. Hasta ese momento, Eliseo creía que le gustaban los días de lluvia. No era lo mismo mirar caer la lluvia del otro lado de los ventanales, frente a los leños del hogar, con una copa de vino mientras llegaba el perfume de la cena en el horno, que esquivar las ramas que volaban paralelas al asfalto con el estómago vacío. Eliseo hundía los pies en los charcos y se lamentaba de haberle dejado al colega sus

Timberland de media caña que lo habrían protegido hasta los tobillos. Nunca se había sentido más expuesto a los elementos ni más desafortunado.

Tenía frío, hambre y una sensación de soledad elemental, como un animal que acabara de perder a la manada en medio de la huida. Faltaban pocos minutos para la hora de la cita con Eleanor Rigby. Llovía con una persistencia apocalíptica. No valía la pena que fuera al lugar del encuentro. Las calles estaban vacías. Ni siquiera tenía un teléfono para recombinar la sesión. Acurrucado en un banco del hall de la estación, tiritando, de pronto Eliseo sintió un golpe en la espalda:

—¿Qué hace acá todavía? ¡Va a llegar tarde!

Fainzilber levantó la cabeza y vio al hombre que lo había salvado de morir el día anterior.

—Lo suyo es ensañamiento terapéutico —le dijo Eliseo con una expresión derrotada.

—Nada más lejos de mí que la distanasia, si a eso se refiere, licenciado. Como le dije ayer, me importa poco lo que haga con su vida. Si se quiere dejar morir, adelante. Pero no acá.

—¿Y entonces por qué no me deja en paz?

—¿Yo? ¿A usted? Vea, esta es mi parada y acá tengo mi vida y mis negocios. No me interesa tenerlo de vecino. Así que cuando más pronto se vaya mejor para todos. Además, esta vida no es para usted. Después lo conversamos, ahora vaya a trabajar. No sea vago hombre —dijo el vagabundo de la estación.

—¿Usted vio cómo llueve?

—¿Y qué tiene que ver la lluvia con la psicología? Vamos, vamos, muévase. No haga esperar a su paciente en la primera sesión —decía mientras lo levantaba de la chomba y lo conducía hacia afuera.

—Me va a arrugar la ropa —se quejó Eliseo.

—Lindo outfit, ¿asaltó un shopping? La próxima, avise. Pero ahora vaya, vaya que se le hace tarde.

Eliseo caminó pegado a la línea de edificación, buscando el reparo de los aleros, los balcones y las salientes de las construcciones. El agua formaba ríos verticales en los frentes y confluía con los torrentes que corrían como rápidos por las cunetas. En su apurada caminata desde Coghlan hasta Belgrano R, no se encontró con ninguna otra persona. Cuando llegó a la avenida de los Incas, antes de cruzar se detuvo en la esquina de Freire. No había nadie. El bulevar era un páramo alargado. La bandera colgaba empapada contra el mástil. Las figuras del grupo escultórico brillaban lavadas por la lluvia y la trompeta del ángel parecía anunciar el fin de los tiempos. Nadie. Eliseo se sintió un estúpido. Llegó a pensar que, acaso, el reencuentro con Eleonora no había sido más que la alucinación de un demente que, como tantos otros, vagaba sin rumbo por la calle.

PRIMERAS ÚLTIMAS PALABRAS

Eliseo Fainzilber se guareció bajo el pórtico neoclásico de un edificio. Estaba justo enfrente del mástil junto al cual creyó haber conversado con su expaciente el día anterior. Dejó que la espalda se deslizara hacia abajo contra una columna para sentarse en el suelo y entregarse al mazo de matarife del destino. En ese momento se detuvo un taxi al otro lado del bulevar. Detrás de la cortina de agua, vio asomar un paraguas colorido. Cuando el auto arrancó, se incorporó y pudo distinguir la delicada figura de Eleonora Rosenthal. Un rayo de sol se abrió entre las nubes y apareció un fragmento de cielo del color de la fe. Ella lo vio desde enfrente y lo saludó con la mano, sonriente, animada. Entonces él salió del vestíbulo y, al comprobar que ya no llovía, cruzó hasta el monumento.

—Licenciado, está mojado, ¿no quiere subir a cambiarse? Lo espero —dijo ella, dando por supuesto que tenía el consultorio en el elegante edificio del que había salido.

Eliseo Fainzilber negó con la cabeza y, tal como alguna vez les dijera Aristóteles a sus compañeros de senda, pronunció la palabra que estaba en el punto de partida de toda aventura humana:

—Caminemos.

Eliseo podía reconocer en esa mujer madura y elegante a la muchachita a la que, según su culposa percepción, acaso algo paternalista, había abandonado a su suerte muchos años atrás. Hablaba con la misma cadencia y los mismos gestos de entonces. Pero ahora que la veía caminar junto a él, descubrió que el ritmo de la oratoria estaba acompasado con el de la marcha. Antes de iniciar la caminata, Eliseo había dejado que ella eligiera su posición en esa peregrinación de dos. Se ubicó del lado de la pared y el terapeuta quedó del lado de la calzada. Era un movimiento cargado de significación: no solo hablaba de la adecuación a las normas de urbanidad tradicionales, que indicaban que la mujer debía ir de ese lado, sino, además, de cierta necesidad de protección, de encontrar en él una barrera entre ella y el tránsito. Eliseo, quieto en el lugar, esperó a que ella diera el primer paso en alguna dirección. Sin embargo, no atinó a moverse hasta que lo hizo él. Ella miraba al piso, dejaba que él la guiara. De hecho, Eleonora iba siempre un poco rezagada. No habían iniciado siquiera un diálogo y ella ya había expresado, sin pronunciar una sola palabra, una cantidad de manifestaciones que en el consultorio nunca habrían encontrado la manera de exteriorizarse. ¿Quién podría negar que toda esa gestualidad

descansaba, finalmente, en las redes del lenguaje?

A medida que el cielo se abría y las calles se llenaban de luz, la gente salía del encierro tras la lluvia. Cada vez que se cruzaban con alguien, ella se pegaba a él, como si quisiera evitar todo contacto con los extraños y al mismo tiempo buscara alguna seguridad en el terapeuta. Hubo una actitud que le llamó particularmente la atención a Eliseo; cada vez que pasaban frente a una ventana abierta, ella disminuía la marcha y miraba hacia adentro. Incluso, como si hablara para sí, llegó a hacer algún comentario sobre los muebles y los objetos: “Qué hermosa biblioteca, cuántos libros”, “Qué cantidad de plantas”, “Qué mesa tan grande, ¿cuánta gente vivirá ahí?”. Por alguna razón, necesitaba espiar la vida de los demás. Había, por otra parte, algo en relación con las cantidades y la clasificación de los objetos.

Hasta ese momento era mucho más lo que Eleonora había declarado a través del lenguaje de los caminantes que lo que había podido decir por medio del diálogo. Era natural. Habían pasado muchos años y era tanto lo que tenía para contar que resultaba difícil saber por dónde comenzar. Estaba intentando construir un puente con trivialidades, tal como sucede en todo reencuentro significativo. Era tan grande el contraste entre las palabras y los gestos, entre la nimiedad de lo dicho y la angustia en el rictus, que Eliseo temió que estuviera en la antesala de una tragedia. Le constaba, según su experiencia clínica, que el drama solía desatarse cuando no alcanzaban las palabras. O, al contrario, cuando sobraban y no encontraban un cauce por donde discurrir. Había algo en esas aguas quietas de la banalidad que tal vez ocultaran un mar de fondo a punto de convertirse en tempestad.

LA MUJER QUE LO TENÍA TODO

Eleonora Rosenthal y Eliseo Fainzilber retomaron un diálogo que había quedado interrumpido veinte años antes. A pesar de la asimetría de la relación que los unía, ambos experimentaban la sensación de que no había pasado el tiempo. No era un viaje al pasado; al contrario, sentían que eran aquellos dos jóvenes de entonces lanzados al futuro de un mundo envejecido y malogrado.

—Pasaron algunos años desde nuestra última charla —inició Eliseo.

—Según se mire, veinte años pueden ser una eternidad o un parpadeo; no lo digo en términos relativos comparando la edad de las estrellas con la vida de las mariposas —dijo Eleonora con la misma poética de su juventud—; hay cosas que sucedieron hace un cuarto de siglo y las recuerdo como en una vida anterior. Y otras, de aquella misma época, que parecen haber sucedido ayer.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, mi época de estudiante del traductorado; me parece que eso sucedió hace miles de años. En cambio, nuestra última charla, aquella sesión de hace tanto tiempo, la recuerdo con puntos y comas, como si hubiese sido el jueves pasado. Iba los jueves a esta misma hora, ¿se acuerda?

—¿De qué cree que depende que algunos recuerdos sean tan lejanos y otros tan cercanos?

—Depende, supongo, de la actualidad que pueden seguir teniendo. Las cosas pendientes parecen más recientes porque todavía nos tienen atados, preocupados.

—O sea que, para usted, aquella última charla no fue un tema cerrado.

—No quiero que suene como un reproche, pero nunca entendí por qué terminó tan abruptamente aquella terapia. —A través de la paradoja de la negación, Eleonora confirmaba que eso era, en efecto, un reproche—. No me dejó opción —continuó—. Así y todo, quiero que sepa que le estoy agradecida; fue una experiencia muy positiva y, en gran medida, me ayudó a ser quien soy hoy.

—¿Quién es hoy?

Eleonora hizo un silencio y se distrajo deliberadamente espiando hacia el otro lado de una ventana.

—Tengo tantas cosas. Creo que conseguí mucho, muchas cosas en todos estos años. No se puede imaginar cuánto.

—¿Por ejemplo?

—Es muy difícil de explicar. ¿Se acuerda en qué momento me bautizó Eleanor Rigby?

—No, no fui yo, fue usted. Yo solo le mencioné la canción. Usted misma se comparó con...

—Sí, sí, es verdad. Me acuerdo como si fuera ayer. Yo había mencionado a father McKenzie, el cura del tema, y a la mujer que vivía pendiente del padre y juntaba arroz del piso. Y recuerdo perfectamente que usted relacionó al cura, al padre, con mi padre...

—No, tampoco fui yo el que hizo esa relación.

—Tal vez... El caso es que mi padre murió hace poco.

—¿Cuánto hace?

Eleonora hizo cuentas en el aire pero fracasó.

—Bueno, hace no mucho —resumió.

—O sea, está del lado de las cosas pendientes.

Ella sonrió con cierta amargura y asintió como diciendo “touché”.

—Pasaron muchas cosas. Me casé, tuve un hijo...

—¿Tuvo?

—Tengo. Tengo un hijo, ya está bastante grande. No vive conmigo.

—¿Vive solo?

—No, no, con el padre.

—Entonces no es bastante grande.

—Bueno, otra vez: según cómo se mire. Bastante puede ser lo suficiente o lo no suficiente.

—¿Y para usted qué es?

—Bastante —dijo con tautológico fastidio.

—¿Qué edad tiene?

—Dieciséis.

—Bastante chico, entonces. ¿Por qué vive con el padre?

—Bueno, es complicado... Pero digamos que no cabíamos los tres en la misma casa.

—¿Una cuestión de espacio?

—Sí.

—¿Dónde vive ahora, Eleonora?

—Di la vuelta completa; ahora vivo en la misma casa en la que vivía en la época en que me analizaba con usted; en el departamento que era de mi padre, en avenida Las Heras.

—Pero si no recuerdo mal, usted decía que era demasiado grande ese departamento para usted y su padre. ¿Y ahora vive sola?

—Sí. De hecho, a la vuelta de casa, tengo otro departamento, más chico, que mi papá usaba como oficina. Pero está inhabitable.

—¿Está vacío? —preguntó con inquietud profesional, aunque temió que hubiera podido notarse su secreta y novedosa curiosidad de homeless.

—No, no, al contrario —dijo, se llevó las manos a la cabeza e hizo un gesto de explosión con los dedos, como si una cantidad de palabras, pensamientos y recuerdos se le amontonaran dentro del cráneo con una presión insoportable.

—¿Quién vive ahí?

—Nadie podría vivir ahí —dijo y apuró el paso como si quisiera escapar—. Pero bueno, Ariel, mi hijo, está mejor en la casa del padre; tiene más espacio.

En ese punto, Eleonora guardó silencio. Al pasar frente a una librería, hizo un reconocimiento sumario de los libros de la vidriera y aprovechó para cambiar el rumbo de la conversación:

—No sé si se acordará, pero uno de los temas que tocamos en la última sesión fue el regalo de cumpleaños que me había hecho mi papá. Cumplía veinte años. Ese día llegó a casa con una camioneta de mudanzas. Yo no lo podía creer: me regaló la *Enciclopedia Británica*; ahí estaban los treinta y dos tomos, la edición completa.

—¿Todavía la tiene?

—¡Sí! Y con las actualizaciones correspondientes.

—¿Todo en edición papel?

—Obvio. No sé usted, pero yo odio los libros digitales. Hablábamos mucho de libros, ¿se acuerda?

—Sí.

—¿Cómo se le ocurrió esto del psicódromo?

—Caminando. Caminando nacen las ideas y se ordenan los pensamientos sueltos.

—Claro, tiene sentido. El otro día casi le robo los libros. ¡Qué vergüenza! Pensé que los habían dejado tirados. Odio esa gente que tira los libros como si fueran..., no sé. La gente tira las cosas como si no tuvieran un valor, como si no estuvieran cargadas de recuerdos, de afecto. Qué horror. Bueno, nada. Tiene sentido salir a caminar. Es verdad que se piensa mejor caminando. Ahora entiendo por qué estaba leyendo la vida de Diógenes, claro. Pobre hombre...

—¿Por qué pobre?

—Porque era pobre, no tenía nada.

—Pero eso lo hacía rico, no pobre. Al menos es lo que se desprende de su filosofía.

—Bueno, otra vez, depende de cómo se mire.

—¿Usted cómo lo mira?

—Es un tema complicado. No sé si adhiero a la idea de la riqueza de la pobreza. Como sea, me parece un hallazgo su psicódromo. Leí que caminar libera endorfinas y otras sustancias que inducen a recordar, a pensar con más claridad y, como dice usted, a ordenar las ideas. Es interesante, nunca lo había pensado de esa manera. Y ahora que comparo, la verdad es que el consultorio tiene algo deprimente.

—¿A qué se refiere?

—Digo en general, no me refería al suyo, al que tenía ahí en Ayacucho, ¿se acuerda?

—Bueno, no me ofendería.

—En ese caso, entonces sí, tal vez era un poco deprimente. Medio oscuro, ¿puede ser? Pero lo digo porque ahora no puedo evitar compararlo con esto —dijo señalando la arboleda frondosa de

la avenida Melián y las casas señoriales de ladrillo inglés.

El día se había vuelto claro y las nubes se iban perdiendo hacia el oeste. Las hojas de los árboles tenían ese verde saturado que toman las plantas después de la lluvia.

—Más allá de aquel consultorio oscuro o de este psicódromo, quiero que sepa que le estoy agradecida. No sé dónde estaría hoy; no sé si tendría todo lo que tengo si no hubiera sido por aquella terapia. Eleanor Rigby —volvió a decir divertida—, ¿se acuerda?

—Sí, claro. ¿Y usted? ¿Cuánto queda de Eleanor Rigby?

—Bastante, en el sentido que usted quiera.

Cuando completaron la vuelta y llegaron al mismo punto del inicio, Eliseo se detuvo. El recorrido había llevado cincuenta y siete minutos. Estaba agotado, no por el exceso de esfuerzo, sino por falta de alimento. Eleonora hizo girar la correa del pequeño bolso que llevaba en bandolera, abrió la cartera y le preguntó cuánto le debía. Solo entonces Eliseo Fainzilber cayó en la cuenta de que no tenía la menor idea de cuáles podían ser los honorarios actuales de un psicoanalista. Menos aún los de un terapeuta peripatético, disciplina que acababa de inaugurar. Dijo una cifra sin pensar, con la misma aleatoria mecánica con la que una bola cae en tal o cual número de la ruleta. Para su sorpresa, Eleonora asintió y con la mayor naturalidad metió la mano en la cartera. Antes de extraer el dinero, miró a uno y otro lado y, señalando con el mentón el edificio de piedra París del que había salido él, le preguntó:

—¿No prefiere que subamos a su consultorio? Digo, para no contar plata en la calle.

—Este es mi consultorio —le contestó con una seriedad fingida.

Ella dejó escapar una risa ingenua y mientras le pagaba, le dijo:

—No existe mejor consultorio. No sabe la falta que me hacía salir, caminar, hablar y sacarme una carga tan pesada de encima, aunque sea por un momento.

Eliseo guardó la plata en el bolsillo delantero del pantalón robado e intentó disimular la sorpresa: había sido una primera sesión más bien ligera, sin grandes densidades ni oscuras revelaciones. Le costó entender de qué peso le estaba hablando. Era apenas la primera entrevista de esta nueva etapa. Ya habría tiempo para que fuera liberándose poco a poco. La saludó y esperó a que se fuera. Ella se despidió, giró sobre los talones y dio unos pasos indecisos. De pronto se detuvo, se dio vuelta y regresó sobre sus propias huellas.

—A veces es muy difícil encontrar las palabras...

Eliseo se la quedó mirando con una expresión que invitaba a que confiara en él.

—A veces es más fácil soportar el sufrimiento que la vergüenza —murmuró ella.

—Es verdad. Son dos grandes temas para conversar la semana que viene.

Eleonora asintió con la cabeza mientras se mordía el labio inferior.

—Es que, de verdad, no tengo palabras para eso —dijo, metió la mano en la cartera, sacó un manojo de llaves y se lo ofreció—, usted lo tiene que ver con sus propios ojos.

Eliseo tomó las llaves sin comprender, casi contra sus principios profesionales. Por un lado,

sentía la fuerza de la atracción de la neutralidad analítica y, por el otro, el impulso de la curiosidad de un vagabundo que carecía de llaves para abrir puertas que tampoco tenía. Eleonora arrancó otro papel de la libreta, anotó una dirección y se la dio.

—Necesito que vaya a este lugar antes de que volvamos a vernos. Usted tiene que saber quién soy —dijo con un rictus irreconocible y corrió a tomar un taxi para que la vergüenza no la incinerara.

LAS LLAVES DEL TEMPLO

Eliseo entró en El Torreón y pidió una pizza grande. Tenía un hambre bengalí. Un hambre tal que, al principio, apenas pudo comer. No terminó de tragar la primera porción, cuando un espasmo vertical le encogió las tripas y le cerró la garganta. Una náusea dolorosa lo obligó a doblarse sobre sí mismo. Pero ni las arcadas ni el calambre abdominal le quitaban la necesidad orgánica de comer. Sustituyó la voracidad por el método, se impuso el ejercicio de la paciencia. Intercaló bocados con sorbos de cerveza helada hasta que, por fin, dejó la tabla redonda limpia y el chopp vacío. Solo entonces experimentó algo semejante a la felicidad.

El manojito de llaves en el bolsillo le quitaba la sensación de desamparo. Era una percepción básica, irracional, el mero hecho de sentir el tintineo le generaba la ilusión de tener un lugar a donde ir. Sentado en una mesa que daba a las vías, sacó el llavero y lo examinó. Eran cuatro llaves: dos de paleta, una de sierra y una pequeña como de cofre o alhajero. Todo indicaba que eran las llaves de un departamento: una de las de paleta debía corresponder a la puerta del edificio, las otras dos a la del departamento y la otra a una caja de seguridad en el interior.

Lo invadió una curiosidad adolescente. En otra época y bajo otras circunstancias jamás habría aceptado semejante ofrecimiento de un paciente. Había vuelto al ejercicio de la clínica a su pesar, forzado por los acontecimientos. Ya no era aquel psicoanalista lleno de prejuicios y dogmas. Ahora no pertenecía a ninguna de las sectas que se disputaban el alma y los bolsillos de los profesionales y los pacientes. No le debía obediencia a un mesías global ni a ninguno de sus apóstoles locales. No le rendía pleitesía a ningún jefe de trabajos prácticos, titular de cátedra o rector de la facultad. Era un hombre libre.

En sus días de practicante lo habría considerado un abuso de la transferencia y una violación a la neutralidad analítica. Pero ahora, a la vuelta de los años, no había nada del orden de la praxis, la ética o la ley que le impidiera conocer los secretos impronunciados de su paciente. Mientras tomaba un café amargo, pensó que aquella neutralidad, tan parecida a la indiferencia, acaso fue la que propició el suicidio de su paciente. A veces, se dijo, no era suficiente con la escucha ni con la atención flotante. Las escuelas psicoanalíticas habían renunciado a la mirada y subordinaron la importancia del ojo a la del oído. Aristóteles y sus peripatéticos salían a caminar, a observar el mundo, las cosas y las personas. Para los dramaturgos griegos el escenario, el vestuario y los elementos visibles de la tragedia eran tan importantes como la letra. Eleonora le había confiado, suponía, las llaves de un escenario. Si una muerte se podía reconstruir a partir de la escena del crimen, una vida debía considerarse bajo la luz de los múltiples escenarios en los

que se desplegaba. Las personas suelen vivir disociadas en varios ámbitos y en cada uno son personas diferentes. Más allá de la fragmentación patológica de personalidad, existe una disgregación social que obliga a todo el mundo a mostrarse de distintas maneras. Y no se trata necesariamente de máscaras que ocultan la verdadera personalidad; todas son verdaderas y falsas a la vez. Depende del punto de vista. Él era un vagabundo para su colega de la estación, un prestigioso psicoanalista para Eleonora, un esposo ejemplar frente a los ojos de la sociedad, un crápula para su esposa, un anticuario para los clientes del negocio, un moroso incobrable para el Viejo Sappia; era todo eso junto a los ojos de su propia conciencia y un enorme acto fallido, un síntoma, un lapsus, un sueño pesadillesco y un mal chiste ante la mirada omnividente del inconsciente.

“Usted tiene que saber quién soy”, le había suplicado Eleonora. No podía permitirse cerrar los ojos y los oídos a ese ruego desesperado.

Eliseo Fainzilber se terminó el ristretto de un sorbo, leyó la dirección del papel que le había dejado su paciente y se dispuso a ir a la escena del crimen que tal vez alguien había cometido contra ella.

Era medianoche.

LA NIÑA DEL FARAÓN

Llegó a la entrada de un edificio en la calle Bulnes. Desde afuera se veía un hall amplio y bien iluminado. Del otro lado de un mostrador de concreto había un portero disfrazado de vigilador, entregado a la indolencia detrás de una pantalla. Eliseo abrió con la llave, entró, saludó y recibió un breve sonido gutural por respuesta. Volvió a leer el papel para confirmar el piso, evitó mirarse en el espejo del ascensor y marcó el décimo. Cuando se cerró la puerta lo invadió una inquietud rayana con el miedo. Infirió que ese lugar debería ser el estudio del padre de Eleonora, el que había mencionado ella durante la caminata. El edificio se veía impecable. ¿A qué se refería Eleonora cuando le dijo: “Nadie podría vivir ahí”? Esas palabras se ajustarían a una casa ruínosa, un lugar miserable o, por ejemplo, pensó Eliseo, un cementerio; pero jamás a una construcción de hormigón pulido y acero inoxidable espejado como esa.

La ansiedad aumentaba a medida que el ascensor se acercaba al décimo piso, como si el diez del tablero fuera el máximo en la escala de la angustia. Cuando se detuvo, antes de que se abriera la puerta, acarició con el índice el botón de la planta baja. De pronto, todo le pareció una locura. Estuvo a punto de bajar y volver a la calle. Pero una vez más, recordó que no tenía a donde ir. El destino le había tendido un jaque tras otro; se movía en círculos dentro del mismo casillero y la única puerta de escape tal vez fuera la que ahora tenía frente a él.

Giró la llave en la cerradura, abrió la puerta y, antes de entrar, metió el brazo y tanteó la pared hasta que encontró la llave de luz. El paisaje que se presentó ante sus ojos era alucinatorio. Sencillamente, no parecía posible. Eliseo parpadeó de manera involuntaria varias veces, como si aquello fuese un error de la percepción. Desde el recibidor hasta el final del salón, pasando por el living, todo, hasta donde alcanzaba a ver, estaba abarrotado por una sucesión de cúmulos del piso al techo y de pared a pared. Había solo un estrecho y tortuoso corredor entre la multitud de objetos por donde apenas si podía pasar una persona muy delgada de costado. Era el caso de Eliseo, que ahora había perdido varios kilos que, de hecho, nunca le sobraron. Aún así, temió, y con buenas razones, que las incontables pilas de objetos diversos se cayeran encima de él y lo aplastaran. Pero, además, calculó, si bien el peso que él podía sumar no parecía significativo, que con solo agregar un alfiler el piso podría colapsar.

Eleonora era la acumuladora compulsiva más escrupulosa y ordenada que había conocido. De acuerdo con ciertas creencias extendidas, los acumuladores vivían en ambientes sucios, malolientes y caóticos. No era el caso. Pese al abarrotamiento y a la diversidad de objetos, podía inferirse una taxonomía, un criterio de clasificación riguroso. Ese orden, por así decirlo, no

facilitaba, sino, al contrario, empeoraba el cuadro. El desarreglo solía atentar contra la acumulación; el escrúpulo, en cambio, permitía acumular más cosas en un mismo espacio. Pero, además, esa minuciosidad matemática debía insumirle a Eleonora una dedicación total. No le quedaba espacio físico ni mental para ninguna otra actividad.

Los acumuladores compulsivos no suelen considerarse tales hasta que ellos mismos quedan materialmente excluidos de su propia vida. Eleonora no habitaba en ese lugar por una sencilla razón: ya no cabía. Era de suponer que la casa familiar a la que se había mudado debía estar cerca de alcanzar el límite de la capacidad, igual que ese estudio que había sido de su padre.

Era un caso patológico que parecía adecuarse de manera natural y perfecta al psicódromo que acababa de concebir. De hecho, en algunos tratados el desorden que presentaba Eleonora solía describirse como Síndrome de Diógenes. Este nombre era, a todas luces, un error teórico, conceptual, clínico y, sobre todo, biográfico; si algo caracterizó la vida de Diógenes era el total desprendimiento de las cosas materiales. El vagabundo más famoso de todas las épocas había renunciado a cualquier pertenencia. La tinaja volcada en la que se guarecía estaba vacía, tal como lo había retratado Jean-Léon Gérôme. Lo único que tenía, además de la tinaja rota que ni siquiera le pertenecía, era una manta, un palo con una tela atada en el extremo, la lámpara con la que, decía, buscaba hombres honestos y un poco de paja sobre la cual echarse. Nada más. Supo tener un cuenco, pero se lo regaló a un chiquito al verlo beber agua entre las manos. Si algo no padecía el filósofo vagabundo era precisamente del Síndrome de Diógenes, según la descripción de esa misma gnoseografía.

De acuerdo con cierto estereotipo, los acumuladores compulsivos eran personas entregadas al abandono, desaseadas, indiferentes a la mirada ajena, carentes de pudor, sin ocupaciones productivas, ermitañas, en fin, sin vida social alguna. Eleonora Rosenthal era la refutación de estos lugares comunes. Era una mujer preocupada, incluso hasta en exceso, por su imagen personal: nada en ella estaba librado al azar ni, menos aún, al descuido. Tenía un aire sesentista perfectamente logrado en los detalles del maquillaje y la ropa. Por otra parte, el modo de conducirse durante la primera caminata revelaba que estaba pendiente de cómo la consideraban los demás, incluso los desconocidos. Era una mujer sumamente pudorosa; padecía la vergüenza al punto de que no se atrevió a confesarle su compulsión ni a su propio analista. “A veces es más fácil soportar el sufrimiento que la vergüenza”, le había dicho Eleonora antes de darle las llaves e irse sin poder siquiera sostenerle la mirada.

De pronto, todo cobró sentido. En aquel primer encuentro casual, él pudo ver cómo Eleonora había tomado los libros, dispuesta a llevárselos, segura de que alguien los había dejado abandonados. Si él no le hubiera hecho notar que eran suyos, seguramente habrían ido a parar a alguna de todas de esas pilas de objetos. Ahí estaba Eleanor Rigby: no solo recogía el arroz del piso, sino todo aquello que consideraba abandonado. “La gente tira las cosas como si no tuvieran un valor, como si no estuvieran cargadas de recuerdos, de afecto”, le había dicho ella durante la

caminata. Aquellas palabras tenían ahora un significado pleno; las toneladas de objetos que acumulaba no eran meras cosas, sino un reservorio de recuerdos y afectos que debían ser rescatados del abandono.

Eliseo recordaba la historia personal de su paciente. La madre de Eleonora había muerto cuando ella era muy chica. Al quedar viudo, el padre, un contador hasta entonces ajeno a los asuntos de la crianza, se dedicó por completo a su única hija. De acuerdo con las propias palabras de la paciente, de pronto la paternidad se convirtió para él en un “sacerdocio”: father McKenzie, asociaría ella misma años más tarde, durante su primer análisis con el joven licenciado Fainzilber. Por otra parte, Eleonora había vivido la muerte de su madre como un virtual abandono. Cada objeto rescatado era una reivindicación de aquella niñita abandonada y a la vez una ofrenda al padre. Cuando murió, ella heredó el estudio y lo convirtió en una suerte de templo, un adoratorio repleto de ofrendas. A tal punto que ella misma se ofreció en sacrificio y se condenó a su propio destierro. La paradoja era que, al quedarse sin un lugar habitable, repitió la historia de abandono con su propio hijo: “No cabíamos los tres en la misma casa”, le había dicho ella el día anterior. En efecto, “nadie podría vivir ahí”, lo previno y ahora él mismo lo comprobaba con sus propios ojos. No había metáfora alguna cuando ella le confesó que su hijo Ariel estaba mejor en la casa del padre porque, literalmente, tenía “más espacio”.

Eleonora no le había ocultado nada. Todo el tiempo se lo había dicho y se lo repitió: “Tengo tantas cosas. Conseguí muchas cosas en todos estos años. No se puede imaginar cuánto”. Era verdad, esa acumulación era difícil de imaginar. Lo que en sus palabras parecía una suma de logros personales era, en realidad, un cúmulo material, literal, de objetos. Eliseo veía las hileras infinitas de libros que se extendían como una maqueta de una megalópolis y se apilaban en altura como rascacielos. Entonces descubrió, de pronto, la piedra fundacional de esa ciudad de papel. Ahí estaba, como basamento, el regalo de cumpleaños del padre: los treinta y dos tomos de la *Enciclopedia Británica* y “las actualizaciones correspondientes”. Las “actualizaciones” eran miles de libros que nadie podría leer ni en diez vidas. Lo único que actualizaban era el amor de su padre y el valor de aquel regalo, eternizado en la acumulación perpetua de libros.

Eliseo siguió el angosto sendero que se bifurcaba en la entrada de cada habitación. La cocina parecía un puesto del mercado de especias de Khari Baoli de la vieja Dheli. El perfume de las flores secas del azafrán y la vainilla en vaina competía con el del cardamomo, la pimienta de Cayena, la canela y el cacao. Los estantes estaban repletos de botellas de vinos de todo el mundo, aceites, bolsas de frutos secos, variedades infinitas de té y café. Igual que en los recintos funerarios de las pirámides del antiguo Egipto, el muerto debía tener todo aquello que mereció en vida. Además de las delicias que se secaban y se consumían, había ofrendas más duraderas: antiguas herramientas de cocina, cuchillería, colecciones de mates y hasta una suerte de reconstrucción de una vieja pulpería de campo.

Eliseo recordaba que Eleonora alguna vez había definido a su padre como un bon vivant que

debió abandonar una existencia hedonista para dedicarse a su crianza. Acaso ella no se daba cuenta de que esos manjares eran el modo de agradecerle aquel enorme sacrificio que había hecho por ella. Cada habitación era un altar en sí mismo. El baño parecía un free shop reducido a unos pocos metros cuadrados: perfumes, frascos llenos y vacíos a causa de la lenta evaporación, se apiñaban en la mesada del lavatorio, en los estantes y hasta en el interior de la bañera. Había colecciones de antiguas hojas de afeitar, navajas, brochas, espumas y cremas infinitas. En el cuarto principal se apilaban valijas, bolsos, percheros, repletos todos de ropa, zapatos, corbatas, camisas, pantalones y prendas indescifrables entre la infinidad de atuendos diversos. En el salón en el que estaba el despacho del padre, se acumulaban elementos de escritorio, objetos de librería, carpetas, archivos, resmas amarillentas, teclados de todas las épocas, pantallas de tubo, máquinas de escribir, sellos, lapiceras, plumines, frascos de tinta, pinceles y toda clase de elementos de papelería.

Era como haber descubierto un depósito secreto de Harrods desde la fundación hasta el cierre. Se amontonaban objetos de todos los rubros y todas las épocas. Eliseo, como anticuario, no podía precisar cuántas de todas esas cosas eran realmente antiguas, cuántas eran sencillamente viejas, cuáles se podían utilizar y cuáles eran por completo inútiles, más allá del valor que Eleonora les podía otorgar. Todo ese caos aparente tenía un orden y una función, aunque ella no lo pudiera ver con claridad.

Ambos, él, pero sobre todo ella, tenían una larga tarea por delante. Al confiarle las llaves de aquel santuario, Eleonora le había entregado la vida. Eliseo Fainzilber cargaba ahora con una enorme responsabilidad: lo había designado curador de esa colección alucinada.

Aún quedaba por develar qué atesoraba la caja cuya llave le había dado junto con las demás. El sentido común indicaba que en ese lugar debía guardar el objeto máspreciado entre la infinidad de cosas diversas. Parecía imposible encontrar un cofre, un alhajero o una caja fuerte empotrada, ya que no había siquiera un mínimo sector de pared que no estuviera cubierto por cordilleras de elementos apilados. De pronto, Eliseo tuvo una intuición. Alguno de aquellos breves senderos debía conducir hacia ese lugar. En general, las personas que atesoraban un fetiche, algún objeto al que le otorgaban un valor por sobre los demás, solían comprobar con cierta compulsiva frecuencia que permaneciera en su lugar. Más allá del placer que les producía verlo, tocarlo, incluso olerlo, se sentían seguras ante la sola comprobación de su existencia.

Entre los breves senderos, Eliseo creyó encontrar una calle curva que se iniciaba en el distribuidor y concluía en un antiguo escritorio de persiana. Su sospecha parecía verse confirmada por el hecho de que el sillón frente al escritorio estaba vacío. Resultaba extraño que Eleonora no hubiera puesto nada encima. Era, a las claras, un lugar reservado para sentarse a cumplir una tarea o una ceremonia. Y ese rito podía ser, por ejemplo, contemplar elpreciado objeto totémico.

Eliseo se abrió camino hasta el escritorio; contra su primera conjetura, comprobó que la

persiana no tenía llave. Se sentó en el sillón y con ambas manos hizo correr la tapa de varillas. Ahí estaba, tal como supuso, el cofre cuya cerradura coincidía con la pequeña llave. Era una caja de madera sencilla, sin tallas ni ornamentos. Por un momento, se preguntó si tenía derecho a entrar de ese modo en la intimidad de su paciente. Freud sostenía que entre las facultades de un analista estaba la del confesor. Al entregarle esas llaves, Eleonora se estaba confesando de la manera más descarnada, con la desesperación de quien no puede siquiera pronunciar sus pecados. Animado por el eco de la súplica de la mujer al despedirse, Eliseo giró la llave y por fin abrió la tapa. Entonces pudo ver un fragmento de orden en medio del caos, un poco de paz entre las múltiples ruinas del temblor, una isla de razón en ese mar de locura. En el interior del cofre había... ¡nada! Una nada guardada entre la suave felpa púrpura del interior de la caja. Una nada perfecta, un tesoro de nada preservado bajo llave, el único refugio vacío frente al cual podía sentarse a contemplar la nada como el espectáculo más tranquilizador, como la última esperanza de que la nada aún era posible. Ese cofre guardaba el anhelo más profundo y más difícil, ese que acaso Diógenes y unos pocos más pudieron alcanzar. Eleonora deseaba con toda la fuerza de su alma que esa casa se convirtiera en ese cofre.

Eliseo tuvo la certeza de que era mucho más difícil despojarse de cosas que acumular riquezas. Era el inicio de un camino arduo. No se le ocurría acto más violento, cruel e inhumano hacia un acumulador compulsivo que destruir o desechar sus pertenencias a sus espaldas o en contra de su voluntad. Nadie más que ella podía decidir el destino de cada uno de esos objetos que tenían el valor de una biografía y el peso de la historia familiar pasada, presente y futura. Impresionado por el descubrimiento, agotado, Eliseo Fainzilber se tendió de costado en medio del estrecho corredor abierto en ese universo en busca de un creador y se durmió profundamente, consciente de la titánica tarea que tenía por delante.

LA HIEDRA, EL MURO Y LOS LAMENTOS

Martina salió de la casa con la cabeza gacha. Arrastraba una tristeza semejante a su sombra. Extendió el brazo y apuntó al auto con la llave. Antes de que parpadearan las luces, descubrió que, en la misma dirección, más allá, sentado sobre el cantero que rodeaba el plátano de la vereda de enfrente, Eliseo la esperaba con los brazos cruzados sobre el pecho. Cuando las miradas de ambos se encontraron, los dos se quedaron petrificados. Él temía que su lejana presencia se pareciera a un acecho y que el menor movimiento la espantara como a una paloma. No podía evitar un sentimiento extraño, no hacia ella, sino para consigo mismo. Debía convencerse de que no era el merodeador que aparentaba ser.

Ella volvió a presionar la llave, esta vez para cerrar el auto, y cruzó la calle hacia donde estaba él. Eliseo percibió en ese paso firme la intención de impedir que se acercara a su casa. Pudo ver, también, el brillo del enojo en la mirada. Era la actitud de un animal que defendía su territorio. Cuando Martina estuvo a un paso, en un movimiento de cortesía casi reflejo, él se incorporó. Ella se quedó mirándolo en silencio. De pronto la mujer se desarmó. Eliseo pudo ver cómo se le ablandaba la expresión y dejaba caer los hombros. Entonces lo abrazó. Lo abrazó con un cariño genuino, espontáneo.

—Estaba asustada.

No supo si devolverle el abrazo o limitarse a aceptarlo quieto y en silencio. No quería hacer un movimiento inapropiado ni decir una palabra de más.

—¿Estás bien? —le preguntó Martina.

Ambos sabían que la pregunta no se refería a su estado emocional, sino a la situación más elemental y básica: si había comido, si tenía un lugar donde parar, si estaba pasando frío o calor, si se había mojado durante la tormenta, si no se había enfermado.

—Estoy bien, estoy bien —la tranquilizó.

—¿De dónde sacaste esa ropa? —le preguntó ella.

Eliseo podía contestar con una evasiva, con una humorada más o menos cínica, con una pequeña mentira o con silencio. Pero a partir de ese momento supo que el problema no era el amor, sino la confianza. Podía contestar cualquier cosa a esa pregunta sencilla, trivial, pero sabía que no tenía otra alternativa que la verdad.

—Ya te contaré —le dijo sin ánimo de eludir una respuesta, sino de postergar lo trascendental por lo perentorio.

—Yo ahora tengo una reunión en el estudio, si querés me acompañás y conversamos en el

auto.

Martina se sentó al volante, mientras Eliseo se acomodó en el asiento del acompañante. Las cosas habían cambiado; antes, siempre que viajaban juntos, era él quien manejaba. Ella dejó bien claro que ahora no iba a dejarle el control de la situación. El interior del auto creaba una burbuja de intimidad. A la vez, el paisaje abierto al otro lado de los vidrios los eximía del clima inquisitorial que suelen cobrar esas charlas. No hizo falta un preámbulo ni una pregunta que rompiera el hielo. Eliseo habló espontáneamente, sin atarse a un discurso; no tenía un libreto ni un argumento previo.

—Mi vida siempre giró alrededor de la tuya. Desde que dejé el hospital y el consultorio, vos sabés por qué, me dediqué a sostener a Los Paz.

Eliseo lo dijo sin doble intención. Aquella frase estaba cargada de significación; en efecto, Los Paz, el negocio, tenía la enorme carga de la tradición familiar. Era un peso difícil de sobrellevar. Pero, además, el negocio, por su propia naturaleza, tenía particularidades que lo tornaban complejo y paradójico. ¿Cómo inyectar sangre e ideas nuevas en un negocio cuya esencia eran las antigüedades?

—Envejecí, Martina. A fuerza de tratar todo el tiempo con cosas viejas, envejecí joven. Envejecí sin haber tenido hijos, sin haber dejado una obra, sin haber podido hacer una carrera. Me convertí en una antigüedad, pero a diferencia de un jarrón chino, que cada día vale más, yo sentía que cada vez valía menos.

—Es así —dijo Martina—. Es exactamente así, porque tu palabra no vale nada, porque incineraste la confianza.

La mujer se detuvo en el semáforo de Superí y aprovechó para mirarlo.

—¿Qué hace que una persona sea valiosa? —se preguntó Martina para responderse a sí misma—. La palabra, la confianza, la autenticidad. El jarrón chino vale porque es verdadero, porque es genuino. Cosas chinas y cosas viejas hay millones y no valen nada. Las cosas nobles se vuelven antiguas, las otras se hacen viejas. Y vos no fuiste ni noble ni genuino ni auténtico.

—¿Y no te preguntaste por qué tuve que hacer lo que hice?

—Todos los días. Me lo pregunto todos los días. Esperaba que vos me lo dijeras.

—Para que no se hundiera el negocio. Me hice cargo de un barco viejo y oxidado al que le entraba agua por todas partes. Me endeudé para no hundirme yo, para que no se hundiera el nombre de los Paz, para que no me veas hundido, fracasado. Lo hice durar a flote veinte años, agujereado como estaba.

—Los negocios pueden durar más o menos, pueden crecer, permanecer o cerrar. Hundirse es otra cosa; hundirse es malversar un nombre, hundirse es engañar, es ensuciar las cosas nobles, lastimar a los que te quieren y a los que confiaron en vos. Eso es hundirse. ¿Vos pensás que yo iba a dejar de quererte si teníamos que cerrar el negocio?

—Sí —dijo Eliseo con la voz quebrada—, sí. Tenía pánico de que me vieras de rodillas y de

que vos y tu hermano me vieran como el infeliz que fundió el negocio y no como el que lo mantuvo a flote más de veinte años.

—¿Vos suponés que yo no reconozco el esfuerzo que hiciste? ¿Te parece que yo no sabía cómo estaban las cosas cuando te hiciste cargo?

Martina tenía razón. Muchas veces le había dicho que no tenía sentido seguir haciendo semejante sacrificio. Era un final previsible. ¿Cuántas veces habían hablado de poner el local en alquiler o cambiar de rubro? Habían conversado sobre la posibilidad de poner un bar, aprovechando parte de las antigüedades como decoración. Incluso barajaron un nombre: Bar Decó.

—El problema ahora no es el negocio. El problema es qué vamos a hacer nosotros, qué voy a hacer yo —dijo Martina con la vista concentrada en el tránsito de la avenida Cabildo.

Martina intentaba acomodarse a la realidad que ella había dispuesto, aunque no la hubiera decidido. Tenía claro que no era lo mismo ordenar el desastre que provocarlo. Ella jamás se habría separado de Eliseo si él no la hubiese traicionado.

—Estoy haciendo todo lo posible para dejar de quererte. No es fácil, pero en algún momento va a suceder. No puedo despertarme cada día pensando si te extraño más o menos.

—Yo no pienso en otra cosa más que en vos, Martina. No entiendo contra qué deberías luchar. Yo no puedo dejar de quererte, pero además no quiero que eso suceda.

—El problema no es el amor. El problema es la confianza. Rompiste todo. Yo no sé si vos te dabas cuenta, pero yo hice todo, todos los días de mi vida, para que me sigas queriendo. Yo no tenía que hacer nada para quererte, porque es algo que me ocurre naturalmente. Pero ahora voy a hacer todo para olvidarme de vos.

Eliseo supo que no había palabras, no ya para defenderse, sino para intentar reparar lo que había destrozado. La confianza se había roto, el amor ya no era un bien, sino un lastre del cual ella debía despojarse. Cuando la confianza se quiebra, el amor deja de pertenecer al mundo de las cosas felices y desciende al infierno de los padecimientos. Al marchitarse la hiedra de la fe mutua, queda a la vista la pared, un muro de los lamentos destinado a ser derribado. Esa era la tarea que se había propuesto Martina.

Al llegar al estudio, antes de entrar en el estacionamiento, ella paró el auto y le pidió a Eliseo que se bajara. Él había entendido todo. Lo mejor que podía hacer era despedirse sin decir nada. El primer ladrillo para reconstruir la confianza era el silencio, pensó Eliseo antes de cerrar la puerta.

EL CERVATILLO Y EL DRAGÓN

Eliseo Fainzilber había caminado desde el estudio de Martina, en Saavedra, hasta la oficina del padre de Eleonora, cerca del parque Las Heras, para continuar la tarea que había iniciado la noche anterior. Se pasó el resto del día confeccionando listas, clasificando objetos e intentando incluir cosas indescifrables dentro de alguna categoría. Al anochecer, agotado, salió a respirar el aire limpio del parque. Un acceso de tos le ayudó a barrer el polvo que había aspirado durante la tarea.

Las ofrendas que guardaba aquel santuario debieron haber costado una fortuna. Las razones que se daban a sí mismos los acumuladores solían ser de lo más diversas e inverosímiles; sostenían, por ejemplo, que cada pieza que sumaban a la acumulación se trataba de una inversión con un jugoso valor de reventa. Operación, esta última, que nunca sucedía porque, claro, cuanto más tiempo pasaba, decían, más ascendía la cotización. Otra excusa frecuente era el argumento de que, en realidad, no se trataba de una acumulación, sino de una colección. Y, como todo el mundo sabía, sostenían, cada objeto no solo tenía un valor en sí mismo, sino que aumentaba en función de su lugar dentro de la colección. Deshacerse de un objeto significaba romper, si la hubiera, la lógica de la serie. Por otra parte, al percibirse a sí mismos como coleccionistas, ascendían en el estatus social que los diferenciaba de los acumuladores, quienes, desde luego, siempre eran otros. A diferencia de los verdaderos coleccionistas, que procedían con criterios muy precisos, sostenidos en catálogos o pautas curatoriales, los acumuladores compulsivos carecían de criterio alguno o, más bien, les resultaba imposible ver el verdadero sentido de aquel enorme sinsentido.

Eliseo se había propuesto una tarea ardua: hacerle ver a Eleonora, a través de sus propios ojos y de su propio entendimiento, cuál era la función simbólica que cumplía cada uno de esos objetos que la mantenían exiliada del universo. Al otorgarle un sentido a los elementos, el caos podría transformarse en un cosmos habitable.

Caía la noche, el parque empezaba a vaciarse, las voces de los chicos se iban apagando y los colores vegetales, diversos, se disolvían en el gris azulado del crepúsculo. Eliseo Fainzilber luchaba contra la penumbra súbita mientras escribía en un cuaderno; intentaba clasificar cada uno de los objetos que había incluido en una lista aún inconclusa y acaso interminable. Eran diez hojas divididas en tres columnas cada una. Lo que parecía mucho en el papel, en la realidad abarcaba solo un par de metros cuadrados. Era una tarea infinita pero necesaria. Cuando volvió a levantar la vista del cuaderno, descubrió que estaba solo en el parque, iluminado apenas por la

lejana luz de un farol.

En el momento en que estaba por levantarse del banco de piedra para ir a buscar un lugar donde cenar, sintió el frío de la hoja de una navaja en el cuello. Se quedó quieto para evitar cualquier contacto visual. Alguien a sus espaldas le dijo:

—Quietos, dame todo lo que tenés.

Era una voz juvenil, temblorosa, se diría inexperta.

—Sí, tranquilo, no hace falta que me lastimes, te voy a dar todo —respondió Eliseo con el afán de ayudarlo en su tarea para que todo terminara lo más rápido posible.

El psicólogo podía sentir el pulso nervioso en el cuello. En su breve paso por el Hospital Infante Juvenil había tratado con adolescentes derivados de juzgados y comisarías. Sabía cómo proceder; en primer lugar, debía anunciar cada movimiento:

—Voy a meter la mano en el bolsillo para sacar la plata.

—¡Rápido! —dijo el ladrón, con la voz entrecortada por el miedo. Eliseo podía sentir el sudor frío de la mano que le presionaba el cuello, síntoma inconfundible del pánico.

Levantó el puñado de billetes. El muchacho se los arrebató con tanta torpeza que se le cayeron y se le volaron con la brisa. Eliseo vio por el rabillo del ojo una figura desgarbada que daba zancadas para pisar los billetes. El chico los levantó del suelo y retomó su posición detrás del hombre. Cuando volvió a agarrarlo del cuello, se mezclaron los pulsos de ambos. El corazón de Eliseo latía tranquilo y acompasado; el del muchacho, en cambio, galopaba desbocado, arrítmico.

—Tranquilo, te voy a dar el celular —dijo, metió la mano en el otro bolsillo, extrajo el teléfono muerto y se lo dio. Por las dudas, para evitar equívocos, le aclaró que estaba sin batería.

El muchacho guardaba todo sin mirar en una mochila que llevaba colgada delante del pecho. Eliseo comprendió que estaba desesperado, que no tenía oficio, que no sabía cómo se hacía.

—Ahora, voy a meter la mano en el bolsillo de atrás y te voy a dar la billetera. No tiene plata, pero te la doy para que veas que no me guardo nada.

Eliseo Fainzilber se movía lentamente, sin gestos imprevisibles, con suavidad, para evitar que el chico se asustara más. Era como un cervatillo con pezuñas de dragón. De pronto, Eliseo pudo sentir que las manos del muchacho se aflojaban. Vio en la sombra proyectada en el suelo cómo se alejaba un paso hacia atrás y perdía el equilibrio. Solo entonces el psicólogo se dio vuelta y observó que el muchacho se llevaba una mano al pecho. Después se dejó caer sobre el banco de piedra y con un hilo de voz, le dijo:

—Llame una ambulancia, por favor, me estoy muriendo.

Respiraba con dificultad, boqueaba como un pez fuera del agua, estaba más pálido que las hojas del cuaderno y las manos le temblaban como si lo conmoviera un sismo con epicentro en el pecho.

—Me muero, por favor, lléveme a un hospital.

—Tranquilo, mirame a mí —le dijo Eliseo y vio que tenía las pupilas dilatadas—. ¿Tenés

alguna enfermedad, que vos sepa?

El muchacho negó con la cabeza.

—¿Cómo te llamás? —le preguntó, con la única intención de distraerlo, de rescatarlo del abismo del miedo.

—Dano —dijo y le volvió a suplicar—: Lléveme a un hospital, por favor.

—Sí, sí, tranquilo, vamos a ir, pero necesito que te calmes.

—¿Es médico? —le preguntó

—Trabajé en hospitales algún tiempo y tuve pacientes como vos —dijo con suficiente ambigüedad como para que se sintiera en buenas manos.

Dano tenía todos los síntomas del pánico. Más allá de que pudiera estar sufriendo una crisis aguda de algún cuadro más o menos serio, Eliseo percibió que el miedo era la principal manifestación.

—Si quiere llame a la policía, no me importa, pero necesito que primero me lleve a un hospital.

Dano se tocó el cuello con los dedos índice y mayor, verificó el pulso en la carótida y le dijo:

—Se me sale el corazón.

—¿Tomaste algo?

—No, no, nada.

—¿Dónde vivís?

—Acá —dijo de manera inespecífica. “Acá” podía ser el parque, el barrio o la ciudad.

Lo primero que le llamó la atención a Eliseo fue que no parecía alguien que durmiera en la calle ni que viniera de las barriadas marginales; al contrario, tenía el aspecto de un chico de Barrio Norte. Estaba bien vestido y hablaba con esa tonada típicamente citadina, incluso algo impostada.

—Estamos cerca del hospital Rivadavia, ¿me puede alcanzar hasta allá? Después yo me arreglo.

Subieron a un taxi. Durante el breve trayecto, Dano se cubría la cara con las manos como si quisiera volver a inspirar sus propias exhalaciones, un recurso natural, involuntario, para contrarrestar los efectos de la hiperventilación. Pero, además, interpretó Eliseo, era el modo de esconderse, de ocultar la vergüenza enfrente de él. Dano tenía el pelo corto, salvo un mechón huérfano que le caía sobre la frente y le tapaba un ojo. El taxista veía el estado del chico por el espejo retrovisor y aceleraba, pasaba los semáforos en rojo y tocaba bocina para adelantarse a los demás autos.

—Prefiero que lleguemos un poco más tarde, pero sanos a que nos tenga que buscar la ambulancia a los tres —le dijo Eliseo al chofer, después de que un camión de basura los esquivara con un volantazo milimétrico.

Cuando llegaron, Eliseo le tuvo que recordar a Dano que él se había quedado con la plata.

Pagó y bajaron en la explanada que conducía a la guardia. Antes de entrar se cruzaron con un camillero que murmuró al pasar:

—Hola, Dano...

El muchacho lo saludó con un gesto, sin dejar de tomarse el pecho con ambas manos. Eliseo se mostró extrañado, pero no le preguntó nada; quería llegar cuanto antes a urgencias. En la entrada se toparon con una enfermera.

—Hola, Dano, ¿cómo estás? —le dio la bienvenida, manteniendo la puerta abierta para que pasaran y luego siguió camino.

Cuando llegaron a la recepción, el empleado lo recibió con un cálido:

—Hola, Dano. Pasá al consultorio cuatro que ya te toman la presión y te hacen un electro.

El chico se perdió en el fondo del pasillo y Eliseo se quedó en el mostrador.

—Perdón, ¿lo conoce? —le preguntó al recepcionista.

—¿Usted es pariente? —interrogó por toda respuesta el empleado con un automatismo burocrático.

—Bueno, no, pero...

—¿Acompañante?

—Bueno, sí, pero...

—Entonces espere del otro lado —le dijo señalando unas sillas destartaladas y dio por clausurado el diálogo.

Eliseo Fainzilber se habría ido en ese mismo momento de no haber sido porque el tal Dano tenía sus documentos. Por otro lado, lo carcomía la intriga. A esa altura no tenía demasiadas dudas de que se trataba de un ataque de pánico. Pero no solo quería confirmar el diagnóstico, sino, además, resolver el misterio de la fama del enfermo. Para ser una celebridad tenía costumbres algo marginales y para ser ladrón era demasiado famoso.

No habían pasado diez minutos cuando desde el pasillo se asomó una médica y, al verlo en la sala de espera, le preguntó a Eliseo:

—¿Usted es pariente de Dano?

—Bueno, digamos que sí —mintió sin demasiada convicción para que le dieran alguna noticia.

—Escúcheme, este chico no puede seguir así, va a tener que tomar alguna medida.

—Ataque de pánico, ¿verdad?

—Sí, bueno, pero esto ya excede el cuadro de ansiedad. Es una hipocondría delirante. Todos los días lo tenemos acá en la guardia. Si no es un presunto infarto, es un derrame cerebral; si no es un aneurisma, es un edema de glotis imaginario. Alguien se tiene que ocupar de él.

Eliseo estaba por explicarle la situación cuando de pronto apareció Dano por el pasillo. Caminaba con paso animado, impecable, mientras leía el papel del electrocardiograma como un experto.

—Esperá un segundito, ahí por favor —le dijo la doctora al chico y se alejó unos pasos con Eliseo para que no escuchara.

—No puede seguir así. A veces viene dos veces por día. Se quedó a dormir un par de veces acá en la guardia por temor a morirse. Nosotros no le podemos negar la atención, somos un hospital público. Pero ustedes, como familia, se tienen que hacer cargo. Yo no sé de dónde saca la descripción de los síntomas, parece un manual de medicina. El otro día llegó con un cuadro de angustia y llanto y decía que sufría de trastorno disfórico premenstrual. Y cuando empezó a enumerar los síntomas eran exactamente esos. ¿Se da cuenta? —le decía la médica como si él fuese un padre indolente.

Dano se adelantó, caminó hacia su acompañante circunstancial y, como si lo conociera de toda la vida, le dijo:

—¿Vamos?

Se sopló el mechón que le caía sobre el ojo, le pasó un brazo por sobre el hombro a Eliseo y lo invitó a caminar hacia la salida. Antes de que ganaran la calle, la médica retuvo a Eliseo de un brazo y en un susurro, pero con elocuencia, le dijo:

—Este chico necesita un psicólogo urgente.

LA LÓGICA DEL PÁNICO

Eliseo y Dano dejaron la guardia y avanzaron hacia la angosta calle interna por donde entraban las ambulancias.

—¿Te sentís bien? —le preguntó Eliseo antes de salir hacia la avenida.

—Sí, sí, muchas gracias.

—¿Seguro?

—Sí —volvió a asentir.

Entonces Eliseo se paró justo enfrente de él y cuando menos lo esperaba, le descargó un cross de derecha en la mandíbula. Dano se tambaleó y cayó sobre la barrera de la entrada. Antes de que pudiera recuperarse, Eliseo Fainzilber, sin levantar la voz, le dijo:

—Me pusiste una navaja en el cuello, hijo de puta.

Dano lo quiso frenar extendiendo un brazo mientras con la otra mano sacaba el arma con la que lo había amenazado. Era un cuchillo romo y sin filo de los que se usan para untar.

—Ninguna navaja, doc; esto no corta ni manteca.

Eliseo le sacó el brazo de un manotazo y mientras le daba una cachetada sonora con la mano abierta, le dijo:

—No soy doc, soy licenciado —aclaró y continuó—: Me amenazaste, me robaste, hijo de puta.

—Le doy todo, lic, acá tiene la billetera, la plata, el celular —decía reculando, pero sin ánimo de escaparse.

—Y como si fuera poco, te me caés redondo —avanzaba Eliseo al tiempo que guardaba en los bolsillos el malogrado botín.

—Perdón, lic, mil perdones de verdad —le dijo con un tono que sonó sincero—, perdón —insistió—, perdón —repitió dispuesto a pedirle los mil perdones de manera literal.

—Y encima me tengo que aguantar la escenita y los retos de los médicos como si fuera tu papá.

—Mi papá nunca hubiera hecho lo que hizo usted.

No había un acento dramático en esas últimas palabras de Dano. Al contrario, detrás de aquel tono natural se escondía una angustia oceánica, un tsunami en ciernes que ninguna guardia médica podría contener.

Dano acababa de ser rescatado del borde del abismo. Eliseo podía ver el pedregullo que rodaba hacia el fondo del precipicio antes de la caída. Claramente, era la primera vez que

intentaba robar. Y lo había hecho con tanta torpeza y mala puntería que eligió a uno que, como él, no tenía casa ni plata ni destino. El azar suele tender hilos misteriosos entre personas desconocidas, sogas que pueden anudarse como horcas o convertirse en la cuerda que los salva del derrumbe en el último minuto. A Dano difícilmente lo habría podido matar un ataque de pánico; sí, en cambio, su infinita impericia de asaltante. Otro, en lugar de acertarle un cross, le habría pegado un tiro.

Eliseo y Dano caminaban sin rumbo por los alrededores de la plaza Las Heras. Las torres de la Facultad de Ingeniería alzaban sus cuellos inconclusos, acéfalos, hacia el cielo nocturno del verano. Era una noche perfecta para caminar. Dieron la vuelta completa al gigante gótico que había nacido viejo y agonizaba vertical en el medio de la ciudad. Dano iba del lado del cordón, como si en cualquier momento quisiera huir. Eliseo le seguía el paso junto a la pared de ladrillos desnudos de aquella catedral profana, fallida, como casi todas las cosas de este rincón del mundo. Dano se limpiaba la sangre que todavía le caía desde la comisura del labio.

—Pega fuerte, lic.

Ninguno se animaba a confesarle al otro que no tenía a donde ir. El chico sacó de la mochila un atado de cigarrillos y le ofreció uno al acompañante.

—Nada mejor que un cigarrillo después de un infarto —le dijo Eliseo.

El chico sonrió sin ganas mientras encendía un viejo Zippo de bencina.

El periplo de la caminata, a priori, parecía responder al puro azar. Sin embargo, Eliseo Fainzilber descubrió que el recorrido, por momentos laberíntico que decidía Dano, seguía una lógica clara: estaban dando vueltas alrededor del hospital, sin alejarse demasiado. Esa órbita iatrocéntrica ofrecía varios elementos para un diagnóstico. La dependencia de los médicos reducía la geografía y el área de movimiento de Dano a unos pocos sectores del mapa de la ciudad. Pero esa cartografía parecía remitir a una cierta meteorología anímica:

—Hay algo peor que la tormenta —empezó a decir Dano, pensó unos segundos, le dio una bocanada al cigarrillo y completó—: La angustia de esperar que llegue en cualquier momento.

Eliseo asintió. Pocos pacientes podían expresarlo con tanta claridad. Los ataques de pánico o, para decirlo en términos clásicos, las neurosis de angustia, se suelen presentar como una tempestad que descarga su furia con la fuerza de los elementos propios del organismo: la adrenalina invade la sangre, el corazón se desboca como si fuera a estallar, la frecuencia respiratoria se dispara, el exceso de oxígeno provoca vértigos telúricos y, paradójicamente, una sensación de asfixia; las piernas se aflojan como si el piso perdiera densidad, las palmas de las manos sudan frío, los fantasmas de la muerte y la locura de pronto se materializan y se disputan al paciente, uno de cada brazo.

—El ataque —dijo Dano— dura unos minutos. Es aterrador, se lo puedo asegurar. No se lo deseo ni a mi peor enemigo. Pero el problema es el antes y el después.

Era una frase reveladora. En pocas palabras había mencionado los elementos invisibles de la

enfermedad. La negación es la forma más poderosa de la afirmación. ¿Quién era ese enemigo al que no le deseaba el mismo terror que le provocaban a él sus ataques? Eliseo tenía una sospecha, pero todavía no era el momento de exponerla; se limitó a subrayar el término:

—Ataque —remarcó, como un abogado que quisiera que quedara constancia ante el taquígrafo de un juicio.

—Sí, es como un ataque; se siente como si te atacaran desde adentro y no tuvieras forma de defenderte. Todo se sale de control y no hay manera de dominar tu propio terror.

Aunque las crisis duraban unos pocos minutos, a Dano le resultaban eternas. Sin embargo, la llegada de cada uno de esos ataques era la conclusión de un proceso subterráneo, extenso y penoso, que permanecía oculto hasta la eclosión. Luego de cada crisis, Dano entraba en un compás de espera angustiante, siempre alerta de la aparición del próximo episodio.

—Es muy difícil vivir así —le dijo el chico con una mueca amarga que intentaba esconder detrás del mechón rebelde.

Con sus propias palabras, Dano le explicó que vivía en un estado de preocupación y miedo constante. Creía encontrar la señal del huracán en ciernes en cualquier pequeña manifestación física: un breve latido desacompasado del corazón era la anticipación de un infarto inminente; un leve dolor de cabeza, el indicio de un pico de presión que habría de provocar un accidente cerebrovascular mortal; un pequeño mareo, el desprendimiento de un aneurisma; una insignificante disnea, el inicio de un edema de glotis de inmediato desenlace. La vida se convertía en una eterna espera en la que la angustia se acumulaba hora tras hora, día tras día, hasta que, por efecto de este mismo caudal, el dique se rompía y estallaba transformada en pánico.

—Siento que me voy a morir. Por más que me hayan dicho mil veces que no tengo nada, que está todo bien, siento que me muero. No es tan irracional; pienso, por ejemplo: hay atletas que están completamente sanos, que se cuidan, que están en forma y de pronto se caen muertos. ¿Por qué el miedo no me podría provocar un paro cardíaco o un pico de presión que me haga estallar el cerebro?

Esa era, exactamente, la perfecta lógica del pánico. Convencido de su muerte inminente, corría a la guardia del hospital. La sola presencia del médico lo calmaba. Luego de los protocolos de urgencia y los estudios de rigor, el temporal empezaba a amainar. Cuando por fin le comunicaban que no tenía nada, que todos los exámenes habían sido normales, entonces sí, terminaba la crisis. El caudal de angustia acumulado había sido liberado. Solo quedaba el agotamiento después de la tormenta de adrenalina y tras la fuga. El organismo había reaccionado como si hubiera sido atacado por un elemento externo. Había expulsado todas las sustancias necesarias para emprender el escape. Los síntomas angustiosos eran, en realidad, los efectos de los químicos que producía el cuerpo para facilitar la huida: el corazón bombea más sangre y los músculos se oxigenan gracias al aumento de la respiración. Pero, al no existir un elemento

externo, tal fuga queda trunca, la tensión no se libera y se desata el estallido de pánico como una respuesta inadecuada a todo ese proceso biológico. Cuando pasa la tormenta, la calma subsiguiente dura cada vez menos. En su caso, a veces, el solo hecho de alejarse de la guardia volvía a disparar el inicio del proceso. Esto explicaba el periplo que elegía Dano, siempre girando en torno del hospital.

—Después de cada ataque, más miedo me daba todo. Me empezó a costar salir a la calle, dejé de ver gente. A mi familia hace tiempo que no la veo y espero no tener que verla nunca más. Pero de pronto se me hacía muy difícil salir a trabajar.

Así suele suceder; la agorafobia aparece como un efecto antes que como una causa. La vida empieza a limitarse. El mundo se convierte en una amenaza, cuyos múltiples estímulos pueden facilitar el estallido de la angustia. A veces, el solo acto de caminar dispara esta sensación de que el suelo pierde consistencia y propicia el vértigo. La idea de caer súbitamente muerto en la calle dificulta los quehaceres cotidianos, desde evitar salir a hacer las compras hasta abandonar el estudio o el trabajo. La idea de un viaje, lejos de provocar una grata ilusión, se transforma en la peor de las pesadillas. La existencia se reduce a una suerte de prisión domiciliaria y las salidas se limitan a las visitas a la guardia del hospital. Así era la vida de Dano durante los últimos meses hasta que se quedó sin trabajo y, en consecuencia, sin un lugar donde vivir. Igual que Eliseo, pero por otras razones, Dano se había quedado en la calle.

El chico describía el cuadro y los síntomas con la precisión y la frialdad de un manual de desórdenes mentales, como si nada lo implicara más allá del sufrimiento.

—Lo único que escuché fue el relato de un inocente, de la víctima de un ataque que no le desea el mal a nadie. Parece que te olvidás de que me pusiste una navaja en el cuello, que me amenazaste, que dijiste que me ibas a matar, que me robaste, que si no hubiera sido por el ataque me habrías dejado tirado sin un centavo en la calle.

—Creo que ya aclaramos ese punto.

—Ah, mirá qué fácil.

—Ya le pedí disculpas, ¿qué más puedo hacer?

—En principio, dejar de tratarme como si yo fuera idiota y decirme la verdad.

Dano guardó un silencio extenso y después de un suspiro, dijo:

—Muy bien —le voy a contar quién soy.

—Sí, pero hoy no. Ya es muy tarde —decretó Eliseo, que después de aquel largo día tenía motivos para estar agotado.

—¿Me va a dejar solo de nuevo? —dijo Dano, con una voz y un gesto de desamparo infantil.

—Vas a estar bien... —empezó a decir Eliseo.

—¿Y cuándo nos vamos a volver a ver? —lo interrumpió el chico en un estado de ansiedad inquietante.

—Mañana, mañana a las tres de la tarde en mi consultorio.

—Pero, lic, yo no tengo plata para pagarle —le aclaró Dano como si hiciera falta.

—A las tres de la tarde en la esquina de los Incas y Forest.

—¿Los Incas que número? —preguntó Dano antes de que Eliseo se diera media vuelta y se alejara sin contestar.

Así, esos dos hombres rotos, perdidos, caminaron cada uno por su lado, exiliados en la noche. Sin que se dieran cuenta, aquella había sido la primera sesión del segundo paciente del licenciado Eliseo Fainzilber.

EQUIS, EL HOMBRE QUE NO SABÍA QUIÉN ERA

Después del episodio con Dano, Eliseo necesitaba conversar, liberarse del peso que había recibido de ese chico tan perdido y desesperado como él. Deseaba compartir una cena normal, hablar de sus cosas, de nimiedades; eso que suele llamarse vida social. Entonces cayó en la cuenta de que estaba en deuda. De pronto sintió el impulso inaplazable de ir a ver al hombre que no solo le había salvado la vida, sino que le había devuelto el pasado. No era un sentimiento de obligación, era una mezcla de gratitud, curiosidad y simples ganas de despejarse y mantener una charla agradable. Y, por cierto, la estación Coghlan era uno de los lugares más bellos y tranquilos de la ciudad. Por otra parte, detrás de aquel hombre había un enigma que Eliseo quería develar. Ni siquiera había tenido el decoro de preguntarle cómo se llamaba, se reprochó. Además, en cierto modo, los honorarios profesionales con los que había podido comer se los debía también a él. Fue ese hombre quien lo animó y le dio un teléfono para que pudiera contactar a la paciente. Con lo poco que le quedaba de aquella primera sesión ambulante, compró un pollo al espiedo con papas y una botella de vino.

Cuando Eliseo llegó a la estación Coghlan encontró al hombre en el banco de siempre. Recostado sobre un codo vio cómo Eliseo se acercaba a él. Le dio la bienvenida con un gesto de cabeza.

—Espero que no haya cenado todavía, porque yo solo no voy a poder con un pollo entero y una botella de vino —le dijo Eliseo para restarle ceremonia al convite.

—Lo acompaño, claro, con mucho gusto, licenciado.

Eliseo Fainzilber desenvolvió la bandeja y arrancó una pata con los dedos.

—Con qué necesidad, hombre, un profesional como usted con esos modales. Espere un momento —dijo, se incorporó, se perdió detrás de la estación y volvió con un envoltorio. Dentro de un par de servilletas blancas había dos juegos de cubiertos y un par de copas.

—Creo que no nos hemos presentado —dijo Eliseo mientras le extendía la mano—, Eliseo Fainzilber.

El hombre le estrechó la diestra, pero permaneció callado. Sirvió el vino, levantó la copa, bajó la vista y para llenar ese silencio incómodo, dijo:

—Salud.

Eliseo devolvió el brindis con un gesto, bebió un sorbo y sin querer causarle fastidio, buscó abrir la puerta de la confianza:

—No me tiene que decir cómo se llama si no quiere, pero al menos dígame cómo le gustaría

que lo llame.

—Me encantaría poder responder esa pregunta. Pero no lo sé.

Eliseo se lo quedó mirando con una sonrisa congelada. El hombre se sirvió una porción de papas y, antes de llevarse el primer bocado a la boca, agregó:

—Vea, licenciado, usted debe tener sus razones para haber terminado en la calle. Seguramente yo tendré las mías, pero sucede que no recuerdo cuáles son.

Eliseo bebió un sorbo de vino, dejó que se estacionara unos segundos en la garganta, como si quisiera aclararse la voz y, más aún, las ideas, y le dijo:

—Entiendo que no me quiera contar las razones y, de hecho, no tiene por qué hacerlo. Pero quiero que sepa que cuando tenga ganas de hablar, de lo que sea, puede contar conmigo.

—No me entiende. Estoy hablando. Debería saber apreciar una confidencia. Me encantaría decirle cómo me llamo, quién soy y cómo llegué hasta acá. Pero no lo sé. No lo recuerdo.

—¿Qué no recuerda exactamente?

—Nada. Lo último que recuerdo, que en realidad es lo primero, fue haberme despertado acá, en este mismo banco, hace dos meses atrás. Equis —dijo el hombre, a la vez que dibujaba una cruz en el aire—, soy una enorme equis para mí mismo. De hecho, si quiere puede llamarme así, Equis. Un enigma que no puedo resolver.

Equis era para Eliseo un nombre cargado de significación. No solo aludía a un enigma, a una ecuación por despejar para conocer el valor de esa x . Además, x era *ex*, es decir, lo que se había sido y ya no se era. Pero, sobre todo, era una tachadura, algo eliminado.

Eliseo escuchaba el relato vacío de sujeto que le narraba Equis. Igual que él, se había despertado una mañana en la estación Coghlan, solo que no había nada antes de ese despertar.

—¿Pudo haber tenido un accidente? ¿Tenía algún rastro de herida, una contusión, algo?

—No. Nada. Al menos nada reciente.

Eliseo quiso saber cuál era la profundidad y la extensión de esa laguna. Qué cosas recordaba y cuáles había olvidado.

—No recuerdo nada que tenga que ver conmigo. Conozco la ciudad, el nombre de las calles, unos barrios más que otros, películas, canciones, sé qué comidas me gustan, sé que hay un mundo con países y ciudades, hasta podría dibujar un mapa. Pero no recuerdo cuál era mi lugar en este mundo. Son recuerdos despersonalizados. Es decir, cosas que sé, pero ignoro cómo, dónde y cuándo las aprendí. Puedo inferir que tengo una edad aproximada por mi aspecto y por las cosas que conozco. Sé que existe París, sé que existe el Panteón de Roma, pero no sé si estuve ahí. Lo sé de la misma forma que sé que existió Constantinopla y que fue la capital del Imperio Romano de Oriente. No recuerdo haber leído la Biblia, pero sé que Pilatos se lavó las manos y que Jesús le dijo a Pedro que debía perdonar setenta veces siete. Pero ignoro si tengo alguna religión o si creo en algún Dios.

Eliseo tuvo la sospecha de que esas últimas frases, oscuras y enigmáticas, encerraban, acaso,

la piedra que obstruía el flujo de los recuerdos.

—Setenta veces siete —repitió, para comprobar si el eco de sus propias palabras le otorgaba a la cita bíblica algún sentido propio. Pero solo obtuvo a cambio un muro de silencio.

El relato de Equis era un extenso predicado sin sujeto. Eliseo Fainzilber asintió, como si dijera “comprendo”, miró al hombre a los ojos, suspiró, se peinó la barba con la palma de la mano y le dijo:

—Entiendo que puede tener buenas razones para que yo no sepa quién es usted ni cómo se llama, pero la pregunta es otra...

Equis bebió otro sorbo y, con la copa en el aire, lo instó a que terminara la idea.

—La pregunta es si usted realmente quiere saber quién es.

El hombre dejó la copa sobre el banco, agachó la cabeza y se cruzó de brazos en una actitud defensiva. Se quedó callado, miró para uno y otro lado y por fin dijo:

—No lo sé. De verdad que no lo sé.

Eliseo siguió comiendo y dejó que el silencio se hiciera lo suficientemente sólido para que la decisión de Equis se sostuviera en una base firme.

—Me imagino que habrá razones para haber olvidado. Y si las hay deben ser muy fuertes —conjeturó Equis.

—No tenga dudas —confirmó Eliseo—. Pero como le dije, en cualquier caso, puede contar conmigo. Usted sabrá de qué forma puedo serle útil. Puedo ser un lazarillo si prefiere permanecer ciego. O intentar ayudarlo a recordar. Solamente usted puede decidir qué quiere, qué le resulta más soportable, si la amnesia o la verdad. Yo no tengo la respuesta a eso. Si a mí me dieran a elegir entre la posibilidad de olvidar y dejar de sufrir o sufrir a causa de los recuerdos, yo no sé qué preferiría.

—Pero yo no tuve la posibilidad de elegir. Me desperté un día sin saber quién soy. Y tampoco tengo la posibilidad de recordarlo.

—Se equivoca. Es una decisión. Olvidar es una decisión. Y recordar también. Alguien en usted ha tomado esa resolución. Y ese alguien está detrás de la x que oculta su verdadero nombre y su propia historia.

Equis bajó la cabeza, juntó ambas manos delante de la cara y suspiró.

—Le repito la pregunta —insistió Eliseo—: ¿Está dispuesto a saber quién es y cómo se llama?

En esa misma posición, Equis asintió con la cabeza.

—Muy bien, entonces caminemos.

Eliseo se levantó y sintió el cansancio en las piernas. Le dolían las pantorrillas y tenía los pies entumecidos. Había caminado en un día más de lo que lo había hecho en un mes. Pero entendió que esa caminata era impostergable. Había un Diógenes en su cabeza que lo animaba a retomar la marcha y un Aristóteles envejecido que lo empujaba para que volviera a sentarse. Pero fue él, Eliseo Fainzilber, el que tomó la decisión. Ese hombre que no sabía quién era le había salvado la

vida; lo menos que podía hacer por él era intentar devolverle el pasado.

Eliseo y Equis navegaban en la profunda y oscura laguna del olvido. Debajo del empedrado de la calle Juramento corría el arroyo Vega, cuyo discurrir podía oírse a través de las bocas de tormenta. Cada paso era como hundir los remos en aguas subterráneas.

—Si tuviera que adivinar, diría que nací en otro país. Y que tal vez crecí y me crié en más de una ciudad —dijo Equis mientras caminaban hacia la avenida Cabildo.

Era una conversación insensata, sin un hilo aparente, que por momentos tomaba el camino del absurdo. En esa deriva librada al arbitrio de la asociación libre y la atención flotante, Eliseo no le opuso resistencia a una pregunta peregrina que se le cruzó por la cabeza:

—¿Conoce los chocolatinos Jack? —disparó sin saber por qué.

—Sí, claro. Venían envueltos en un nylon tirante. Conozco ese ruido del plástico al romperse y el olor del cacao.

—¿Qué más? —forzó Eliseo.

—Los muñequitos. Venían acostados adentro, como si estuvieran muertos en un pequeño ataúd de chocolate.

—¿Muertos?

—Sí, muertos que revivían al sacarlos del envoltorio.

—¿Se acuerda qué muñequitos venían?

—No. No me acuerdo. Sí sé que venían los personajes de los dibujos animados de García Ferré. Pero no, no me acuerdo. Quiero decir, no recuerdo haberlos coleccionado, ni haberlos comprado ni haberlos comido alguna vez. Son cosas que sé.

—Si conoce los chocolatinos Jack y la colección de los personajes de García Ferré, todo indicaría que se crió acá, entre fines de los sesenta y principios de los setenta.

—No, no lo creo. La idea de escuela la tengo asociada a una imagen muy precisa: el Waldorf Astoria.

—¿Nueva York?

—Sí, claramente. Las dos cúpulas del Waldorf; tengo esa imagen de las torres —hizo un gesto levantando ambos brazos— así en lo alto...

—¿Así en lo alto? ¿Qué se le ocurre con esas palabras? —preguntó, esta vez sí con la sospecha de que tal vez pudieran compartir un primer recuerdo.

Equis pensó un rato, como si buscara en un cajón vacío, y de pronto, con una breve carcajada, canturreó:

—“Así en el alta aurora irradial”. “Aurora”, gran canción, pero ¿qué será una aurora irradial?

—Es la pregunta que todos nos hicimos de chicos. No parece un himno que pudiera cantar un chico que creció en otro país.

—Le aseguro que esa imagen de las torres del Waldorf Astoria es muy intensa. Rara. Pero muy fuerte.

—¿Rara?

—Sí. Cómo le explico... es como si viera esas cúpulas de Nueva York desde el gueto...

—¿Qué gueto?

—El gueto... ¿de Varsovia? No me pida lógica ni coherencia. Yo solo le digo lo primero que se me ocurre. Tal vez mi padre haya sido diplomático y me crie en distintas ciudades...

—¿Cuáles diría?

—Se me ocurre Francia, la ciudad de Lyon. Lo digo al azar.

Habían caminado por Santa Fe hasta Pueyrredón y siguieron por Pueyrredón hacia el sur. Eliseo dejaba que fuera Equis quien decidiera el camino. Sin saberlo, aquel recorrido empezaba a unir los puntos ciegos en la memoria de ambos. Los recuerdos de uno se enlazaban con los olvidos del otro. Los pasos de Equis los condujeron a Once.

Sucedió entonces algo curioso: de pronto se activó una reminiscencia, pero no en el paciente amnésico, sino en el analista. Mientras se acercaban a la avenida Corrientes, Eliseo recordó las excursiones que solía emprender con Martina por la ciudad. Ella, arquitecta recién recibida, oficiaba de guía y él se dejaba sorprender como un turista. Con el entusiasmo de los iniciados, visitaban los edificios más emblemáticos de la ciudad o, al contrario, aquellos que encerraban historias curiosas, poco conocidas. Ella le contaba las leyendas que habitaban en tal o cual construcción y le explicaba en qué otras obras estaban inspiradas. A medida que se aproximaban a la estación, Eliseo recordó una historia que le había contado Martina. Invitó a su paciente a cruzar la avenida. Caminaron por Castelli hasta Sarmiento y se detuvieron en la esquina. Entonces Eliseo le señaló hacia arriba. Ahí estaban, altas en el cielo, iluminadas como una aurora irradial, las cúpulas gemelas del Waldorf Astoria. Equis, congelado en pleno verano, no podía pronunciar palabra. Eran exactamente las torres de la imagen que le había relatado.

Ese Waldorf Astoria era, en realidad, la torre Saint, una de las más altas de la Buenos Aires de principios del siglo XX. Martina le había contado que la torre, rematada con dos torretas iguales, era una copia en escala menor del hotel de Park Avenue.

—El Waldorf Astoria visto desde el gueto de Once —dijo maravillado Equis y apuró el paso hacia mitad de cuadra como si corriera detrás de una idea. De pronto se detuvo en la puerta del edificio de la Escuela Metropolitana de Arte Dramático—. Debería ser este lugar, pero... —agregó, como si algo no terminara de cerrar.

—Es acá. Antes era la escuela primaria Cornelio Saavedra.

—¡Claro! ¡Sí, ahora lo recuerdo! —exclamó y fue hasta el lugar bajo el alféizar de una de las altas ventanas del frente—. Esta era mi aula, venga mire —le dijo Equis a Eliseo.

En efecto, desde ahí se veía la parte superior del edificio Saint con sus dos cúpulas resplandecientes.

—¿Cómo supo que debíamos venir acá?

—Me trajo usted, yo solamente lo seguí. Pero todavía nos falta ir a Francia, el lugar donde usted dice haberse criado —dijo Eliseo y enfiló otra vez hacia Pueyrredón.

Caminaron unas pocas cuadras y al llegar a la avenida Corrientes, subieron en dirección al Abasto. Eliseo Fainzilber se detuvo y señaló hacia la esquina.

—Ahí tiene su infancia en Lyon, Francia. O en Lyon... Paley.

En el vértice de Corrientes y Boulougne Sur Mer, la calle más francesa del Once, al menos por el nombre, estaba el bar León Paley.

—El bar al que venía mi padre —recordó Equis.

De pronto, todos aquellos fragmentos de una existencia empezaban a unirse en torno de una biografía en ciernes.

—Por hoy es suficiente —dictaminó Eliseo.

—No —dijo Equis, como si un nuevo recuerdo se abriera paso entre la bruma—. Setenta veces siete —volvió a decir, esta vez citándose a sí mismo, y, con la mirada perdida en algún vericuetto de la memoria, corrió como un alucinado por la avenida Corrientes, otra vez hacia Pueyrredón.

Eliseo corrió detrás, como si temiera perder a su paciente para siempre, hasta que lo vio detenerse justo en la esquina y elevar la mirada hacia la cúpula de la mole de piedra París que se levantaba en la esquina. En ese momento, ambos pensaron lo mismo y casi lo recitaron al unísono: “Setenta balcones hay en esta casa”, decía el inicio de la poesía que Baldomero le había dedicado a ese edificio. Ahí estaba el número setenta, hasta que, de pronto, apareció el siete que faltaba:

—Séptimo piso —dijo Equis—. Acá vivía. Esta era mi casa de la infancia, la de los setenta balcones, en el piso siete.

No era poco lo que habían conseguido en aquella primera caminata. Sin embargo, Eliseo sentía que no existían motivos para la euforia. Habían escalado la montaña y ahora se asomaban al precipicio de la otra ladera.

—Hasta acá llegamos por hoy —le dijo Eliseo con el aliento quebrado por la fatiga y el esfuerzo de remover la roca que obstruía la puerta de la memoria. Pero era apenas la primera.

Estaban agotados. Había sido una caminata extensa, un recorrido de Coghlan a Once en más de cincuenta años. Aún faltaban algunas otras caminatas para unir las tortuosas callejuelas en las que se perdían los recuerdos.

LA CALLE DE LOS PENSAMIENTOS

Eliseo durmió con el sueño de los justos en el mismo banco de la primera noche. Se despertó repuesto y con una vitalidad que no sentía hacía muchos años. El agotamiento del día anterior le permitió descansar de un modo profundo que no pudo interrumpir el paso de los trenes ni el tránsito de la gente que a la madrugada pobló el andén. A las tres en punto de la tarde, llegó por la avenida de los Incas hasta la esquina de Forest. Ahí, parado en el final del bulevar, estaba Dano mirando hacia uno y otro lado con la misma ansiedad del día anterior. No bien lo vio, corrió hasta Eliseo, que todavía no había alcanzado la mitad de la cuadra.

—Pensé que ya no iba a venir —le dijo por todo recibimiento.

—Si son las tres, la hora en que habíamos quedado —se sorprendió Eliseo.

—Pero yo estoy desde el mediodía —le reprochó sin sentido, responsabilizándolo de su impaciencia.

Antes de que le preguntara por el consultorio, tal como había sucedido con Eleonora, Eliseo le explicó la mecánica del psicódromo a su nuevo paciente y lo invitó a caminar.

—Con las ganas que tenía de acostarme un rato en un diván —dijo Dano con la auténtica desilusión de quien duerme en la calle.

Había quedado pendiente del día anterior la pregunta por la verdadera identidad de ese chico que, a juzgar por su apariencia y sus modos, no parecía ajustarse a las leyes de la intemperie ni a los cánones del ratero típico.

—Brennan, Daniel Brennan —se presentó parodiando a Bond, James Bond; aunque había un cierto tono creído en la flema británica del apellido.

—Fainzilber, Eliseo Fainzilber —lo imitó el analista y de paso le hizo conocer su nombre por primera vez.

—Judío —observó de manera innecesaria Dano.

Ante el silencio tirante, el chico se vio en la obligación de aclarar que su comentario no guardaba ninguna intención, que era solo eso, un comentario. A Eliseo le pareció, sin embargo, que esa mención revelaba el rancio recelo de las llamadas familias patricias.

—Plata fina —tradujo el chico y le habló de su relación con los idiomas.

Mientras caminaban por los Incas hacia Triunvirato, Dano le contó a Eliseo que los idiomas le fueron dados naturalmente: familia de origen irlandés, el inglés se hablaba en su casa paterna con la misma espontaneidad que el castellano.

—El francés y el alemán los aprendí yo solo, de muy chico —dijo con justificada vanidad.

Entonces recordó que iba por su cuenta hasta la nutrida biblioteca del amplio salón de la casa y, en puntas de pie, tomaba los libros que le llamaban la atención. A la hora de la siesta se sentaba en el sillón de lectura con las piernitas colgando y no cerraba el volumen hasta que no entendiera, con la ayuda del diccionario, al menos una página completa.

—Y usted sabe cómo es el veneno de la lectura —dijo, dando por hecho que ambos padecían de la misma enfermedad.

A medida que iba creciendo, el interés fue pasando del canon de los clásicos al catálogo de los heréticos. Ese movimiento tuvo su correlato, también, en el colegio inglés al que iba desde el kindergarten. Aquellos alumnos más resistidos por los profesores, los padres de los compañeros y la dirección, de pronto, se convirtieron para él en los héroes villanos más admirables.

—Y después vino la música. Y ahí me perdí. Pixies, Fang, Cocteau Twins, Radiohead, Nirvana, The Cure, Portishead, Tricky, Morcheeba, Dead Can Dance, Queens of the Stone Age —enumeró con la memoria que otros chicos de su edad dedicaban a recordar las sucesivas formaciones de los equipos de fútbol que llevaban en el corazón.

Esa era, le dijo a Eliseo, la banda sonora que lo acompañaba mientras leía, sin arreglo a orden alguno, los pilares del canon adolescente inaugurado en el siglo pasado. George Orwell, William Blake, T. S. Eliot, John Steinbeck, Oscar Wilde, Céline, Edgar Allan Poe, Dylan Thomas, Aldous Huxley, Lewis Carroll, Wells y George Bernard Shaw, solo para mencionar algunos nombres, se mezclaban en pilas caóticas debajo de su cama.

—Leer primero fue una forma de escaparme y después una manera de viajar —dijo Dano, sin temor a las frases hechas ni a los lugares comunes. Al contrario, lo dijo con tanta naturalidad y sencillez que hasta sonó original.

En ese momento, Eliseo pudo ver que una sombra oscureció aquellos gratos recuerdos.

—De todos los personajes literarios que conocí o leí, le juro que ninguno fue tan siniestro como mi padre.

La avenida de los Incas a esa altura ya había perdido su elegante bulevar y las casas bajas iban cambiando por negocios de repuestos y agencias de autos usados. El paisaje parecía contagiarse del tono sórdido que tomó el relato de Dano al hablar de su padre.

La sangre de Tomás Brennan estaba compuesta esencialmente por la sangre de Cristo en todos sus derivados: malbec, merlot, cabernet y el resto por whisky y hielo. Frío, inexpresivo y católico hasta la escatología, su vida consistía en una retahíla de repudios, prejuicios y desaprobaciones. Siempre con una copa o un vaso en la mano, dejaba libre el dedo índice para señalar algún defecto o apuntar a alguien con una acusación.

Tomás Brennan era dueño de una de las bodegas privadas más copiosas del país.

—Decir que era un borracho sería una injusticia —intentó precisar Dano con una expresión que denotaba todo su desprecio—. Tomaba desde que se levantaba hasta que se acostaba, sí, pero no se emborrachaba.

Entonces Dano le explicó a Eliseo cuál era el efecto del alcohol en su padre, mucho más sofisticado que una borrachera.

—No era de esos tipos que toman y golpean a su mujer y a sus hijos. Tenía otra manera de hacernos sufrir —recordaba Dano.

Era una forma del mal tan elaborada como las maltas y los varietales que componían las mejores bebidas de su cava bajo la cocina. No era de aquellos que se entregaban al alcohol y perdían el trabajo; al contrario, dejaba sin empleo a quienes trabajaban para él. No era de quienes se gastaban el dinero que ganaban en vino barato; compraba cosechas jóvenes enteras y las revendía tiempo después con el añejamiento justo. El alcohol lo inspiraba para hacer el mal de la mejor manera posible, siempre en el Nombre de Dios.

Dano hablaba de su padre con odio. No intentaba ocultar ese sentimiento que le brotaba de manera genuina, natural, como brota la sangre de una herida. Siguieron caminando en línea recta hasta que la avenida de los Incas se convirtió en Beiró. En el mismo momento en que el semáforo de la avenida de los Constituyentes los detuvo, Dano hizo un largo silencio y ese gesto feroz se transformó en una mueca de tristeza infinita.

—Mamá nunca estuvo —murmuró.

Eliseo comprendió que esa frase contenía algo aún peor de lo que enunciaba. La madre de Dano había llegado a un nivel de sumisión tal que había perdido la voluntad o, más bien, se la había cedido por completo a su esposo. El sometimiento la había reducido a una pura ausencia que, a fuerza de mirar para otro lado, la convertía en cómplice de su marido. La prescindencia y la neutralidad de la señora Brennan se parecían demasiado a la crueldad. Con el mismo desapasionamiento de Poncio Pilatos, dejaba que su marido crucificara a quien él considerara culpable, así fueran sus propios hijos. Tenía las manos tan limpias que daba miedo.

—Mamá se mostraba ante nosotros como una víctima más, jamás nos defendió —dijo Dano con un brillo acuoso en los ojos.

Era, según las palabras del chico, una sicaria o, llegado el caso, una carcelera. Nunca los había defendido a él ni a su hermana, Diana. Los hijos del señor y la señora Brennan no tenían más remedio que cuidarse como cachorros, protegiéndose uno al otro.

Y así, sin darse cuenta, llegaron al barrio de Agronomía. El perfume del campo en medio de la ciudad los condujo hasta la Facultad de Veterinaria. Sin habérselo propuesto, los pasos los llevaron por el Camino del Aguaribay. El asfalto se hizo grava y frente a ellos se abrió un paisaje rural; a los costados una sucesión de árboles mostraba los racimos de frutos rojos. Dano se llenó los pulmones y entrecerró los ojos dejando que ese cuadro pampeano abriera la tranquera de los recuerdos.

—El campo —dijo en un suspiro prolongado—, cuánto hace que no voy al campo. Extraño los veranos en el campo con mi hermana.

Dano hizo una pausa, de pronto un pensamiento amargo se le instaló entre las cejas. Se frotó el

índice en la frente como si quisiera borrar esa idea oscura que se había metido en esa pradera como un puma al acecho. Antes de que se disipara, Eliseo lo espoleó para que hablara.

—¿Los veranos, el campo o a tu hermana? —preguntó el analista para ajustar el ángulo de la mira.

—Con el calor no me llevo bien, si fuera por mí viviría siempre en invierno y en una ciudad.

Despejados estos dos elementos, solo quedaba Diana, la hermana. No hizo falta que Eliseo se lo señalara, Dano pudo distinguir de inmediato cuál de todos los recuerdos vinculados con el campo era el que quería ocultarse detrás del follaje de los senderos de la Facultad de Agronomía.

—Si mi padre se dedicó a hacerme la vida imposible, no se imagina lo que le hizo pasar a mi hermana. Estaba prácticamente encerrada entre la casa y el campo.

Entonces le contó que Diana tenía terminantemente prohibido relacionarse con varones que no fueran conocidos de la familia. Su existencia, desde el jardín de infantes hasta el secundario, había transcurrido entre la casa y el Mallinckrodt. Y, de tanto en tanto, una estadía en alguno de los campos de la familia. Era el suyo un mundo de niñas, parientas, maestras y monjas. Ella era dos años mayor que Dano. Cuando crecieron, él conoció los privilegios de ser varón siendo todavía un púber y su hermana ya una adolescente.

—Yo podía salir con mis amigos y volver después de la medianoche. Diana, en cambio, se tenía que quedar. No podía ir a otro lugar que no fuera la casa de alguna amiga, siempre y cuando la pudieran ubicar en un teléfono fijo.

En el final de la calle arbolada doblaron hacia el Camino de las Magnolias. Para Eliseo se hizo evidente que no era ese paisaje campestre el que hacía brotar los recuerdos de Dano, sino que el chico había elegido ese destino, a su pesar, como la aguja de una brújula que marca el norte, impulsada por la física, sin conciencia ni voluntad.

—El único lugar en el que Diana se sentía libre era el campo.

Entonces le contó a Eliseo sobre las cabalgatas infinitas con su hermana, recordó los baños en la laguna, las travesías solitarias en el pequeño John Deere al que le daban marcha con una cuerda, el mate con los peones y el batido de la leche recién ordeñada para hacer manteca con la cocinera. Todo eso era para ellos un regreso al paraíso. Pero para ella significaba, además, la liberación de la mirada del padre.

—Cuando mi papá dejó de ir a la estancia, mi hermana creyó que se había liberado de él. Y él creía que la tenía controlada entre cuatro alambrados, a salvo de lo que él consideraba un peligro. Los dos se equivocaban.

Dano levantó la cabeza y cerró los ojos como si quisiera atesorar un momento para siempre.

—Para mí Diana era todo. La admiraba tanto. Ella ya era una mujer, yo todavía era chico —dijo como si estuviera defendiéndose de algo.

Dano recordó el día en que, sentados en la galería del casco de la estancia, su hermana lo hizo sentir un adulto por primera vez, cuando le preguntó si le podía confiar un secreto.

—Le dije que sí, aunque en el fondo no quería saberlo. Me imaginaba que iba a ser cómplice de algo que prefería no conocer.

Pero era tan grande la alegría, el orgullo frente a ese pacto íntimo que los igualaba en la adultez y la confianza, que no pensó en las consecuencias de lo que implicaba ser depositario de un secreto.

—Entonces Diana me señaló con los ojos el galpón de herramientas donde uno de los peones arrastraba una carretilla. No entendí. Ella se rio y miró de nuevo al mismo lugar. “El Gringuito...”, me dijo. “Sí, el Gringuito, ¿y?”, le dije; se volvió a reír y recién ahí caí en la cuenta. “Nada serio”, me dijo, “pero miralo...”.

Dano le contó a Eliseo que el Gringuito, el hijo del Gringo, tenía unos veinte años. El apodo no solo le venía por herencia paterna, sino porque tenía esa apariencia que da esa mezcla frecuente de la gente del campo; la piel cobriza, el pelo dorado, los ojos claros y la reserva propia del gaucho. Era la materialización de todo lo que a ella le daba una felicidad primitiva: el campo, la belleza en estado salvaje y el llamado animal de la especie. Montaba como un tehuelche, en pelo y por las crines, sin descargarse sobre el lomo del caballo, como si volara. Durante esos días, Dano era cómplice de aquellos encuentros clandestinos en cuanto tinglado había en la estancia. Tendidos ambos sobre los fardos de la cuadra, cabalgaban ingrátidos entre el heno y la noche, flotaban mezclados en el perfume de la alfalfa y los resuellos asordados.

Dano llevaba esa complicidad con terror. Diana se deslizaba por el filo de un machete. Encandilada hasta la ceguera, lo obligaba a él a presenciar ese número mortal. Antes de que terminara el verano, una mañana, al levantarse, Dano descubrió a su hermana sentada en la galería de la casa.

—Estaba blanca, tenía los ojos hinchados, había llorado toda la noche —evocó el chico buscando la sombra en el Camino del Liquidámbur, que conducía al pabellón de Veterinaria—. Cuando me vio venir, corrió y me abrazó como si yo fuera el hermano mayor. Estaba en pánico. Entonces entendí todo. Me acuerdo que le dije: “Tengo unos ahorros”, pero ella no me dejó seguir hablando. “No”, me dijo, “lo voy a tener. Está decidido. Yo lo voy a hablar con mamá”, me respondió Diana.

Dano hizo un silencio largo, profundo; había sido difícil llegar hasta ese punto. Agotado, se sentó en un banco a la sombra de un ombú. Eliseo se ubicó junto a él y lo acompañó callado, como una sombra. Dejó que el chico manejara los tiempos.

—Mamá vino al campo para hablar de mujer a mujer con Diana. Me hizo volver a Buenos Aires para que pudieran pasar unos días juntas. “Voy a estar bien”, me dijo mi hermana antes de que yo me fuera. Tiempo después, Diana me contó todo. Pasó lo que yo me resistía a pensar que iba a pasar.

Con la voz afectada por los sentimientos que le despertaban esos recuerdos, Dano reconstruyó aquel encuentro entre su madre y su hermana.

—“Vos sabés lo que yo pienso de ese tema”, le dijo mi mamá a Diana. Mi hermana creyó encontrar en esas palabras algo de comprensión. “Ese tema” era el aborto, palabra que mi madre jamás pronunciaba. Ella, además, pertenecía a la Liga de Madres de Familia.

Entonces Dano le contó a Eliseo que más de una vez la señora de Brennan había dado su testimonio en charlas que ofrecía la Liga, sugiriendo que las mujeres que abortaban eran, lisa y llanamente, asesinas. Su marido asentía en silencio entre la concurrencia cada vez que ella aleccionaba sobre las alternativas cristianas a semejante crimen cometido contra los más indefensos.

—“Vos no podés tener un hijo de un peón”, le dijo mamá a Diana. Ella se la quedó mirando sin entender a qué se refería con exactitud.

“Dios sabe lo que yo pienso”, le dijo a su hija, se puso de pie, caminó hasta la puerta y antes de salir completó la idea: “Vos sabés lo que tenés que hacer”, reconstruyó Dano.

Dano bajó la cabeza y, con la voz quebrada, dijo como si estuviera hablando solo:

—Dos días después, el Gringuito apareció muerto en el galpón con un tiro en la cabeza. El caso se archivó como suicidio. Nadie lo investigó.

El chico tomó aire y a su pesar le relató a Eliseo el resto de la historia que le había contado su hermana. A la misma hora que moría el peón, Tomás Brennan arrastraba de los pelos a Diana Brennan escalera arriba hacia el dormitorio de la casa principal, escoltado por la señora Brennan. En el cuarto esperaba una partera que habían traído del pueblo. Ya tenía todos los instrumentos preparados. Lo último que sintió Diana antes de volver a despertarse en la soledad más insondable fue un pinchazo en el brazo derecho. De una muñeca la sujetaba la presidenta de la Liga de Madres de Familia. De la otra, el hombre que se jactaba de llevar en su sangre la sangre de Cristo.

Dano Brennan no estaba. Había viajado a Buenos Aires. No le iba a alcanzar el resto de su vida para castigarse.

ALQUIMIAS, ALCOHOLES, ALCURNIAS

Un manto de nubes cubrió el cielo desde Parque Chas hasta Paternal. La brisa fresca animó a los dos caminantes a seguir, a internarse en los senderos de la memoria. Dano había hablado como no lo había hecho en muchos años. Sin embargo, Eliseo consideró que aquella pregunta que había quedado pendiente desde la noche anterior aún no había sido respondida. ¿Quién era Daniel Brennan? Tal vez el interrogante por la propia identidad sea el más difícil de responder. Pero si las personas son lo que hacen, Dano todavía no había hablado de qué hacía o, al menos, qué quería hacer de su vida. Las vocaciones suelen ser hijas de padres extraños. Muchas veces son un legado deseado como una fortuna y otras, una herencia maldita como una enfermedad congénita. El caso de Dano fue una mezcla de ambas. Heredó la fascinación por el alcohol, pero, a diferencia de su padre, supo darle una sabia vuelta de tuerca. Sin que Eliseo se lo alcanzara a preguntar, el chico le contó cómo se encontró con el que habría de ser su oficio.

—De adolescente, cuando todos estaban durmiendo, yo me levantaba a la madrugada y me iba al sótano, bajaba a la bodega y me dedicaba a estudiar. A escondidas, probaba todas las combinaciones posibles. Nunca me tomé el estudio más en serio.

A la edad propia de la experimentación, del descubrimiento de las fronteras y el desafío a los límites, mientras sus amigos se internaban en tales o cuales hierbas, andaban entre estos y aquellos polvos, se entretenían con pastillas de unas u otras formas y colores, Dano hacía sus propias búsquedas con las cosas que tenía a mano. Y lo que él tenía a mano era la bodega bajo la cocina. Dano le contó a Eliseo que, como un químico aplicado, combinaba los infinitos licores que atesoraba su padre en la cava.

Mientras caminaban por los verdes pasajes de Agronomía, Dano arrancó el fruto rojo de un aguaribay, lo tomó entre el índice y el pulgar, y le explicó a Eliseo el proceso desde la rama a la copa.

—Cada sentido cumple una función. Primero, la vista —dijo, levantó el fruto, lo puso a contraluz y se pudo ver el corazón de rubí, brillante.

La mirada era el primer contacto con la bebida, le explicó Dano, y se establecía a través del color. Durante sus experimentos, diluía el rojo del vermouth con el azulino del vodka, el ámbar del sauvignon con el gris gélido del gin, el dorado del bourbon con el verde oliváceo del viognier, el tono terroso del pinot grigio con el anaranjado del Aperol. Una vez que los colores se mezclaban como en la paleta de un pintor, venía el segundo paso.

—Después viene el olfato —dijo mientras se acercaba la pequeña esfera colorada a las fosas

nasales. Se llenó los pulmones con ese olor a pimienta y resinas, y se lo hizo oler a Eliseo.

En la cava bajo la cocina, recordaba Dano, cerraba los ojos y se obligaba a diferenciar el perfume de los distintos aperitivos: el vermouth del Campari, el oporto del jerez y el bitter de los amargos.

—Entonces llega el turno del tacto. Ojo, no hay que confundir el tacto de la boca con el gusto —aclaró.

Se metió el fruto en la boca, arrancó otro y se lo dio a Eliseo. Lo hizo rodar sobre la lengua y, sin morderlo, le explicó que el paladar era el que diferenciaba, por ejemplo, el gaseoso chisporroteo del champagne de la fluidez del sauvignon blanc.

—Y, por último, el gusto —dijo, mordió el fruto y lo invitó a Eliseo a que hiciera lo mismo—. No se asuste, no es tóxico. Esto se usa para darle toques picantes a algunas cervezas.

Eliseo frunció la cara y cerró los ojos, era realmente picante. Dano le explicó que en ese punto la lengua dejaba de comportarse como el pulpejo de los dedos para convertirse en un extenso mapa de sabores. Cada sector era una provincia papilar con funciones diferentes. Pero ahí no terminaban los experimentos. Dano le reveló a Eliseo que existía un sexto sentido, aquel que se despertaba con el alcohol y abría la puerta del corazón. Cada bebida tenía un modo diferente de influir en el alma.

—Esta es la parte más difícil —sentenció Dano.

En esta instancia había que diferenciar lo que pertenecía a la bebida, la reacción natural del propio cuerpo y el estado de ánimo, muchas veces imperceptible hasta que el alcohol llegaba vestido de ángel o demonio.

Como los médicos de la antigüedad que experimentan con su cuerpo a expensas de su propia salud, Dano le confesó a Eliseo que a veces se emborrachaba sin buscarlo. Necesitaba saber cuál era el efecto de las mezclas. El chico se detuvo, bajó la cabeza y, casi en un susurro, dijo:

—Muchas veces me pregunté qué componente de la bebida era el que despertaba la maldad de mi padre.

Eliseo se quedó en silencio, esperando saber la respuesta.

—El problema no estaba en el alcohol —concluyó Dano.

No todo fue pura experimentación.

—Me encerraba a leer *Old Waldorf bar days*, de Albert Stevens Crockett, que se había convertido en una biblia para mí, y los viejos números de la revista *Drinks International*.

Él no se llamaba a sí mismo bartender, término que, a su juicio, vulgarizaba el oficio.

—La primera vez que me ofrecí en una barra para trabajar me presenté sencillamente como cantinero.

Le contó a Eliseo que no hizo un vergonzoso número de malabarismo ni danzas payasescas mientras agitaba la coctelera. No ensayaba caras sensuales ni gestos ampulosos. Se puso un delantal clásico e hizo lo que tenía que hacer: tragos. Cada vez que terminaba uno, sin levantar la

vista, decía “drink”, deslizaba el trago en la barra y seguía con el siguiente. Tenía una precisión matemática. No usaba medidas, no abundaba en decoraciones coloridas ni disfrazaba la copa con elementos innobles. Solo hacía los tragos que le ordenaban sin demorarse un segundo de más y pronunciaba con voz firme “drink”.

—Pero la situación en casa ya era insostenible —recordó Dano.

De pronto, comprendió que las lecturas, la música y los demonios del alcohol eran una misma cosa y confluían hacia el mismo norte. Y ese norte, literal, tenía un nombre: Londres. No esperó el permiso, la ayuda, la aprobación o la desaprobación de sus padres.

—Ya con el pasaje comprado, un bolso y unos pocos ahorros, le dije a mi papá que me iba esa misma noche.

Dano recordó que Tomás Brennan no levantó la vista del plato. La madre fingió una honda preocupación, hizo un par de mohínes y se resignó después con un suspiro teatral. La hermana ya había dejado vacante su lugar en la mesa; después de un breve noviazgo, se había casado con más urgencia por huir de la casa que de formar una familia. Antes de que Dano saliera por la puerta, el padre le dijo: “Vas a volver pronto. Sos un fracaso. Pero acá siempre vas a tener una casa. Llamá un rato antes de volver, para que la mucama te tenga el cuarto listo”.

Tal vez en ese momento, pensó Eliseo, Dano no alcanzó a comprender la dimensión del desafío. Volver significaba reconocer el fracaso. Con esa frase el padre no pretendía evitar que se fuera. Quería que volviera derrotado para que viera que no era mejor que él. A partir de entonces, las palabras del padre habrían de sonar en la memoria del hijo con el eco fatal de la voz del oráculo.

EXILIADO EN EAST END

Dano y Eliseo estaban agotados. Habían atravesado el predio de Agronomía de una punta a la otra y el pasaje más tortuoso de la vida de ese chico que ahora enfilaba sus pasos hacia la salida de la facultad. Eliseo consideró que ya había sido suficiente. Sin embargo, Dano caminó resuelto hacia la calle Tinogasta como si buscara un recuerdo en los tejados de las casitas inglesas del viejo barrio ferroviario situado frente al parque. Esa caminata reproducía el mapa que unía los puntos más sombríos de la biografía de Dano.

Recordó entonces su viaje a Londres. Mientras se internaban hacia el corazón de ese pequeño enclave británico a medida que avanzaban por la calle Artigas, le contó a Eliseo aquel periplo desde el mismo día en que puso un pie en Inglaterra. Como si se hubiera transportado en el tiempo y la geografía, le relató hasta los mínimos detalles. Después de alojarse en un hotel de mala muerte en el East End, anduvo como un peregrino solitario buscando las huellas que habían dejado sus herejes sagrados en aquella su tierra santa. Fue a The Wheatsheaf, el pub en el que solían reunirse Orwell, Anthony Burgess y Dylan Thomas. Pidió una pinta de Estrella Damm, sutil y amarga como el sarcasmo, y brindó en silencio a la memoria de los tres. Lejos de los contingentes de turistas, Dano recorría los bares oscuros y, después de pagar, ofrecía sus servicios.

—No me costó conseguir trabajo. A los pocos días de llegar, me tomaron en The Padlock Tavern, un barcito en Pritchards Road. Yo pensé que me iban a poner a preparar tragos —dijo y sonrió con un dejo de amargura—, pero cuando fui al lugar del cantinero, el encargado me señaló mi puesto: el piletón de lavar platos. Fue una prueba, el tipo quería ver si me amoldaba al lugar. Poco después, no solo me puso al frente de la barra, sino que me dejó quedarme en la pequeña buhardilla en los altos del negocio.

Como si reviviera cada momento mientras bordeaban la plazoleta Carlos de la Púa, Dano le contó a Eliseo que al terminar su primera semana de trabajo se fue a dormir feliz.

—Me acosté en el altillo y cuando estaba por dormirme, me pasó algo espantoso.

Entonces le relató, todavía impresionado por el recuerdo, que al iniciar el viaje de la vigilia al sueño se metió algo insidioso. Una idea apenas perceptible se coló como un polizón a través de un resquicio entre la conciencia y la bruma de lo inconsciente.

—De pronto, todos los pensamientos agradables, los recuerdos del día, se deformaron. Sentí que el techo de madera del altillo se convertía en un ataúd y que yo estaba muerto.

Dano intentó reconstruir los hechos, cada pormenor, con el mayor detalle. Luchó contra esa

imagen.

—Sentí un hormigueo en la pierna, la quise mover, pero no pude: estaba completamente dormida. —La cara se le transformó en una mueca sufriente—. Encendí el velador, me incorporé un poco y cuando me desperté vi algo horroroso: tenía la pierna derecha muerta. No la sentía.

Afectado por ese recuerdo, le contó a Eliseo que, incluso, creyó percibir el olor de la descomposición y entonces, bajo la luz mortecina de la lámpara, vio que la vieja cicatriz en la rodilla que le había dejado una caída de la bicicleta en la infancia, de pronto, se había abierto. Con un gesto espantado, como si reviviera aquella noche, le dijo al analista que un puñado de gusanos blancos con boca de lamprea se enredaban y se disputaban la carne muerta.

—Quise despertarme, pero no pude porque, en realidad, no estaba dormido. O, al menos, no completamente.

Dano le confesó a Eliseo que no supo cómo calificar esa percepción hecha con retazos de pesadillas, alucinaciones y sensaciones físicas reales de la que nunca se terminó de deshacer. Aquella fue la semilla que habría de brotar más tarde convertida en pánico.

—Ahí empezó todo.

A pesar de ese episodio, que supuso aislado, sus días en Londres fueron los mejores de su vida: el trabajo en la taberna, las caminatas por la rivera del Támesis a uno y otro lado de los puentes, todo parecía una grata y prolongada novedad.

—Pero la felicidad se terminaba cuando empezaba a oscurecer —rememoró Dano.

A medida que se acercaba la noche, lo iba ganando un miedo creciente a que llegara el momento de acostarse. Una vez en la cama, cada vez con más frecuencia, aparecían pensamientos e imágenes aterradoras que solo se disipaban con las primeras luces del alba. Al levantarse, ya del otro lado de la barra, se sumergía en un mundo de vapores etílicos, nadaba libre en un océano cristalino como el vodka y el gin.

Conocía las fórmulas para aplacar la tristeza de todos. Salvo la suya. Por fin sucedió lo que Dano tanto temía: aquellos pensamientos sombríos traspasaron los límites de la noche y se fueron extendiendo al resto del día en forma de sensaciones angustiosas.

—De pronto, en medio del trabajo, sentía que se me cerraba la garganta, que el corazón me iba a explotar o me agarraba un dolor tremendo en el pecho.

Estos síntomas, le contaba Dano a Eliseo mientras avanzaban por la calle Rivarola, podían aparecer aislados o combinados unos con otros.

—La primera vez, el dueño del bar llamó a la ambulancia y tuvo que reemplazarme en la barra. La segunda, me dejó que fuera a acostarme un rato. La tercera, me dijo que iba a ser la última.

Dano bajó la cabeza y recordó en un susurro que cuando se recuperó, por cuarta vez, ya no tenía trabajo ni vivienda.

Entonces le contó que la voz del padre le resonaba en los oídos cada vez más fuerte: “Vas a

volver pronto”. Mientras buscaba sin suerte un nuevo trabajo, escuchaba la dura despedida de Tomás Brennan: “Sos un fracaso”. A medida que se sucedían los ataques de pánico en las calles infinitas de Londres, en medio de palpitaciones, ahogos y opresiones en el pecho, sonaba el eco de la voz grave que decía: “Acá siempre vas a tener una casa”. Mientras veía cómo se le reducía la existencia en círculos cada vez más pequeños, recordaba la cruel hospitalidad paterna: “Llamá antes de volver para que la mucama te tenga el cuarto listo”. Hasta que finalmente el vaticinio se cumplió.

—Tuve que volver a Buenos Aires. No me quedó otra: enfermo, sin trabajo y sin plata para pagar un cuarto ya no tenía nada que hacer en Londres.

Avergonzado, Dano le dijo a Eliseo que no estaba dispuesto a reconocer la derrota ante su padre. Recordó que regresó en secreto y que tomó todas las precauciones para que su familia no se enterara de su vuelta.

—La única que lo supo fue Diana. Ella me prestó la plata del depósito y los primeros meses para que pudiera pagar un alquiler.

Consiguió que le dieran trabajo tres días por semana en el mismo bar en el que lo habían tomado antes del viaje a Londres. Dano hablaba de su experiencia en Inglaterra con auténtico orgullo, pero encontró que ese valioso dato curricular era más un obstáculo que una buena tarjeta de presentación.

—Nadie en su sano juicio iba a dejar un trabajo en Inglaterra para volver al mismo lugar —le dijo a Eliseo.

Y ese era, precisamente, su problema: Dano sentía que no estaba en su sano juicio.

Al final sucedió lo que él tanto temía:

—Los ataques ocurrían con más frecuencia y cada vez con más fuerza. Cuando tenía que salir al trabajo, se desataba la tormenta.

Si no se le disparaba una taquicardia incontrolable, aparecía una presión agobiante en el pecho. Otras veces eran unos mareos que le impedían permanecer de pie o una opresión en la garganta o puntadas en la cabeza que indicaban un supuesto cuadro de hipertensión. En lugar de ir al bar, terminaba, día tras día, en la guardia del hospital Rivadavia, a unas pocas cuadras del pequeño departamento que alquilaba.

—No hizo falta que me echaran del trabajo como en Londres, preferí renunciar.

Entonces Eliseo habló por primera vez desde que iniciaron esa extensa caminata. Le hizo ver a Dano que toda su vida había pasado a ser una cadena de renunciadas: la renuncia a salir a la calle significó la renuncia al trabajo; la renuncia al trabajo lo obligó a renunciar al pago del alquiler y la renuncia al pago del alquiler hizo que renunciara a la posibilidad de tener una casa. Así, se consumó la gran paradoja: la agorafobia, la fobia a salir a la calle lo dejó, lisa y llanamente, en la calle.

Ahora, sí, ya era suficiente. Dano debía darse una tregua a sí mismo. Había sido una caminata

cuesta arriba, escarpada y dolorosa. En la esquina afilada de la avenida San Martín y Zamudio decidieron despedirse. Quedaron en volverse a encontrar. Eliseo vio que el chico se alejaba con la cabeza alta después de haberse despojado de un océano de pesar tan extenso como el que separa la Pampa de Londres.

EL TEMPLO Y LA CATEDRAL

Eleonora Rosenthal y Eliseo Fainzilber se encontraron en el mismo lugar. Ella había llegado diez minutos antes de las tres de la tarde. Esperaba sentada en el banco de piedra junto a la escultura La Navegación. Cuando a la tres en punto apareció el licenciado, le sucedieron varias cosas casi en simultáneo. Expresiva como era, hundió la cabeza entre los hombros; no pudo evitar la vergüenza, supo por un detalle que Eliseo había ido al estudio del padre. Pero, a la vez, se le dibujó una sonrisa genuina; estaba feliz de volver a verlo. Temía que, espantado por lo que acababa de conocer de ella, hubiera decidido no atenderla nunca más.

Eleonora se levantó y se quedó en silencio junto al banco como si esperara una sentencia condenatoria.

—Fue, ¿verdad? —dijo con la actitud de una niña que admitiera haber hecho algo prohibido.

—Sí, fui.

—Estoy más loca de lo que pensaba, ¿no?

—¿Sabe de dónde viene la palabra loco? De *locus*, lugar en latín. Y también de *locare*, que quiere decir alquilar.

—Lugar..., alquilar... —repitió ella con un dejo de ecolalia, como si quisiera atrapar el sentido completo de ambos términos.

—Literalmente, se está quedando sin lugar. Sin un espacio físico, no solo para vivir...

—Sí, ya sé lo que me va a decir; es lo que me dice todo el tiempo Pablo, mi ex —resopló—, que si tuviera ese departamento libre lo podría alquilar y tener una entrada más.

Caminaban por la avenida de los Incas hacia Cabildo. Eleonora daba unas zancadas como si estuviese huyendo de un acosador. De pronto parecía haber retomado una vieja discusión. Exasperada, con un tono áspero, le dijo:

—Yo no puedo hacer eso. Yo no le voy a hacer eso a papá.

—¿A qué se refiere?

—A que no voy a ofender la memoria de mi padre.

—¿Cuál sería la ofensa?

—¿Usted cree que yo podría pensar en plata, en alquilar el departamento, en hacerle una diferencia al lugar donde mi padre pasaba la mayor parte del tiempo, el lugar donde trabajaba?

—Bueno, precisamente, era el lugar donde trabajaba y en el que conseguía mantener la economía familiar. No era un santuario. Era la oficina de un despachante de aduana.

En ese punto, una indignación indecible se instaló en el gesto de Eleonora. Tenía los ojos

vidriosos de ira. Los labios rígidos, crispados parecían contener un torrente de palabras impronunciables, como si acabara de escuchar una herejía. Eliseo quería que su paciente dejara salir la furia de aquella religiosa que se había impuesto la tarea de levantar y cuidar un altar. Ahí estaba otra vez Eleanor Rigby, venerando la iglesia del padre McKenzie.

—¿Cuál sería el problema de vaciar y alquilar ese departamento que, al fin y al cabo, era una simple oficina? —dijo Eliseo como si quisiera atizar las chispas y convertirlas en fuego.

Y lo consiguió. Eleonora estalló en un llanto ahogado. Sin importarle que la gente se diera vuelta a mirarla, lloraba dramática y ruidosamente. En Cabildo doblaron hacia el bajo. Esta vez era ella quien, con ese paso fugitivo, guiaba el camino. Avanzaba entre la multitud de gente que miraba las vidrieras. A Eliseo le costaba seguirle el ritmo.

—Yo creo que su padre no estaría feliz si viera en qué se convirtió su lugar —la provocó Eliseo.

—¡No hable en el nombre de mi padre!

—Muy bien, entonces voy a hablar en el nombre del hijo.

—¿Qué tiene que ver Ariel en esto?

—Eso es lo que quisiera usted, Eleonora, que Ariel no viera nada de todo eso. Y lo consiguió. A costa, claro, de que no pueda vivir con usted.

—Ariel estaría mejor conmigo.

—Es probable, el problema es que no cabe. Un altar no está hecho para vivir sino para dar testimonio de fe, para adorar, para dejar ofrendas y en otra época para hacer sacrificios. No se puede vivir en un lugar sagrado. Sagrado y sacro comparten raíz con sacrificio. Sabemos a qué remiten los sacrificios.

—No sé a qué se refiere con sacrificios, y menos en el sentido que usted le quiere dar.

—¿Qué sentido cree que le quiero dar?

—Bueno, del sacrificio humano en el sentido que se sacrificó Cristo.

—Eso lo está diciendo usted y creo que estamos llegando al punto. ¿Es justo sacrificar al hijo en el nombre del padre?

Eleonora se detuvo de pronto y giró la cabeza hacia Eliseo como si acabara de recibir una bofetada. Retomó el paso, ahora mucho más lento, buscando acaso pisar sobre seguro, y dijo:

—¿Se refiere a Ariel?

—Sí. Y al hecho de que usted ha sacrificado el lugar que debería ocupar su hijo. En el afán de rendir culto al padre no quedó lugar para el hijo.

Eleonora se desarmó en un llanto exhausto, abatido, estaba cansada de renegar con ella misma, de cargar con el peso incalculable que acumulaba en las espaldas.

—Pero la cruz la cargo yo —dijo entre sollozos hechos de hartazgo y fatiga—, no se imagina lo que pesa en el cuerpo, en la cabeza.

—Lo vi con mis propios ojos. No se puede vivir con esa carga.

—No sé qué hacer, no sé cómo manejarlo. No puedo vivir con todo eso y, peor, no sabría cómo vivir sin todo eso. No se imagina lo que pesa en la cabeza y en los hombros —repitió Eleonora—, no se lo imagina.

—Bueno, vamos por partes. Para sacar el peso de los hombros, primero hay que aligerar el peso de la cabeza. Para sacarse la cruz, antes hay que abdicar y sacarse la corona de espinas.

Eleonora asintió y se obligó a detener el llanto. Por primera vez se sintió comprendida.

—No va a ser fácil —dijo ella.

—Nunca dije eso.

—Es que todavía no ha visto nada —completó con la cabeza gacha, en otro acceso de vergüenza infantil.

Acaso sin proponérselo, sin notarlo siquiera, Eleonora había dirigido sus pasos hacia su propia casa. Eliseo había visto el templo. Era hora de que conociera la catedral.

En el salón, sobre la pared del fondo, se levantaba una suerte de retablo hecho con una infinidad de cuadros, fotos, retratos, pinturas al óleo, escenas familiares en sepia, estatuillas diversas y heterogéneas. En el centro de la pared, como si fuera el origen de la gran explosión, podía advertirse el sentido primigenio de aquel culto individual, íntimo y secreto. Sobre una mesa de arrime, presidía la escena una vieja fotografía de estudio en blanco y negro de los padres de Eleonora. Debajo, en el piso, apoyadas contra la pared, había una multitud de coronas funerarias de flores muertas, fósiles, ajenas, arrebatadas a otros muertos, probablemente recogidas de la basura de las casas de sepelio. Luego, cuanto más lejos del centro, tanto más caótico se volvía el retablo: las fotos de la propia familia se mezclaban con escenas de familias extrañas, hasta convertirse en una constelación indescifrable de personas felices, sonrientes y amorosas. Sobre unos estantes se veían innumerables casitas de yeso: casitas holandesas, bucólicas casitas toscanas, de la campiña francesa, casitas londinenses, modestos ranchos del altiplano, imitaciones de casas de chapa de La Boca, todas compradas y traídas de los lugares que representaban. Invitaban a imaginar que dentro de cada una se reunían familias dichosas alrededor del cálido fuego de un hogar.

Delante de aquel retablo delirante estaba el altar: una mesa rectangular, alargada, cubierta por decenas de manteles superpuestos. Si el retablo era un adoratorio de la familia paterna, en el altar estaban los objetos de culto de la familia que ella había formado y luego había sacrificado. En efecto, sobre la mesa había una sucesión de fotos que contaban la historia de su propia familia: ella de pequeña, ella con su novio, ella con su novio en el registro civil, ella con su marido, ella embarazada, ella con su bebé y su marido, ella con su hijo ya crecido, ella sola. Y alrededor de los retratos, centenares de objetos que aludían a cada momento de la secuencia. Ahí se apilaban, caóticos, ropitas de bebé, juguetes, cartas, cuadernos, copas que sellaron algún brindis, discos

que contenían el fondo musical de un instante, cofres que atesoraban reliquias insignificantes y luego, objetos dispersos cuyo sentido se perdía en los restos de aquel sismo íntimo, letal. Era un piso entero en una de las zonas más caras de la ciudad; una fortaleza absurda, inexpugnable, en riesgo de colapsar como colapsan los imperios y las catedrales.

Ambiente tras ambiente, cuarto tras cuarto, paso tras paso, no había un metro cuadrado libre. Ese caos sacralizado era tal vez un pálido reflejo de lo que sucedía dentro de la cabeza y el alma de Eleonora. Era como un hormiguero enloquecido. Resultaba difícil imaginar que una sola persona hubiera podido transportar semejante cantidad de objetos de un lugar a otro desde puntos diferentes del planeta y obrar una transformación en el universo tan colosal y a la vez tan inútil. Por otra parte, había en esa acumulación una fortuna difícil de calcular, en gran parte dilapidada. Eliseo podía inferir que, en cada objeto comprado para el culto, en cada ofrenda, se esfumó la herencia que le había tocado como hija única de dos familias acomodadas.

Se suele pensar erróneamente que los acumuladores viven en un estado miserable, rodeados de suciedad, basura y elementos en descomposición. Eso se comprueba en algunos casos pero no en todos, ni siquiera en la mayoría. Hay en la acumulación un elemento normal que se ha salido de cauce o, acaso, al contrario, una muestra del estado patológico de la sociedad que, en la exageración, exhibe el costado enfermizo de la gente normal. ¿Quién no tiene en su casa un cajón repleto de cosas inútiles de las que, por alguna razón, no se puede desprender? ¿Quién no conserva ropa vieja, rota, pasada de moda que no se usa ni se tira? ¿Quién no guarda en una alacena alimentos tal vez vencidos, latas o conservas a la espera de una catástrofe que nunca llegará? ¿Quién no exhibe en una biblioteca libros que no leyó ni jamás leerá, pero que están ahí como un molesto recordatorio de todo lo que ignoramos? Más de la mitad de las cosas que tiene la gente es pura acumulación, objetos que ocupan un espacio precioso en los recovecos de las casas y en los recodos de la mente. Las personas suelen convivir con más pertenencias de las que toleran y mueren dejando una herencia inútil, un testimonio postrero de una vida oculta, cuando no vergonzante. Una sociedad que produce mucho más de lo que se puede consumir y acumular en forma razonable crea personas que consumen y acumulan en forma irracional. En el caso de Eleonora, esta patología consustancial a la sociedad humana era, a fin de cuentas, una enfermedad sobre otra enfermedad. Estas observaciones que Eliseo siempre había entrevisto, se le hicieron evidentes desde la perspectiva de quien, como él, se vio forzado a vivir ligero de equipaje. Eso mismo que Diógenes había comprendido dos mil cuatrocientos años antes que él, cuando el mundo producía en proporción a lo que consumía.

Eleonora se asomaba a otro abismo. Al colapso anímico se le añadía la ruina económica. En efecto, en el recibidor se apilaban las cuentas impagas, las cartas documento y las notificaciones de acciones legales que llegaban por debajo de la puerta.

Eliseo tuvo de pronto una revelación ominosa; el grado de deterioro anímico, social y económico de su paciente era mucho peor de lo que él había imaginado. Si veinte años atrás,

cuando ella llegó por primera vez a su consultorio, él no había podido hacer nada, ¿qué le haría pensar que ahora, con un cuadro tan avanzado, haría un trabajo mejor? Más aún, se preguntaba cuánto de aquel primer análisis inconcluso podía haber sido el responsable de la condición actual de la enfermedad. Frente a esa catedral de la acumulación, Eliseo se prometió que esta vez iría hasta el final junto a su paciente.

MUERTE DE UN FARAÓN

Atrapados entre las ruinas arqueológicas de una historia familiar, aprisionados en los fragmentos del estallido de una biografía, Eliseo entendió que el camino de salida de ese laberinto de reliquias y ofrendas extravagantes debía trazarlo Eleonora. Ella, la hija del faraón, era la única que podía descifrar los jeroglíficos tallados en la piedra de la memoria.

—Cuando murió mi padre se derrumbó el fragmento del mundo que quedaba en pie. Todo se desmoronó. La mano de mi papá era lo único que me mantenía aferrada a algo. Yo no me puedo olvidar de todo lo que hizo por mí. Él tenía dos vidas: la que me dedicaba a mí y la que había resignado por mí —dijo Eleonora y, sin darse tregua, continuó—: Los hombres nacen sin saber qué es ser padre. No lo saben. En el mejor de los casos, pueden adoptar a las crías de la hembra. A veces, incluso, aprenden a cuidarlas. Lo digo por mi papá, pero también por Pablo, mi exmarido. Cuando nació Ariel, Pablo no sabía ni cómo sostenerlo. Pero mi papá aprendió. Pablo sigue sin tener idea.

Eleonora se apoyó contra una breve franja de la pared que había quedado libre, levantó la cabeza y buscó un recuerdo en el cielo raso.

—Mamá justificaba todas las faltas de mi padre con dos palabras: “Bon vivant”. “Tu papá es un bon vivant”, decía mi madre, como si quisiera darle un carácter positivo a todas las fallas y rarezas que tenía. Él vivía en un mundo diferente al de mi madre. A ella no le interesaba participar de ese permanente ceremonial y protocolo de las pequeñas cosas que había establecido mi papá. Si le regalábamos una camisa para el día del padre, lo primero que hacía era fijarse en la etiqueta; si no era ciento por ciento de algodón, si tenía una ínfima proporción de poliéster, torcía la cara, agradecía, sí, pero ni siquiera se dignaba a colgarla en una percha. Ahí quedaba, doblada para siempre en una bolsa. El café de filtro era una ofensa imperdonable. El pan no podía tener la marca de la retícula de un horno eléctrico; tenía que estar horneado en barro o ladrillo. La prensada del aceite de oliva, la barrica en la que había reposado el vino, el cuero de la suela de los zapatos, todo lo sometía a un examen implacable. Si pedía un taxi, exigía que fuera de tal o cual marca y modelo; prefería caminar a subirse a una auto básico. Tenía más exigencias que Greta Garbo. Mamá intentaba cumplir con las normas Rosenthal, así les decía, mucho más severas que las normas IRAM o las BSI. Pero, además, se ocupaba de mí, de la escuela, de llevarme a inglés y francés, de las cosas de la casa y de su propio trabajo. Ella era traductora de cuestiones técnicas muy específicas: traducía textos de geología. Papá, en cambio, tenía otra vida fuera de la casa y el trabajo: sus amigos del Café del Museo, sus reuniones en el Club del

Whisky; en fin, la verdad es que lo veía muy poco.

Eleonora se puso en cuclillas como si esa historia le pesara hasta obligarla a doblar las rodillas, se tomó un pequeño respiro y prosiguió:

—Cuando mamá murió, ese mundo de caprichos, obsesiones y ceremonias en el que vivía papá se esfumó. De pronto, se tuvo que convertir en un habitante más del mundo de los mortales. Se tenía que levantar antes para prepararme el desayuno con lo que había y llevarme a la escuela del modo que fuera, aunque tuviera que sentarse sobre la cuerina raída del asiento de un taxi o, si no conseguía taxi, subir a un colectivo repleto. De repente, su vida empezó a girar en torno del planeta madres, plaza, compras, escuela; un universo cuyas leyes ignoraba y, hasta cierto punto, despreciaba. Por eso, esa conversión forzada me resulta ahora tan valiosa. Era conmovedor verlo cuando me armaba la valijita de cuero marrón de la escuela; revisaba la cartuchera con los lápices y las fibras, se fijaba que no me faltara nada. Lloraba en silencio —dijo Eleonora con la voz astillada—. A veces se encerraba a llorar en el baño. Lo veía salir con los ojos colorados, vidriosos, y una sonrisa de circunstancia para que yo no me diera cuenta. Lloraba la ausencia de mamá, la quería mucho, y la de su vida anterior.

Eleonora intentaba abrir un camino con los ojos entre la infinidad de cosas, como si quisiera ver alguna huella del pasado en ese escenario real en el que se habían desarrollado esos acontecimientos.

—Papá me cuidaba con mucha más dedicación que mi mamá, porque a él le costaba mucho esfuerzo. No sabía cómo hacerlo. Y cuanto más torpe, más amoroso me parecía. A mamá todo le salía con naturalidad, las cosas le llevaban la mitad de tiempo y podía hacer el triple de cosas en el mismo rato. Pero, además, papá tenía su trabajo. Después de dejarme en la escuela, tenía que correr a la oficina, volver a buscarme al mediodía y, a la tarde, otra vez volar al trabajo. Y en el medio, mis clases de inglés en el instituto, y de francés en la Alianza.

Eleonora le contaba su historia a Eliseo como si lo hiciera por primera vez. Él ya conocía estos hechos, pero, cual apóstol de sí misma, esta vez ella le daba una versión algo distinta de aquel primer evangelio. Eliseo podía comprobar que el pasado no era estático ni, menos aún, una lengua muerta. El pasado permanecía vivo y se modificaba según el punto de vista del presente. Y esa niña que hablaba desde ese lejano ayer dictaba el presente con su vocecita infantil. El futuro nunca es azaroso, es aquello que se ha ido construyendo en cada pequeño acto, en cada omisión, en cada palabra y en cada silencio. Mientras Eliseo escuchaba a Eleonora, verificaba que la vida era una autobiografía escrita a priori, no a posteriori.

—Conocí a Pablo poco después de aquel primer análisis con usted. Cuando quedé embarazada estaba feliz, pero muy asustada. —Eleonora hizo una pausa, buscó las palabras más adecuadas y continuó—: Yo sé que no es fácil de entender y tal vez le parezca irracional. Me preguntaba qué iba a pasar con Ariel si yo me moría. Me planteaba si Pablo iba a estar a la altura... —dejó suspendida la última palabra y dudó.

—A la altura de su padre, que la crio él solo —completó Eliseo.

—Iba a decir “de las circunstancias”, pero sí, las circunstancias que yo temía eran esas mismas en las que quedó mi papá cuando murió mamá. Como las torcazas, empecé a llevar cosas al nido para que nunca le faltara nada a Ariel. Hasta que el nido comenzó a colapsar por el peso. Al principio, cuando Ariel era chiquito, se alegraba cada vez que yo llegaba con un regalo para él. Después miraba las cosas que le traía con extrañeza, no entendía por qué le compraba cosas de adultos: camisas...

—Ciento por ciento algodón, seguramente.

Eleonora asintió con la cabeza gacha.

—Pensaba en el futuro, en que no le faltara nada cuando fuera grande. Libros, ropa, música, cosas que pudiera necesitar y que siempre hacen falta. Cuando murió papá todo se me fue de las manos. No podía llegar a casa si no traía algo nuevo. No podía entrar con las manos vacías: algo para Ariel, algo para Pablo y algo, sí, para recordar a papá. Pero, además, cosas útiles, cosas que no pueden faltar.

—¿Por ejemplo?

Eleonora se mordió el labio inferior y luego comenzó una enumeración de cosas sin sentido, cosas que, en efecto, utiliza la gente a lo largo de su vida. Una lista que incluía lámparas, fósforos, cola de pegar, papel de envolver, pelacables, cinta adhesiva, marcos para retratos, lupas, fertilizante para tierra, pinceles, tela para tapizar, pimienta de Ceilán, grampas de pared, discos rígidos externos, caños de PVC, cajas con hilo dental, adaptadores para tomacorrientes, delantales de cocina y sacabocados.

—Además de las cosas que compraba, después empecé a traer otras que rescataba de la calle. No toleraba que la gente se desprendiera de los recuerdos así como así. Porque las cosas son recuerdos. Me repugnaba la idea de que las personas pudieran olvidarse de sus seres queridos, meterlos en un tacho de basura, dejarlos tirados en la calle.

Eleonora hizo un gesto con la mano, ese mismo gesto que se emplea para espantar una mosca o un mal recuerdo, y continuó:

—Pablo me rogaba que dejara de llevar cosas. Le costaba entender la importancia que yo le doy a las cosas. Me decía que lo estaba echando de la casa, que no le dejaba lugar. Y peor, lo que a mí me parecía intolerable era que lo metiera a Ariel en el medio: que el chico no tenía un lugar para jugar, que su cuarto estaba atestado, que no podía traer amigos a la casa.

Eleonora se incorporó y con una mueca de tristeza, como si se estuviera reprochando a sí misma, recordó:

—Cuando nos separamos, él me dijo que no me estaba dejando, que yo lo había expulsado de la casa. Ariel no se quería quedar conmigo en el departamento. No era que quisiera irse con el padre, eso me dijo, no era que no quisiera vivir conmigo. No podía estar más en la casa. No cabía.

Eleonora se resistió a un acceso de llanto que se conmovía en el pecho, tomó aire, se repuso y siguió:

—Fue un divorcio sencillo, por así decir; no hubo gritos, peleas ni reproches. Lo último que quería Pablo era que le diera la mitad de las cosas que tenía yo —contó con una sonrisa que contrastaba con los ojos acuosos.

—¿Y Ariel?

—No quise pelear por Ariel. Porque no quería perderlo. Yo sabía que, si iba a un juicio por la tenencia, lo iba a perder. Si entraba un asistente social y veía todo eso, iba a pensar que soy una acumuladora compulsiva. Imagínese —agregó con irónica aceptación—. Preferí que viviera con Pablo, pero sin cerrar la posibilidad de que en un futuro pudiera estar conmigo. Yo sabía que esa puerta se iba a cerrar para siempre con la sentencia de un juez.

Eleonora avanzó por un estrecho corredor entre el caos y, apoyada sobre un objeto indefinible, dijo:

—Pablo, debo admitirlo, se portó muy bien conmigo; nunca me quiso sacar la tenencia. Y lo podía haber hecho. Yo sé que parece una locura, que, si sacara todas estas cosas de la casa, Ariel podría vivir conmigo. Pero no puedo. ¡No puedo!

Eliseo había escuchado casi sin intervenir. Luego asintió como si tuviera una sentencia y, tras un silencio necesario, habló con la serena contundencia de quien emite un veredicto.

—Tenemos un largo camino por delante. Vamos a poner orden, primero acá —le dijo a Eleonora llevándose el índice a la cabeza—. Para eso, necesito que haga cinco listas: las cosas que se podrían vender, las que se podrían regalar, las que se podrían donar, las que se podrían tirar y las que realmente quisiera quedarse.

Eliseo remarcó el tiempo potencial para que Eleonora no se sintiera abrumada por adelantado. Sentada en el suelo, apretada contra dos cúmulos, estuvo de acuerdo y se dispuso a escribir.

Sin que ella lo supiera todavía, con cada palabra, con cada elemento que agregaba a la lista, iba templando el hierro de la maza para iniciar la necesaria destrucción de la catedral.

DE BUEYES, LEYES Y REYES

Diógenes masticaba semillas de girasol y escupía las cáscaras sobre los mosaicos inmaculados del Liceo. Los perros que lo seguían se ocupaban de limpiar los restos del piso con la lengua. Aristóteles, el involuntario anfitrión del orador cínico, asistía resignado al espectáculo sentado en una poltrona.

—La semilla de la destrucción del mundo, Aristóteles, está aquí en mi mano —dijo Diógenes mientras le mostraba las semillas de girasol que apretaba en el puño.

Aristóteles miró el contenido de la mano sin comprender, al tiempo que los perros saltaban disputándose el magro tentempié del vagabundo.

—Desde que el hombre se volvió esclavo de la semilla —prosiguió Diógenes—, el mundo perdió toda esperanza de salvación. Esta pequeña semilla ha obligado al hombre a echar raíces y convertirse en una pobre planta, un mero girasol que, inválido, inmóvil, apenas si puede mover la cabeza para recibir la clemencia del sol. Igual que Clytia, nos consolamos con mirar a Apolo sin poder ir hacia él.

Diógenes tiró un puñado de semillas tostadas a los perros. No llegaron al piso, se las devoraron entre gruñidos y dentelladas. Señaló con el índice al dueño de casa y continuó:

—Aquí estás, Aristóteles, preso en tu Liceo, atrapado en la piedra de la ciudad, esclavo de tus esclavos. Atado a tus leyes, tus bueyes y tus reyes. De esos nuevos reyes que tú mismo creaste. Eres el más miserable de los esclavos del Estado que ayudaste a erigir.

Lejos de sentirse menoscabado, para Aristóteles era un halago que Diógenes lo reconocieran como uno de los artífices del Estado. Aunque quisiera ocultarlo detrás de un gesto indiferente, no podía disimular su admiración por ese vagabundo.

—En una época, los hombres eran libres como lo soy yo y las mujeres andaban a su arbitrio como la perra Hiparquía —dijo, a la vez que dibujaba una silueta de mujer en el aire—, perra y puta de mi jauría, mi amada Hiparquía, la mujer más sabia, la que se atrevió a escribir: “Yo, Hiparquía, no seguí las costumbres que se les exigen a las mujeres. Me uní a los perros, a los más fuertes. No quiero el manto ni la sandalia ni el perfume. Ando descalza, con un cayado, un harapo por vestido y la tierra por lecho. Soy dueña de mi vida y sé tanto y más que las ménades en el arte de cazar” —recitó Diógenes a viva voz, amplificadas por el eco de los mármoles.

Los perros corrían con la cola entre las patas, asustados por el tono exaltado del amo. Aristóteles aplaudió con un gesto entre burlón y fastidiado.

—Más vale que aplaudas y te rías de mi espectáculo a que llores por la triste imagen de ese

culo gordo y adiposo que cultivaste al dejar de caminar. Hombres y mujeres vagaban libres antes de que hubiera Estado, cuando había que cazar, recolectar el fruto de la tierra y seguir viaje. Caminaban ligeros, sin nada, pero dueños de todo. Maldita la hora en que alguien como tú, Aristóteles, decidió detenerse a la orilla del río y plantar la semilla, regar la semilla, verla crecer, tomar su fruto y acopiar más y más semillas hasta convertirse para siempre en el esclavo de la semilla. Maldita la hora, Aristóteles, en que alguien como tú, crio bueyes y los puso delante de un arado para plantar la semilla. Maldita la hora en que metió animales en un corral, maldita la hora en que se dedicó a asesinar al cordero en vez de cazar a la fiera. Cuando el hombre encerró a la bestia, se hizo esclavo de la bestia.

Diógenes atrapó la última semilla entre el índice y el pulgar, la puso delante de los ojos de Aristóteles y continuó:

—Así, esclavo de la semilla y de la bestia, el hombre terminó por esclavizar a otros hombres y se hizo esclavo de su esclavo. Y edificó ciudades en la orilla del río donde plantó la semilla y se hizo prisionero de la polis.

Arrojó la semilla al aire con la uña del pulgar y al caer vertical la atrapó con la boca. Mientras masticaba ruidosamente, agregó:

—Y así está el ciudadano de la polis: gordo como tú, Aristóteles. Cuando el hombre abandonó su naturaleza nómade y se quedó quieto, le sucedieron tres cosas: se puso obeso, se hizo avaro y se volvió estúpido y loco. Cuando, víctima de la avaricia, ya no podía acopiar más cosas en sus vasijas, sus sacas y sus casas, las comenzó a acaparar dentro de su propio cuerpo con esas horribles consecuencias —dijo señalando el vientre de Aristóteles—. Y no conforme con las propias, fue por las semillas, los animales y las tierras de los otros.

Diógenes zigzagueó las columnas del salón con saltitos burlescos, secundado por los perros que corrían excitados detrás de él, y expuso:

—Las largas caminatas, en cambio, unían a los caminantes en grupos solidarios, como un solo organismo semejante a las bandadas de aves en el cielo y los cardúmenes en el mar. Los más débiles iban protegidos en el medio del grupo. Los más fuertes, adelante como la punta de una lanza; un paso más atrás, los más sabios, los que podían guiar a los fuertes y dar ánimos a los débiles. Y atrás, en la retaguardia, los que cuidaban las espaldas del grupo. Nadie pensaba en su propio interés porque el interés era el del grupo en movimiento. Al quedarse quieto, el hombre dejó de ver a quien camina junto a él, se apoltronó y se dedicó a mirarse su propio ombligo, a examinar sus propias ideas hasta que se transformaron en obsesiones; las obsesiones, en padecimientos, y los padecimientos, en enfermedades del alma. Y así, atado a sus posesiones, enfermo a causa de las adiposidades del cuerpo, enloquecido por sus propias ideas, así espera el hombre la muerte para ser enterrado debajo del mismo suelo en el que plantó la semilla.

Diógenes cerró su discurso con esas palabras y se tendió en el piso simulando estar muerto. Todos los perros se tiraron sobre él y le lamieron la cara con desesperación mientras el sabio

ambulante daba unas carcajadas infantiles producto de las cosquillas.

Aristóteles no pudo menos que sentir una profunda y amarga nostalgia por aquello que había dejado de ser hacía mucho tiempo atrás.

PRIMEROS PASOS

Mientras Eliseo caminaba solitario en los alrededores del local, una idea se fue abriendo paso entre el caos de ocurrencias que no encontraban un destino. Tal vez fuera ese, se dijo, el problema que tenían en común los cuatro, sus tres pacientes y él mismo: la ausencia de un destino. Quizá, pensó Eliseo, si las caminatas con rumbo imprevisible se dirigieran hacia un destino común, podrían, como los viejos nómades, llegar todos a una tierra promisorio.

Cada uno tenía lo que a otro le faltaba: Eleonora acumulaba una infinidad de cosas, de recuerdos, en cuanto lugar encontrara. Equis, en cambio, no tenía ni lugar ni cosas ni recuerdos. Dano había perdido su lugar en el universo y la posibilidad de ejercer su oficio porque, de hecho, le sobraba el miedo que le faltaba a Equis. Por otra parte, ninguno de ellos contaba con la perspectiva que tenía Eliseo desde su punto de vista. El analista no solo ocupaba un sitio en relación con los pacientes, sino que, además, aunque quisiera mantener la prescindencia profesional, también él dependía de ellos.

La única que estaba en condiciones de pagar honorarios era Eleonora, pero no por mucho tiempo más. Dano y Equis transitaban una intemperie tan indigente como la de Eliseo. La posibilidad de pagarle dependía directamente del éxito de la terapia. Este punto, que a muchos psicoanalistas ortodoxos podría resultarles una herejía, a Eliseo le parecía la piedra angular del contrato tácito que debía existir entre analista y paciente. Aquellos analistas que, escudados en la neutralidad, renunciaban al concepto de cura o bienestar del paciente jamás habrían estado dispuestos a resignar los honorarios. En otras palabras, si la terapia resultaba un fracaso, el responsable era el paciente; si en cambio, el analizado alcanzaba algún logro en la vida, el éxito era del analista. En cualquier caso, el paciente debía pagar por el éxito y, paradójicamente, también por el fracaso.

Eliseo y sus pacientes se necesitaban de un modo tan elemental y transparente que no existía instancia teórica que pudiera ocultar la naturaleza de esta dependencia. En la relación entre el analista y el paciente siempre estaba presente esta condición, solo que, bajo circunstancias menos extremas, solía pasar inadvertida.

Convencido de que el destino de todos ellos estaba unido por un hilo invisible, Eliseo decidió dar un paso crucial, un paso a ciegas que podría alejarlos del abismo o conducirlos a la caída final.

Eliseo citó a sus tres pacientes en el centro equidistante de los cuatro puntos cardinales a los que pertenecía cada uno. Las sesiones, por llamarlas de un modo convencional, no tenían un tiempo establecido, una distancia estipulada ni honorarios prefijados. Igual que los antiguos nómades, los caminantes se detenían cuando llegaban a un punto significativo. Ese alto provisorio, sin embargo, no estaba condicionado por una geografía o un hecho determinado de antemano: se trataba de cazar y recolectar un recuerdo, una idea o, al contrario, un olvido o un sueño. Muchas veces, tales ocurrencias surgían en el encuentro, más o menos azaroso, con un paisaje de la ciudad, como le había sucedido a Equis. En aquel periplo aparentemente fortuito que los condujo al barrio de Once, había recordado fragmentos de su infancia, la escuela y el departamento en el que había vivido.

La caminata colectiva fue una propuesta del licenciado Fainzilber. No había querido sorprender a sus pacientes ni crear una incómoda situación de hecho. Los tres aceptaron, aunque al principio con muchas dudas y vacilaciones. La enfermedad suele experimentarse no solo con sufrimiento, sino también con pudor. Quien acaso tuviera más motivos para sentir vergüenza era el propio analista. De los tres pacientes, el único que sabía que Eliseo estaba en la calle era Equis. Resultaba curioso y paradójico que ese hombre sin memoria conociera los secretos de Eliseo y desconociera quién era él mismo.

Equis fue quien llegó más temprano a la cita en la puerta del Museo Nacional de Bellas Artes. A Eliseo, parado delante de la escalinata, le costó reconocerlo; estaba afeitado y había conseguido de algún modo ropa limpia. Por primera vez desde aquel encuentro inicial en la estación, Equis mostraba algún interés por cuidar su aspecto. Pero, además, Eliseo lo notó tenso; tenía la inquietud propia de quien asiste a una cita importante.

—Está irreconocible —le dijo Eliseo a modo de saludo.

—Al contrario —contestó no sin cierta incomodidad Equis—, sospecho que irreconocible estaba antes. Mientras me afeitaba en el baño de la estación, creo haber intuido cómo era. Y le aseguro que no me gustó lo que vi.

—¿Qué vio?

—Una persona de cuyo nombre no quiero acordarme.

—Hasta ahora lo viene olvidando con mucho éxito. Tiene todo un talento para eso. La Mancha, sospecho que hay una mancha de la cual, como el Quijote, no quiere acordarse. Una mancha oscura que está cubriendo todos los recuerdos.

En ese momento se detuvo un taxi frente al museo y bajó Eleonora. El licenciado presentó a sus dos pacientes no sin experimentar cierta extrañeza:

—Ella es Eleonora —dijo Eliseo y vaciló cuando debió presentarlo a él.

—Equis, mucho gusto —dijo Equis adelantándose a Eliseo para ahorrarle la incomodidad.

—¿Equis? —preguntó ella, como si hubiera comprendido mal.

—Sí, por el momento es Equis, pero no nos adelantemos. Ya habrá tiempo para despejar

incógnitas —llamó al orden Eliseo.

Desde la vereda del cementerio de la Recoleta, apareció Dano, quien, al ver al licenciado, saludó a todos con la mano en alto mientras cruzaba la avenida del Libertador en un trote ingrátido. Equis lo miraba con una curiosidad profunda, como si hubiese descubierto algo indecible en ese chico alto, flaco y frágil. Al llegar, con la naturalidad del benjamín del grupo, estrechó en un abrazo infantil a cada uno. Primero saludó a Eliseo, después a Eleonora y cuando fue el turno de Equis, se produjo un hecho inesperado. Ese hombre, que hasta entonces no había mostrado sentimiento alguno, se aferró a Dano en un abrazo inexplicable, desesperado. Lo abrazó con angustia, como si quisiera protegerlo de una tragedia en ciernes.

Dano, sorprendido al principio, recibió ese abrazo con una sensibilidad amable y hospitalaria; creyó comprender algo imposible de explicar. Ese gesto misterioso fue una argamasa cálida e invisible que unió a ese grupo de almas a la deriva como si algo superior a ellos los hubiera abrazado para siempre. Ninguno de los cuatro habría podido ponerlo en palabras; un llanto atragantado, silencioso, lleno de pudor, idéntico, equitativo hizo de ese encuentro providencial una ceremonia semejante a un reencuentro entrañable. Caminaron juntos por primera vez con la esperanza y el miedo de un pequeño pueblo que resolviera aventurarse en el desierto para encontrar por fin un destino, aunque más no fuera, parecido a la libertad.

CUESTIONES DE FAMILIA

Mientras caminaban por la avenida del Libertador, cada uno de ellos exponía ante los demás las singulares razones que lo habían conducido al psicódromo. Lo hacían sin ceremoniosidad ni afectación. Por momentos en tono de tragedia, por otros en clave de comedia, iban enlazando recuerdos y olvidos, anhelos y rechazos, conjeturas y certidumbres, desvelos y ensoñaciones. Una vez que vencieron la barrera del pudor, se entregaron al reconocimiento del patetismo propio y al consuelo del sufrimiento ajeno. El mero hecho de poner en palabras y compartir el pesar aligeraba la carga.

Después de escuchar el relato de Equis, Eleonora hizo su primera observación:

—Y yo que pensaba que a nadie podía pasarle algo peor de lo que me pasa a mí —dijo con malicia para aguijonearlo—, pero, en el fondo, creo que lo envidio un poco; si pudiera le cambiaría un par de recuerdos por algunos olvidos.

—Lo que le sobra a usted no son recuerdos, sino, dicho con todo respeto, basura; toneladas de basura —le contestó Equis con honesta crudeza.

Eleonora se tragó la ofensa con una sonrisa forzada, como si acabara de deglutir un erizo. No le había causado ninguna gracia. Eliseo le lanzó a Equis una mirada fulminante: no era necesario que fuera tan agresivo.

—Llámenla como quieran: colección, ofrenda, santuario —dijo Equis, apelando a la interpretación de Eliseo sobre el significado de la acumulación de Eleonora—, pero la basura es basura. Basura sin valor.

—Todo tiene un valor —terció Dano.

—Claro que tiene un valor: el que habría que pagar para que alguien se la llevara —dijo Equis y luego, como si acabara de iluminarse, completó—. No es mala idea. De verdad, creo que pagarle a un camión de escombros sería una excelente inversión.

Eliseo cambió la expresión, miró a Equis con cierto beneplácito y esta vez asintió con la cabeza.

—Bueno, quién mejor que alguien tan próspero como usted para saber qué hacer con todo lo que le sobra —le dijo Eleonora a Equis—. Ah, perdón, cierto que no tiene nada y que vive en la calle.

—¿Usted está segura de que no tengo nada?

—De lo único que estoy segura es de que me llamo Eleonora. Y a propósito, ¿usted cómo se llamaba? Ah, perdón otra vez, cierto que no tiene ni un nombre.

El diálogo áspero, frontal y por momentos hostil estaba mediado por el tamiz del sarcasmo. Igual que los discípulos de Diógenes, los caminantes afilaban la daga en la piedra del cinismo.

Más allá de ese ríspido intercambio inicial, Eliseo observó cómo se había establecido la formación del grupo. Eleonora y Equis, que hasta entonces parecían marcar el paso, iban apenas por delante de Dano. El analista, en tanto, observaba desde la última línea. Avanzaban por Libertador hacia Retiro. Al llegar a Callao se produjo un movimiento curioso. Mientras esperaban a que cambiara la luz del semáforo, Dano se puso al frente del grupo. Cuando iniciaron el cruce, giró de manera sutil, para inducir al resto a doblar en Callao. Los demás se dejaron llevar y cambiaron de dirección sin oponer resistencia. Eliseo creyó percibir un propósito en la extraña jugada de Dano, aunque no podía establecer si quería guiar al grupo hacia algún lado o, al contrario, pretendía evitar que fueran a determinado lugar.

El analista decidió intervenir. Sin decir nada, se puso a la vanguardia y retomó por Libertador en la misma dirección por la que venían. Dano volvió a quedar rezagado y se resignó de mala gana a seguir el camino que marcó Eliseo. Luego apuró el paso y se emparejó con Equis, como si buscara el cuidado de aquel hombre que lo había recibido con un abrazo protector. Tal vez, dedujo Eliseo, quería impedir que se encaminaran hacia el centro de su infierno. Estaban entrando en su barrio. Tal como sospechaba el analista, de pronto se hizo presente el motivo de la resistencia.

—Acá vivían los abuelos de mi padre —dijo Dano con un hilo de voz al pasar frente el portón señorial de un edificio francés que se levantaba sobre la elegante recova de la avenida del Libertador.

Todos dirigieron la mirada hacia él. Pero cuando esperaban el inicio de un relato, Dano guardó un silencio atronador.

—No, nada importante, eso. No tengo mucho más que agregar.

—Muy bien, aunque no sea ni importante ni mucho, nos conformamos con algo —lo instó Eliseo.

—Nada, una tontería, un recuerdo sin interés —anunció Dano con el tono trivial con el que suelen anunciarse los hechos más significativos.

Hizo una pausa, respiró hondo y finalmente se decidió a hablar:

—Mi padre contaba una historia de la familia. En la mesa de fin de año siempre recordaba el mismo cuento. Sus abuelos viajaban a Europa para la época de las fiestas. Cormac Brennan odiaba el verano. Mientras todos se iban a Mar del Plata, aquella de los tiempos de Peralta Ramos, cuando Mar del Plata era Mónaco —aclaró Dano—, ellos se iban a París y a Londres.

La incomodidad de Dano crecía a medida que entraban en el barrio. Con el gesto súbitamente endurecido, iba perdiendo los colores de las mejillas conforme avanzaban, como si de repente

hubiera ingresado en una zona sombría.

—Mi bisabuela odiaba el frío, pero lo seguía a su marido sin decir nada. Así era todos los años, hasta que con el crac del veinte perdieron una fortuna en la bolsa. De un día para el otro se quedaron sin nada, con el campo embargado y la casa hipotecada. No había cosa más vergonzante para las familias ricas de entonces que caer en la pobreza.

Al llegar a la esquina de Montevideo, Dano se detuvo como si quisiera recuperar el aire. Eliseo notó que el chico presentaba los primeros signos de la angustia cuando se instala en la garganta. Literalmente eso significaba el término angustia: angostar la garganta. El analista, anticipándose a lo que venía, lo instó a que continuara con el relato sin detener la caminata. Dano intentó llenarse los pulmones sin éxito.

—Me falta un poco el aire —dijo ante la cara de preocupación de Eleonora y Equis.

—No, no te falta, en realidad te sobra —le dijo Eliseo a la vez que lo alentaba para que siguiera.

Con la respiración agitada y la voz vacilante, Dano retomó el relato:

—Llegaba el verano y mis bisabuelos, por primera vez, no tenían ni un centavo para los pasajes del barco ni la reserva del hotel. Entonces, a mediados de enero, en la fecha que siempre viajaban, se subieron al coche que todos los años los llevaba al puerto. El chofer metió el equipaje en el baúl mientras saludaban a los vecinos que se acercaron a despedirlos en la puerta. Después de la medianoche, cuando ya no había gente en la calle, volvieron a la casa en puntas de pie, entraron sin que nadie los viera y se encerraron en el departamento todo el verano. Habían comprado víveres para pasar los tres meses sin asomar la nariz ni siquiera al pasillo.

Se notaba que era una historia que Dano solía contar, esos capítulos de las novelas familiares que pasan de una generación a otra. Sin embargo, las pinceladas pintorescas contrastaban con el tono dramático de la narración. A medida que avanzaban hacia la avenida 9 de Julio, la respiración del chico se aceleraba más y más. Estaba completamente pálido.

—Por lo visto, tus bisabuelos no eran los únicos que se escapaban a Londres mientras podían —lo hostigó Eliseo.

Dano se pasó la mano por el pelo mientras arqueaba la espalda como si quisiera expandir los pulmones.

—Ya está, es suficiente. Paremos un poco, por favor —intercedió Equis mientras se ponía entre Dano y el analista.

Eliseo apartó al hombre que desde el principio había mostrado cierta inexplicable inclinación a proteger al chico, subió el tono de voz y continuó con sus dardos:

—Parece que viene de familia eso de esconderse para ocultar el fracaso de la mirada de los demás.

—Basta —le susurró enérgicamente Equis.

En ese punto, Eleonora se acercó al hombre sin memoria e intentó calmarlo:

—Él sabe lo que hace —afirmó con una fe tan ciega como injustificable.

—Es una crueldad —le dijo Equis por lo bajo, pero se dejó convencer.

Dano sentía que el corazón se le iba a salir del pecho: galopaba como un caballo desbocado con tal velocidad y fuerza que los latidos podían verse en la venas del cuello.

—Me falta el aire, por favor, paremos, siento que me caigo.

—¿Qué pasa, tenés miedo de que tu papá te vea en el piso? —acicateó otra vez el analista.

Eliseo sabía que estaban a la vuelta de la casa familiar de Dano. Ahora se hacía evidente que era eso lo que el chico quería evitar desde que habían cruzado la avenida Callao.

—¿Tenés vergüenza de que tu papá se entere de que tuviste que volver con una mano atrás y otra adelante? —lo provocó el analista.

En ese momento sonaron en los oídos de Dano las palabras de su padre: “Vas a volver pronto. Sos un fracaso”. El chico sentía que se moría. Se figuraba el corazón, que ahora latía de manera desacompasada, estallando dentro del pecho. Se vio muerto en una heladera de la morgue. Imaginó a su padre recorriendo la mortaja para reconocer el cadáver. “Sí, es él, es mi hijo”, diría sobre el cuerpo descompuesto de ese hijo que fracasó hasta en el intento por sobrevivirlo.

Equis se alejó. No soportaba la escena.

—Me muero, por favor, necesito una ambulancia, siento que me caigo —imploró Dano, blanco como el mármol.

—No voy a dejar que te caigas, pero tampoco que pares de caminar ni que dejes de hablar.

—Tranquilo, estamos acá —dijo Eleonora que mal podía disimular la preocupación.

—No —se opuso Eliseo—, yo no me quedaría tranquilo sabiendo que papi está acá a la vuelta y que lo puede ver así, al borde del desmayo, patético, tirado en el suelo. Es más fácil esconderse como hacían tus bisabuelos, ¿cierto?

De pronto, a todos se les hizo visible la paradoja: Dano, obediente a la palabra oracular del padre, había tenido que volver de Londres fracasado y, por añadidura, enfermo. De acuerdo con el argumento de la novela familiar, fiel a aquella tradición, Dano se había escondido en el pequeño departamento. Los ataques de pánico eran, en realidad, pánico a ser visto, a quedar expuesto ante los ojos de su padre. La política de la tortuga era todo un acervo familiar. El padre ocultaba su alcoholismo en la bodega de la casa, y la madre expiaba los pecados de su marido y su propia complicidad escondida detrás de la rejilla del confesionario de la iglesia de Nuestra Señora del Socorro.

Las últimas palabras de Eliseo produjeron el efecto inverso al de la hipnosis. Como si acabara de escuchar el chasquido de los dedos del encantador, Dano salió de pronto de ese estado de tormento y pavor.

—Debería matarlo —dijo de pronto el chico en alusión a su padre, con todo ese caudal de miedo convertido de repente en furia.

—Creo que es lo más sensato que dijiste desde que te conozco. Adelante, nadie te lo va a

impedir.

Eleonora y Equis vieron con espanto cómo Dano avanzaba resuelto a la casa de sus padres.

—Por hoy dejamos acá —dijo Eliseo e instó a que cada uno se fuera por su lado.

HISTORIA DE UN PARRICIDIO

Dano mató a su padre. Lo hizo sin crueldad ni apasionamiento. Tampoco hubo en ese acto sereno un afán de heredarlo ni, menos aún, de sucederlo u ocupar su lugar. Fue una declaración de independencia sin rebelión ni proclamas o gestos épicos. Por primera vez, Dano pudo reemplazar el pánico por el miedo. Sentado frente a su padre en la vieja casa familiar de Juncal y Esmeralda, descubrió cuál era la diferencia entre ambos sentimientos: el pánico era un miedo ciego, un miedo que no podía identificar al objeto del temor. Por primera vez, Dano pudo determinar cuál era lazo que establecía su padre con los demás: el miedo. Antes que el amor, el respeto, la fuerza de atracción de la sangre o la identificación con el apellido, antes de todo eso estaba el miedo.

—Siempre usaste el miedo como un látigo. Con todos. Siempre fuiste ese jinete que dominaba el caballo con el rebenque y las espuelas. Cuando me enseñabas a andar a caballo me decías que se vive de la misma manera que se monta. Y así viviste toda tu vida: sin gracia, sin elegancia, con un cinismo amargo y el ceño fruncido. Siempre metiste miedo: a los peones del campo, a tus empleados, a tus perros, a tus caballos, a tu esposa y a tus hijos. Asustar, someter, humillar, avergonzar al que está abajo, al que no se puede defender. Pero hoy se acabó.

—¿Y qué vas a hacer?

Esa pregunta escueta, indiferente, encerraba un desafío y varias afirmaciones. Le decía en cinco palabras que era un cobarde, que jamás había crecido y que desconocía el orgullo. Y para confirmarlo, remató:

—Te dije que ibas a volver. ¿Querés plata, comida, una cama limpia?

—Te encantaría verme humillado y rogándote que me abras la puerta de tu casa. Pero eso no va a pasar. Y no va a pasar porque hoy te vas a morir.

El padre se levantó del sillón, dejó el vaso sobre la tabla de quebracho del hogar, abrió un cajón de la parte inferior de la biblioteca y sacó un arma: un Colt 38 largo.

—Está cargado. Es todo tuyo. Hací lo que tengas que hacer. Yo te enseñé cómo se maneja — le dijo mientras se lo ofrecía.

Dano tomó el revólver por la empuñadura y lo sostuvo entre la mano y el regazo.

—Eso es lo que te gustaría. Te gustaría que otro hiciera el trabajo por vos. Porque sos un cobarde. Porque detrás del miedo que les metés a los demás querés esconder tu propio pánico. Te podés seguir escondiendo detrás del vaso y de la botella. Pero el vidrio es transparente. Te veo. Ahora te puedo ver.

Era como si lo mirara por primera vez. Dano levantó el arma, le apuntó, lo miró a través del

alza y el guion y vio un hombre derrotado que rogaba en silencio que alguien le hiciera el favor de terminar con esa vida que ni siquiera llegaba a ser miserable. Hacía años que se había resignado a una inercia existencial semejante a la nada. Dano pudo ver todo con claridad. Necesitaba que alguien le diera el empujón final hacia el abismo.

—Te gustaría —repitió con el brazo horizontal y el pulso firme.

El padre ni siquiera lo miraba. Permanecía sentado y cada tanto le daba un sorbo al vaso.

—Hacé lo que tengas que hacer —dijo en un tono desganado que Dano interpretó como una súplica.

Tenía a su padre entre la mira y el alza. Le apuntaba al centro de la frente.

—Te gustaría terminar la obra con un giro dramático que le diera un final épico a una vida olvidable, una vida que nadie recordaría si no fuera por el disparo en la cabeza.

El padre de Dano asentía con fastidio, sin dignarse siquiera a mirarlo.

—¿Para quién estás actuando? ¿Para mí? ¿De verdad te creés que me importa lo que hagas o dejes de hacer? —le dijo y luego siguió bebiendo indiferente.

—Sí, estoy actuando para vos. Pero es la última vez. Porque no me voy a esconder más. No me voy a escapar más. No me voy a encerrar los veranos.

—No vas a tener el problema de mis abuelos, porque no tenés ni siquiera un lugar donde encerrarte. ¿Dónde estás viviendo?

—En la calle —dijo Dano con la naturalidad con la que suena la verdad.

—Vos no sos mi hijo.

—¿Por qué? ¿Un hijo de Tomás Brennan no puede vivir en la calle? ¿A los ojos de quién? No te preocupa que yo viva en la calle, te aterra que puedan enterarse de que un hijo de Tomás Brennan viva en la calle. Te pregunto lo mismo, ¿para quién estás actuando?

La existencia, pensaba Dano mientras le apuntaba a su padre, era una representación. Todos eran actores que interpretaban un papel para alguien y todos eran el público de otros actores. Pero muy pocos llegaban a ser los dramaturgos de su propia vida. Todos estaban más empeñados en escribir la vida de los demás y de representar el libreto que otro escribía para ellos que en ser el autor de la existencia propia. Dano resumió esas ideas inconexas con una frase:

—Me cansé de actuar para vos.

Apretó el mango del arma y siguió:

—Me harté de tenerte miedo, de ser la oveja negra o la oveja blanca. Me aburrió la fantástica historia de esta familia. Y en eso, creo, estamos iguales. Pero yo ya no tengo dónde esconderme. Y tampoco me quedan ganas. Estoy en la calle, papá. Se cumplió la profecía negra de la familia, el fantasma más espantoso para los Brennan: terminar en la calle. Estoy en la calle. Pero a vos no te importa mi vida en la calle. Te da pánico que los demás vean la caída de los Brennan. Porque vivís en la ruina hace años y pretendías que otro Brennan hiciera el trabajo por vos. Y como yo nunca pude ni quise hacer el trabajo limpio, te gustaría que hiciera el trabajo sucio —le dijo, a la

vez que corregía la línea de tiro—. Por más que quieras ponerle a la miseria el disfraz de la tragedia, como si fuera más digna, se ve todo. Porque para los Brennan la muerte es más digna que la pobreza. Prefieren pasar la eternidad en un mausoleo del cementerio de la Recoleta que un día a la intemperie.

Tomás Brennan miraba el jardín a través de los ventanales de la sala como si estuviese solo. Bebió el último trago, miró a su hijo, abrió los brazos ofreciéndole el pecho y le volvió a decir:

—Hacé lo que tengas que hacer.

Entonces Dano martilló el revólver, lo dejó listo para disparar y lo apoyó sobre la mesa baja, justo delante del padre.

—Yo no voy a hacer ese trabajo por vos. Me voy a caminar —dijo.

Antes de salir, se detuvo bajo el vano de la puerta, se dio vuelta y se despidió con las mismas palabras de su padre:

—Hacé lo que tengas que hacer.

Dano salió de la casa y mientras avanzaba por el pasillo hacia la calle pudo escuchar el más estruendoso de los silencios. El silencio de esa muerte en vida que llevaba su padre y de la que Dano acababa de liberarse para siempre.

UN PUENTE ENTRE DOS OLVIDOS

El encuentro siguiente fue en el mismo lugar. Llegaron los cuatro casi al mismo tiempo a la escalinata del Museo Nacional de Bellas Artes. Dano estaba exhausto, pero parecía sereno. Tenía una expresión diferente, como si entre un día y el otro hubiese pasado un año. Se percibía, sin embargo, aquella sutil diferencia entre envejecer y crecer. Dano de pronto veía todo detrás de un velo de calma novedoso.

Eleonora mostraba la misma preocupación con la que había terminado la sesión anterior. Si bien jamás había creído en la literalidad de la amenaza de Dano, durante todo ese tiempo no pudo deshacerse de la idea de que algo malo fuera a pasarle.

—Estoy bien. Estoy bien, gracias —la tranquilizó Dano.

Equis conservaba el enojo que le había causado la saña con que Eliseo había provocado al chico. Aún mostraba la actitud de cuando intentó defender a Dano de lo que consideró un acto de crueldad terapéutica.

—No necesita un abogado defensor —le dijo Eliseo a Equis.

Entonces ocurrió algo inesperado. El hombre, que ahora mostraba la sombra de una barba crecida, se enfureció. Como si acabara de recibir un insulto, se puso frente a Eliseo y, con el pecho inflado, le dijo:

—¿Cómo me llamó?

Eliseo intentó mantenerse tranquilo, pero no pudo evitar el recuerdo del día en que Equis lo arrastró por la grava de las vías del tren. En esa oportunidad había podido comprobar la fuerza de ese hombre que acababa de recobrar algo del aspecto salvaje de entonces.

—No lo llamé de ninguna manera. De hecho, si lo supiera, lo llamaría por su nombre. Pero, lamentablemente, yo no lo sé y usted no lo recuerda. ¿O sí?

Eleonora y Dano se interpusieron y los llamaron a la calma. No entendían qué lo había ofendido tanto. Eliseo, sin embargo, creyó vislumbrar una razón. Se estaba resistiendo ante la aparición de un recuerdo incipiente. En aquella primera caminata, Equis había podido comprobar que los recuerdos estaban ahí, al alcance de la mano.

—¿Qué es lo que le molestó tanto, si se puede saber? —le preguntó Eliseo.

El hombre pasó de la furia a un estado de confusión y, con la mirada perdida en un lugar impreciso, intentó buscar una explicación. No tuvo éxito. Entonces Eliseo invitó al grupo a avanzar, como si con el acto de caminar pudiera romperse el cerco que separaba a Equis de sus propios recuerdos.

Llevado por la intuición, el analista condujo al grupo hacia el puente que cruzaba la avenida Figueroa Alcorta. Pocos habitantes de la ciudad de Buenos Aires podrían sustraerse a algún recuerdo inspirado por ese puente. Ondulado y futurista, ¿qué porteño no había emprendido la vertiginosa cuesta abajo en bicicleta, skate, patines o rollers? ¿Quién no conservaba una marca en la memoria o una cicatriz en la rodilla? Fue lo primero que comentaron Eleonora y Dano. Equis, en cambio, permanecía ausente.

Al llegar al punto más alto del puente el hombre se detuvo, miró las copas lilas purpúreas de los jacarandás en flor y luego bajó la vista hacia los autos que venían de frente. Los tres pudieron ver cómo Equis se aferraba a la baranda con esas manos enormes, curtidas y temblorosas. Era tan alto en relación con el pasamanos que temieron que pudiera desplomarse y caerse a la avenida. Cuando cambió la luz del semáforo y el tráfico compacto avanzó por debajo del puente, el hombre se alejó como si temiera ser embestido. Dos cosas le llamaron la atención a Eliseo; no solo se detuvo en lo que estaba mirando, sino, más aún, en lo que estaba evitando mirar. Sabía que un paciente amnésico era alguien que se resistía a mirar hacia atrás. Terminaron de cruzar el puente y el analista instó al grupo a caminar hacia el lugar al que Equis le había dado la espalda. Cuando llegaron a la Facultad de Derecho, el hombre desvió la mirada hacia la vereda de enfrente, como si la mole neoclásica no existiera. Entonces Eliseo enfiló directo hacia las escalinatas del edificio.

—¿A dónde quiere ir? —le preguntó Equis, envuelto todavía en una nube de confusión, mientras detenía la marcha.

—¿A dónde no quiere ir? —le devolvió la pregunta Eliseo.

—Ya estoy grande para ir a la facultad, ¿no le parece?

—Pero yo no —dijo Dano, obligándolo a retomar la marcha.

—Habiendo tantas profesiones honestas... —repuso Equis.

A su pesar, el hombre, rezagado, siguió al grupo en el ascenso hacia la entrada. De pronto, se sentían turistas en su propia ciudad.

—Pasé mil veces por acá, pero nunca entré —dijo Eleonora entusiasmada con el tour imprevisto.

—Como si hubiera mucho para ver. Encontraríamos gente más honrada si nos diéramos una vuelta por Devoto.

—¿Conoce la cárcel de Devoto? —preguntó Eliseo incisivo.

—¿Tengo que contestar? Nadie está obligado a declarar en su contra.

Atravesaban en diagonal el salón de los Pasos Perdidos, desde la escultura de la Libertad hacia la de la Justicia, cuando un hombre joven se acercó a Equis y, con tono de duda, le preguntó:

—¿Profesor?

EX CATHEDRA

Equis y el chico se estudiaron con mutua extrañeza.

—No creo que se acuerde de mí, soy...

—Salomone —dijo Equis—. Sí, me acuerdo, pero no exactamente de dónde.

—Contratos Civiles y Comerciales —dijo el chico.

Equis se lo quedó mirando como si eso no le dijera nada.

—Fui alumno suyo en Contratos Civiles y Comerciales, doctor. Di el último examen con usted...

Eleonora y Dano se miraban con la boca abierta a espaldas del alumno.

Salomone se veía contrariado, parecía querer decirle algo y no atreverse.

—¡Qué le diga el nombre! —exclamó en sordina Eleonora en el oído de Dano.

—Si no se lo pregunta él, se lo pregunto yo —le contestó Dano en un susurro.

Eliseo, que los había escuchado, les hizo un gesto para disuadirlos de intervenir. En vista de la aridez de la charla, el alumno se despidió con un gesto de respeto, bajó la vista y se dispuso a seguir su camino. No llegó a dar un paso, cuando Equis se dio vuelta y le preguntó:

—Y, a propósito, ¿cómo le fue en el examen?

El chico se detuvo.

—Bien. De hecho, se lo quería agradecer.

—¿Qué debería agradecerme?

—Que me haya aprobado.

—¿Desde cuándo hay que agradecer lo que uno se ganó? ¿Usted cree que yo soy generoso con las calificaciones?

—Me consta que no. Por eso se lo agradezco. Todos saben cómo es.

—¿Cómo soy?

—Bueno... exigente, por decir algo... suave.

—¿Y le parece que no le exigí lo suficiente?

—Para lo que es usted, la verdad es que fue muy generoso conmigo. Me hizo solo dos preguntas y dio por terminado el examen. Como si estuviera apurado.

En ese punto, Equis cerró los ojos y se llevó ambas manos a la cabeza.

—¿En qué fecha rindió?

—25 de noviembre.

—25 de noviembre —repitió Equis para sí. Miró hacia arriba a la derecha, al cuadrante donde

flotan los recuerdos.

De pronto entornó los párpados como si se hubiera encandilado con el destello de una reminiscencia. El alumno lo miraba con una mezcla de extrañeza y una cierta indulgencia que se terminó de manifestar con claridad cuando le dijo:

—Lamento mucho lo que le pasó.

Salomone pronunció esa última frase como si hubiera podido quebrar al fin una barrera de respeto, pudor y temor. Luego el alumno emprendió el camino de salida con paso veloz. Dano atinó a correr detrás del chico, pero Eliseo lo tomó de un brazo. El único que podía hacer la tarea de recordar debía ser el propio Equis.

Con la mirada perdida y la respiración agitada, Equis ingresó en el salón central. Avanzaba con paso resuelto junto a la sucesión de columnas dóricas. Por completo ajeno a sus compañeros de caminata, parecía dirigirse a un lugar preciso. Algunos alumnos se daban vuelta al cruzarse con Equis, como si se preguntaran “¿es él?”. Era evidente que conocía el lugar a la perfección; subía escaleras, cortaba camino por pasillos menos transitados y recodos reservados al personal de la facultad.

Al analista y sus otros dos pacientes les costaba seguirle el paso, cada zancada de él eran dos pasos de ellos. Debían correr para no perderle el rastro. De pronto entró en una sala revestida de boiserie oscura, con sillones de cuero verde, presidida por un hogar de capitel que llegaba hasta las vigas de madera del techo. Los pocos profesores que leían apoltronados en los sofás lo miraron por sobre el marco de los anteojos como si acabaran de ver un fantasma. Cruzó el salón, entró en un pasillo amplio y, al cruzarse con un empleado de maestranza, lo saludó como si lo hubiese visto el día anterior.

—¡Doctor! —dijo el hombre, pálido, con gesto aterrado.

—Ábrame la puerta, por favor.

El empleado sacó del bolsillo del delantal gris un enorme manojo de llaves, caminó hasta una de las múltiples oficinas que se sucedían a uno y otro lado del pasillo y se detuvo frente a la anteúltima. Las manos le temblaban tanto que no terminaba de acertarle a la cerradura.

—¿Se encuentra bien, doctor?

Equis, impaciente, asintió con la cabeza.

—¿Los señores vienen con usted? —le preguntó señalando con los ojos a Eliseo, Eleonora y Dano, que permanecían expectantes a una cauta distancia.

—Sí, sí —dijo, apurando al empleado para que abriera de una vez.

Cuando por fin abrió la puerta, el ordenanza se quedó junto al marco y, sin terminar de comprender qué estaba sucediendo, le preguntó a Equis:

—¿Necesita algo?

—No, gracias, Distefano, puede retirarse —le dijo con familiaridad al empleado.

Equis entró en el despacho, una pequeña sala con un escritorio y una ventana que miraba al

río, y se sentó en el antiguo sillón de madera. El acto, en apariencia sencillo, de ocupar su lugar produjo un movimiento copernicano en el universo de Equis. En efecto, al perder la memoria, se había convertido en el centro de un mundo desconocido al que interpretaba según sus propias reglas, precarias e ignorantes. El reencuentro de su pequeña órbita alrededor de instancias superiores restableció la jerarquía de las cosas. Entonces, pudo comprobar que aquel mundo, el viejo mundo al que en verdad pertenecía, había desaparecido, se había extinguido para siempre.

Sobre el escritorio estaba el pequeño mapa de la patria de la que provenía. Una foto de él, radiante, con una sonrisa que parecía imposible en su fisonomía actual, abrazado a una mujer y a un chico. Una mujer que podría parecer cualquier otra si no hubiera sido porque la convexidad de su mejilla coincidía perfecta y armoniosamente con la concavidad de la mejilla de Equis. Era esa la forma exacta que adopta el amor cuando atraviesa la biología y transforma los organismos en una sola cosa sin nombre ni medida. Entre ambos, en el centro, apenas por debajo de ellos, un joven adolescente. Esa foto tan semejante al retrato de la felicidad era la imagen de la infinita fragilidad de las personas cuando son tocadas por el amor.

El escritorio había quedado congelado desde aquel 25 de noviembre, el día del último examen. Ahí estaban las planillas, las actas y la agenda abierta en aquella fecha.

Sentado a ese escritorio detenido en el tiempo, recortado contra la luz del crepúsculo, Equis era el hombre más solitario del mundo. Con la espalda encorvada, tomó el retrato y se lo quedó mirando. En ese acto desolador, Equis se devolvió a esa vida que había querido olvidar.

Santiago Klein, doctor en Derecho y profesor de Contratos Civiles y Comerciales. Ese era el nombre y el apellido de aquel hombre desplomado sobre los papeles, las planillas y las actas a cuyo pie estaba su sello y firma.

Eliseo, Eleonora y Dano asistían cual sombras, sin atreverse a hacer un movimiento que pudiera alterar esa metamorfosis de la conciencia. Podían adivinar la tragedia, aunque aún desconocían la dimensión de aquello que lo había llevado a renunciar a la memoria.

Mientras lo miraban, enorme, doblado sobre sí mismo sin soltar el retrato, comprendieron que ese silencio era un llanto ahogado que no encontraba cauce que pudiera contenerlo. Entonces, Santiago Klein, así, en esa misma posición, le contó todo a esa su nueva familia, cuyos integrantes estaban casi tan rotos como él.

EL JUEZ DE LA MEMORIA

Santiago Klein tenía sangre en la boca. No la podía ver porque estaba completamente oscuro. Pero sentía el gusto y la aspereza que deja en los dientes el hierro de la sangre. Se arrastraba a tientas en el pasto húmedo sin saber qué hacía en ese lugar desconocido. Estaba aturdido y medio sordo. En el oído derecho oía un zumbido que cambiaba de frecuencia. En el izquierdo resonaba el eco de un estruendo que no cesaba, una sucesión de truenos graves y extensos. Intentó incorporarse, pero no sentía las piernas. Tendido, giró sin saber dónde quedaban el arriba y el abajo. Dedujo que ahora estaba tirado de espaldas porque creía ver estrellas. Aunque se movían demasiado rápido, como los brillos de esos caleidoscopios espontáneos que aparecen al cerrar los ojos con fuerza. De pronto escuchó una voz tenue que se impuso por sobre el zumbido y el estruendo, una voz vacilante que le decía: “Un contrato es una promesa legalmente vinculante celebrada entre dos o más partes”.

—Sí, Salomone, pero yo le pregunté cuáles son los elementos de un contrato vinculante —dijo el doctor Klein, en un acceso de tos, mientras escupía sangre que no podía ver e intentaba arrastrarse con los brazos hacia alguna parte.

Escuchó el motor de un camión o un micro que se acercaba, debía ser algo grande por el ruido. Se apoyó sobre los codos y a la distancia vio los haces paralelos de las luces largas sobre el asfalto. Estaba lejos de la ruta. Aprovechó la luz lejana, se tocó la boca y se miró la mano; pudo comprobar que ese líquido ferroso que brotaba de alguna parte y le entraba en la boca era sangre.

El camión se detuvo y escuchó la voz del conductor que a los gritos pedía una ambulancia por teléfono o quizá por handie. Pero estaba muy lejos. Klein no solo había salido despedido del auto, sino que, en su afán por llegar a alguna parte, se había alejado del camino. Intentó gritar, pero no tenía suficiente aire. Solo pudo decir:

—¿Me va a contestar hoy, Salomone? No tengo todo el día.

—Oferta, aceptación, contraprestación y...

El zumbido del oído izquierdo fue cediendo lugar a la sirena de las ambulancias.

—Oferta, aceptación, contraprestación... ¿y..., Salomone? Falta una, haga memoria.

De pronto la ruta se llenó de luces. Desde su perspectiva a ras del pasto, no llegaba a ver qué pasaba, entonces dijo:

—Términos categóricos, Salomone. Oferta, aceptación, contraprestación y términos categóricos.

Pudo oír la voz de Sofía, su mujer, que mientras metía ropa en un bolso le decía:

—¿Te parece salir a la ruta ahora? Es tarde, está lloviendo, nos va a agarrar la noche.

A las luces rojas de las ambulancias se sumaron los destellos azules de los patrulleros. Un grupo de policías se internó en el campo con linternas. El profesor, tirado en el pasto, levantó el brazo y dijo:

—¿Qué tipo de contratos existen?

—Los cuerpos están deshechos, oficial. Una mujer de unos cincuenta años y un joven que podría ser el hijo —le dijo un camillero a un policía.

Santiago Klein escuchó perfectamente las palabras, pero no entendió el significado, como si hubieran sido pronunciadas en un idioma desconocido para él. Lo único que le importaba era que Salomone terminara lo antes posible para ir a buscar a Sofía y Dante y se fueran de una vez a la costa. Necesitaba descansar, meter los pies en el mar, caminar por la playa con su mujer. Lo mejor era salir ese mismo viernes después de los exámenes.

—¿Qué apuro hay? Podemos salir a la mañana temprano, con luz —le dijo Sofía.

Estaba perdiendo demasiada sangre y no sentía las piernas.

—Unilateral, bilateral, sin causa, a precio fijo... —enumeró Salomone y ahí se trabó.

—Se lo digo yo, Salomone, porque tengo mejores cosas para hacer que conversar con usted: por administración y por adhesión. Listo, vaya, tiene un seis.

No veía la hora de salir a la ruta y escaparse, aunque fuera un fin de semana.

Los rayos de las linternas barrían el campo formando una red en la niebla, hasta que dieron con el brazo en alto que asomaba por sobre los pastizales. Corrieron hacia él a los gritos. Los camilleros se abrieron paso entre el herbazal y, mientras lo revisaban, le preguntaron:

—¿En qué auto venía?

—No sé, yo estaba tomando examen.

—¿Cómo se llama?

—No me acuerdo.

—¿Con quién iba en el auto?

—¿Qué auto?

Así, uniendo imágenes sueltas, destellos caóticos y diálogos desordenados, Santiago Klein pudo reconstruir, por momentos a su pesar, los fragmentos de recuerdos que quedaron esparcidos entre los cristales estallados, la chapa retorcida y los cuerpos deshechos. Existe una barrera sutil entre la amnesia y la negación. Podría decirse que la amnesia es una negación más o menos involuntaria, más o menos deliberada.

Santiago Klein no hablaba como un abogado, sino más bien como un acusado que se declarara culpable de un crimen frente a un jurado. Sentado al escritorio, aferrado al retrato, recordó que lo llevaron a un hospital. Los médicos le dijeron que estaba bien y que podía considerarse

afortunado: apenas tenía un par de costillas fisuradas y una inflamación en las regiones cervicales y sacras de la columna; en fin, nada que no se curara con unos días de reposo. En cuanto a la amnesia, no había lesión ni conmoción cerebral que pudieran justificarla. El neurólogo le dijo que él no podía hacer nada, que era un hecho profundamente traumático y que eso explicaba que no recordara nada de lo que había sucedido. Le aconsejó que descansara y se quedara tranquilo, que cuando llegara el momento oportuno el psiquiatra hablaría con él. Por el momento no era conveniente someterlo a más estrés.

Golpeado, sedado y dolorido, durmió durante días enteros, tal vez semanas. Sin levantar la vista del tapete del escritorio, el profesor de Derecho contó que se había despertado más confundido que antes de dormirse. Cuando abrió los ojos, supo que había recuperado la conciencia, pero no la memoria. Ignoraba qué hacía ahí, no sabía por qué estaba internado y no recordaba quién era ni cómo se llamaba. Esto último no era un hecho que lo inquietara, solamente debía salir de aquel lugar. Se levantó, se arrancó la vía del brazo y la pulsera de la muñeca y liberado del suero y de la identidad, se vistió y salió de la clínica sin que nadie lo detuviera.

A partir de entonces, se dedicó a andar sin rumbo. Tampoco tenía la exigencia de encontrar uno. Ignoraba cómo se ganaba la vida antes, pero descubrió que era muy sencillo vivir de ese modo. No necesitaba más que agua, que conseguía en los baños públicos, y comida, que le daban al final del día en bares y restaurantes. Rápidamente conoció los secretos de la ciudad, los lugares públicos y privados en los que podía higienizarse e incluso, de tanto en tanto, darse una ducha. Pronto descubrió los beneficios de volverse invisible. Por alguna misteriosa razón, la gente que vivía en la calle pasaba inadvertida. Seguro las autoridades habían publicado la averiguación de paradero, tal vez alguien pudiera estar buscándolo, pero, en cualquier caso, si así hubiese sido, razonó Santiago Klein, buscarían a una persona visible, un abogado, un profesor de Contratos Civiles y Comerciales de la Facultad de Derecho y no una sombra entre las sombras. Así había sido su extraviada existencia hasta que el destino, la suerte o la fatalidad, proyectó en su camino la sombra de otro exhombre como él.

En ese punto del relato quedó expuesta ante Eleonora y Dano la condición de Eliseo. Solo entonces se enteraron de que el analista también vivía en la calle, que él tampoco tenía a donde ir.

Eliseo Fainzilber dejó que Santiago hablara, que contara su propia verdad, aunque de esa forma revelara también la de él. Les contó cómo había rescatado de las vías, un segundo antes de que pasara el tren, a ese hombre que habría de convertirse en su analista. Hasta ese momento ignoraba por qué lo había hecho; de pronto comprendió la razón y, por cierto, se hizo evidente para todos. En la persona de ese desconocido había rescatado a los que él no había podido salvar, a quienes, de hecho, había conducido a la muerte.

Convertido en su propio fiscal y en su propio juez, dictó la más cruel de las sentencias; se

condenó a memoria perpetua. Anuló de un plumazo la amnistía que se había concedido y renunció a toda defensa. Solo entonces procedió como un condenado. Se desplomó sobre el escritorio y se deshizo en un llanto profundo, en un llanto infantil como lo es el llanto de un padre que ha perdido a su hijo. Se fundió al retrato hasta que le sangraron las manos con un llanto oceánico, insular, inconsolable como llora quien ha perdido lo único que explicaba la razón de su ínfima existencia, convertida ahora en un puro dolor sin sujeto. Lloraba extendiendo en la garganta una letra impronunciable en cualquier alfabeto; ni vocal ni consonante, puro desgarró. Un sonido que era un llamado a lo que nunca más podía acudir.

Sin embargo, esa invocación desesperada hizo vibrar la cuerda que une a los extraviados de la especie y produjo una atracción elemental. Dano rompió la crisálida que lo tenía envuelto en silencio y pasmo, fue hasta ese hombre huérfano de toda orfandad, se arrodilló a sus pies y, tan huérfano como él, lo abrazó como se abrazan dos estrellas antes de extinguirse. Uno se aferró al otro de la forma en que buscan amparo dos desamparados. Eleonora por primera vez sintió que no necesitaba nada en este mundo. Nada más que esas tres personas que se ofrendaban unas a otras sin entregarse en sacrificio.

La sesión había terminado. Todavía faltaba la caminata más difícil. Pero por ese día era suficiente.

EL TEMPLO Y EL CLAUSTRO

Eliseo había pasado las últimas noches en el estudio del padre de Eleonora. No porque buscara un lugar donde dormir. O no solo por eso. Se había propuesto concluir un trabajo arduo que a esa altura parecía interminable: ordenar en la realidad los objetos que Eleonora había clasificado en un cuaderno. Y eso era solo el templo, sin pensar por ahora en la catedral.

Tras varias jornadas había conseguido al menos separar cinco montones en cinco espacios diferentes. En la habitación más grande, puso lo que ella había clasificado como cosas para tirar, aunque por el momento fuera una mera fantasía. En otra habitación había apilado los objetos para regalar a personas determinadas. En la sala del medio, todo lo que ella imaginó para donar. En el living separó el cúmulo de elementos que estaría dispuesta a vender y, finalmente, aquellos con los que quería quedarse. Eliseo le prometió que no se iba a deshacer de nada; le aseguró que la única que iba a decidir el destino de cada cosa era ella; solo le pidió algo: que le permitiera reubicar en otro lugar algunos objetos para que ella pudiera ver cómo quedaría el departamento un poco más despojado. Y se comprometió a dejarla encontrarse con sus cosas cuantas veces quisiera.

—¿Sería algo así como un depósito? —preguntó ella angustiada.

—Algo así —afirmó él.

Ella asintió sin convicción, como para no pensarlo más, pero por dentro la carcomía una ansiedad que le hormigueaba en las tripas. Si se lo hubiera propuesto cualquier otra persona, se habría negado, pero era tal la confianza que le tenía a Eliseo que se mordió los labios y aceptó.

—Pero me promete que si necesito encontrarme con mis cosas lo voy a poder hacer.

—Sí, claro.

Al recobrar la memoria, Santiago Klein de pronto tenía la posibilidad de recuperar todo aquello que había resignado a cambio de olvidar lo que le producía tanto dolor. En su casillero de la sala de profesores, guardaba una copia de las llaves de su casa, un departamento austero y luminoso en el último piso de un antiguo edificio en Libertad y Santa Fe. Desde la pequeña terraza se veía la cúpula del teatro Regina. No fue una decisión fácil. No se atrevía a regresar a esa casa habitada por las cosas de su mujer y su hijo. Había quedado todo tal cual estaba el día del accidente. La razón más poderosa que lo había animado a volver fue la de ofrecerle un lugar a Dano. De hecho, las primeras noches no pudo permanecer en el departamento; prefirió

deambular por la ciudad, como durante los últimos meses.

Luego de aquella escena significativa en la sala de profesores, en un encuentro a solas con su analista, sentados en un banco de la plaza Rodríguez Peña, Santiago le planteó la necesidad de pagarle.

—Aristóteles no les cobraba a quienes caminaban con él. Él consideraba que la enseñanza era recíproca y, en última instancia, existía un intercambio equitativo —dijo Eliseo mientras extraía unos papeles doblados y bastante estropeados del bolsillo trasero del pantalón— , pero si quiere hablar de honorarios, yo también debo hacerle una consulta profesional.

Eliseo desplegó los papeles, que se resistían a volver a la forma original, y se los dio. Era el contrato de la hipoteca que había firmado con Sappia a espaldas de Martina. El abogado leyó el texto reconcentrado, iba y volvía, leía y releía, asentía, negaba, murmuraba, se interrogaba y se contestaba. Levantó la vista con un gesto destemplado y le preguntó:

—¿Usted firmó esto?

Eliseo le devolvió una mirada llena de vergüenza e ingenuidad y asintió.

—Y todavía se quiere comparar con Aristóteles, el abuelo del contrato social de Rousseau... Estamos en problemas.

UN PLAN

Eliseo estaba exhausto. Desde el ventanal había visto el anochecer y también las luces del alba sobre las copas de los ceibos del parque Las Heras. Sin haber podido pegar un ojo, había pasado la noche embalando los diversos objetos de Eleonora.

A primera hora llegó el camión de mudanzas con dos peones. Acostumbrados a ver acumulaciones de todo tipo, uno de los muchachos no pudo sin embargo disimular el asombro ante este curioso santuario. Eliseo, consciente del significado que tenía cada uno de esos objetos, les suplicó a los peones que los trataran con el mayor de los cuidados, aunque pudieran parecer cosas sin valor. Cuanto más cargaban en la caja del camión, más inacabable parecía el trabajo. El departamento, lejos de lucir más vacío, se veía como si hubiera estallado una bomba. Por cada embalaje que se iba, surgía un nuevo cúmulo que había quedado oculto por el anterior. Era desesperante.

A media mañana los muchachos terminaron de cargar todo. Eliseo viajó en la caja del camión aprisionado entre los objetos. Se recostó contra el guardabarros para recuperar el aliento. Debía recobrar fuerzas, todavía faltaba descargar. Tenía una larga jornada por delante.

El día anterior se había encontrado con Martina. Igual que aquella vez, que ahora le parecía lejana, esperó sentado en el borde del cantero a que ella saliera. Martina se alegró al verlo, aunque evitó que se le notara. No lo invitó a entrar en la casa, pero tampoco se negó a una conversación. Lo saludó con un beso frío y permitió que caminara junto a ella. Mientras avanzaban por Washington, iniciaron un diálogo profundo, maduro, tal vez el más significativo desde que se conocieron. Él no guardaba demasiadas esperanzas de que pudieran volver a pensar en un futuro juntos. Eliseo sabía que tenía una obligación anterior, surgida de una necesidad imperiosa y un deseo profundo: reparar lo que había roto. Antes de arreglar su propia vida debía componer la de Martina. Y eso no se hacía con gestos grandilocuentes, declaraciones de amor o de principios. Era consciente del daño que le había causado. No solo había dejado un matrimonio destrozado, una mujer herida y escombros de una confianza difícil de reconstruir, sino, además, un problema legal, financiero, familiar y patrimonial. Eliseo le hizo una propuesta inesperada, extraña, que tal vez la semana anterior a ella le habría parecido absurda. Sin embargo, algo había cambiado en él. Martina no le respondió, pero tampoco cerró la salida que él acababa de plantearle. Era un plan, con varias aristas económicas y legales complicadas. Pero era un plan. Habían dado un par de vueltas a la manzana y, cuando llegaron a la puerta de la casa, ella se detuvo, sacó las llaves y, a modo de despedida, le dijo:

—Yo no sé si eso será posible, habría que consultarlo con un abogado —dijo ella, al mismo tiempo que se disponía a entrar.

—Bueno, eso no es problema, tengo al mejor —contestó Eliseo, a la vez que hacía un gesto con la mano hacia el árbol en el que él la había estado esperando. Entonces apareció desde el otro lado del tronco un hombre que llevaba una carpeta bajo el brazo—. Te presento al doctor Klein, Santiago es titular de la cátedra de Contratos Civiles y Comerciales de la Facultad de Derecho.

Sin saber muy bien por qué, Martina los hizo pasar.

—¿Tu abogado? No tenés donde caerte muerto, pero tenés un abogado —dijo con justificada sorpresa.

—Santiago viene a darnos una mano con ese tema.

—Bueno, si necesitamos al titular de la cátedra, debemos tener un problema grande de verdad, ¿no alcanzaba con el JTP?

—El jefe de trabajos prácticos es el que se ocupa de los temas más grandes —dijo Santiago—, yo a esta altura de mi vida solo me dedico a lo que me da gusto.

—Ah, qué bien. No sabe el gusto que me da tener el negocio familiar fundido. No se imagina lo lindo y agradable que fue enterarme de golpe que tengo el negocio embargado y una deuda impagable con un mafioso italiano —dijo con una sonrisa sarcástica mirando a Eliseo.

—No me dedico a los temas matrimoniales, aunque ganas no me faltan, al menos es más divertido que revisar la letra chica de un contrato.

—Y, sí, la gente viene sin letra chica. De haber venido con un manual de instrucciones, me habría ahorrado todo el problema —dijo sin dejar de mirar al hombre con el que había convivido hasta hacía unas semanas.

—Hágame un favor, licenciado, usted que conoce la casa, ¿por qué no prepara café mientras yo hablo con la señora que parece ser la más inteligente del equipo?

—¿Así que somos un equipo? ¿Y qué parte del equipo va a costear sus honorarios, doctor en Contratos Civiles y Comerciales? Porque esta parte del equipo —dijo señalándose a sí misma con los pulgares— ya perdió un montón de plata.

—Primero, no se preocupe que usted no va a pagar nada. El que rompe paga —dijo mirando hacia el lugar desde donde venía el olor del café— y por lo que sé usted no rompió nada.

Eleonora dejó escapar una carcajada y se vio en la obligación de advertirlo:

—¡Si no tiene un peso partido al medio! No tiene nada.

—Tal vez no lo recuerde, pero tiene un título universitario. Y bastante talento.

—¿Y qué, lo va a empeñar?

Eliseo asomó la cabeza desde el marco de la puerta de la cocina y dijo:

—Ah, sí, no te lo dije, estoy trabajando, tomé algunos pacientes.

Eleonora dejó escapar otra risotada y mirando al abogado hizo girar el dedo índice alrededor de la sien.

—No me digas, ¿y qué, los atendés en la calle?

—Bueno, si Aristóteles concibió el Derecho caminando con sus discípulos... —empezó a decir Santiago.

—¿Usted también va a empezar con Aristóteles, Diógenes y los cínicos? Es como que tiene una tara con ese tema. Es patético —lo interrumpió Eleonora.

—Peripatético, en ese caso.

—Ustedes se conocieron en el cotolengo, ¿no? ¿A eso se refería con lo del equipo?

—Mire, si los cínicos formaran un equipo usted llevaría el brazalete de capitán. Y es un halago, créame. Pero sí, somos un equipo —dijo ahora seriamente el abogado—. Tenemos que ser un equipo más allá de las cuestiones personales que tengan que resolver. Lo que hagan ustedes dos con sus problemas, con todo el respeto que le tengo a Eliseo, no es problema mío. Pero le pregunto, ¿quiere recuperar el local, sí o no?

Martina asintió. Por alguna razón, ese hombre le generaba confianza.

—Entonces escúcheme bien, yo no voy a dejar que les ejecuten el local. Pero para eso tenemos que tener un plan.

—¿Y tenemos un plan?

—Tenemos un plan —dijo el titular de la cátedra de Contratos Civiles y Comerciales de la Facultad de Derecho.

HACIA NINGUNA PARTE

Eliseo y sus caminantes se encontraron a las seis de la tarde en la explanada de la Biblioteca Nacional. Llegaron puntuales como siempre. El analista miraba a cada uno con una melancolía inexplicable, semejante a la de un padre que temiera olvidar la primera imagen de su hijo. Ninguno de ellos era el mismo de aquel encuentro inaugural. Eliseo se sentía íntimamente orgulloso de los cambios de sus pacientes. No pensaba en el momento sobrecogedor y elocuente de cuando Equis se transformó en Santiago Klein, ni en la decisión de Dano de enfrentar a su padre o en la conmovedora aceptación de Eleonora al haberle confiado sus ofrendas máspreciadas. Mientras los veía caminar por la calle Galileo hacia Las Heras, pensaba más bien en el nexo invisible, poderoso, que se había generado entre ellos, como si ese mismo vínculo fuera algo superior que los volviera más fuertes o infinitamente frágiles si se diluyera.

Esa tarde era distinta. Había en la brisa cálida de marzo algo que solo podían advertir los nómades, los peregrinos y las bandadas de pájaros. Caminaban en silencio, con una actitud de recogimiento y, por momentos, de contemplación. Como si se tratara de una procesión, todos iban hacia un mismo lugar, aunque no tuviesen un destino preconcebido. Avanzaban con paso unánime, los cuatro en la misma dirección. Borearon el hospital Rivadavia por la calle Austria. Eliseo pudo distinguir en los ojos de Dano una mirada de adiós, como si aquel edificio al que iba a calmar, o acaso a alimentar, el pánico fuera un lejano suburbio del pasado. Cuando doblaron en la esquina de Peña, Dano apenas giró la cabeza por sobre el hombro. Fue una despedida breve, silenciosa y sin rencor.

Esa tarde no había comentarios que buscaran suscitar diálogos trascendentales o traer reminiscencias dolorosas. Al contrario, esa caminata era una sencilla celebración de lo mínimo, de la belleza en su dimensión pedestre, elemental, de la calma, de lo efímero. Cada uno reparaba en algo diferente, un hecho mínimamente excepcional en un pequeño universo de cosas nimias: el poste inclinado que no sostenía nada, la flor roja y abierta en una planta marchita, un gato que dormía sobre el alféizar de una ventana tapiada e inaccesible o el mocasín en el racimo de zapatillas que colgaba de un cable. Caminaban discretamente extasiados hacia un mismo lugar, aunque no supieran dónde quedaba.

Había en ese periplo algo semejante a la muerte y al renacimiento, en el sentido reconfortante y simple de dejar de existir y brotar como un trébol en el empedrado. Caminaban con la convicción de que luego de llegar a ese destino común y todavía desconocido nada volvería a ser igual que antes de haber dado el primer paso. Avanzaron por Peña hasta Pueyrredón, doblaron

hacia el sur y luego en French hacia el bajo. En la mitad de la cuadra, Eliseo se detuvo y los invitó a entrar en un local antiguo en cuya breve marquesina decía “Los Paz” y más abajo “Bar Decó”. Al mirar al otro lado de la vitrina, Eleonora se llevó las manos a la cara para despejar el velo húmedo que de pronto le anegó los ojos.

LA TIERRA NUNCA PROMETIDA

El viejo local de la calle French era el mismo y a la vez otro infinitamente distinto. Cada uno de los nómades tuvo la certidumbre de que había llegado, al fin, a la tierra nunca prometida. Los perros de Diógenes habían encontrado su tinaja al costado del ágora. Reconocían ese sitio a pesar de que jamás habían estado ahí. Era la representación perfecta de los anhelos de cada uno y la materialización del nexo innombrable que los unía. Giraban sobre sí mismos mientras miraban maravillados el lugar.

En la pared del fondo, como si se tratara de un tabernáculo, estaban exhibidos los objetos que Eleonora le había confiado a Eliseo. Las antigüedades que se había llevado el Viejo Sappia se verían más bien como antiguallas deslucidas en comparación con las que ahora cubrían la pared desde el piso hasta el techo. A causa quizá del valor sagrado del que estaban investidos, tal vez por el modo exquisito y amoroso con que Martina los había ordenado y dispuesto, todo tenía la belleza de lo viviente. No se veían como antigüedades muertas o piezas de museo que necesitaran una explicación.

Eleonora se acercó a ese altar, pagano y secular, y descubrió con felicidad que ya no le pertenecía, que a partir de ese momento el homenaje íntimo a la memoria de sus muertos era un acto público y abierto. Podía repartir el peso del dolor con el resto de la humanidad, con aquellos que quisieran mirar las ofrendas o llevárselas. En el centro del inmenso mueble que contenía lo que antes era una acumulación, Eleonora pudo ver su propia letra manuscrita convertida en un cartel que decía “Cosas para vender”. La única que podía decidir la venta y el precio de cada uno de esos objetos era ella. Nadie más que ella.

Sobre la pared de la izquierda, Dano descubrió el sitio que le pertenecía. Eliseo y Martina habían armado una barra que se veía como un fragmento de la Padlock Tavern de Londres. Detrás de la barra se levantaban las faraónicas ofrendas de bebidas y manjares que Eleonora había acumulado en la cocina del estudio del padre: botellas de ginebras diversas, tequila blanco y reposado, rones claros y oscuros, vodka, whisky escocés, bourbon, Cointreau, vermouth rojo y blanco, Campari, amaretto, Kahlúa, cassis, licores múltiples y otros, raros y exóticos, que solo el padre de Eleonora reconocería. Por fin alguien podría brindar por su memoria. A un costado de la barra había un tocadiscos Thorens, de la época de oro, y una colección de vinilos de la década de los setenta exhumada del reino de los muertos. Dano encendió el viejo amplificador McIntosh, esperó a que brillaran los tubos de vacío con su luz ámbar, puso en la bandeja el disco de Heatwave y entonces, a través de la garganta soberbia de un par de antiguos parlantes Tannoy,

sonó la suave introducción de “Boogie Nights” y, luego, la línea de bajos que hizo temblar los cristales.

En la trastienda había ahora un escritorio señorial, con tapete verde, iluminado por una auténtica Emeralite, de pantalla de cristal, dignos del titular de la cátedra de Contratos Civiles y Comerciales de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. Santiago Klein se sentó en el sillón giratorio; desde su lugar, podía ver a sus compañeros de camino a través de una ventana horizontal. Observaba a Dano mientras disponía de los elementos de la barra con la juventud de un bartender y la madurez de un cantinero; miraba a Eleonora, con la frente alta, despojada para siempre del estigma de Eleanor Rigby; los contemplaba en silencio y se decía que mientras él estuviera ahí, en la retaguardia de ese pequeño pueblo nómada, nadie, nada, nunca más, podría hacerles daño.

Caía la noche y el local se iluminaba. Antes de que el brazo del tocadiscos llegara al final del surco del lado A, entraron los primeros clientes, una pareja que tenía la edad de esa vieja música soul. Pidieron Bloody Mary y, mientras recorrían el local, dejaban escapar una sonrisa nostálgica cada vez que descubrían un objeto en el que se reconocían. Y detrás de esos clientes llegaron otros y luego otros más. “Drink”, se escuchaba cada vez que Dano terminaba de preparar un trago.

Una mujer se acercó al mostrador, alzó la vista hacia uno de los anaqueles y señaló un pequeño encendedor plateado.

—¿Me lo podría mostrar, por favor? —Eleonora subió dos peldaños de la banqueta escalera, estiró el brazo y lo atrapó entre la punta de los dedos.

La mujer lo examinó con delicadeza y murmuró:

—Es igual al que tenía mi padre.

Eleonora sonrió apenas.

—¿Cuánto cuesta?

Eliseo, silencioso y lejano espectador, bajó la mirada cuando sus ojos se cruzaron con los de ella.

—No, no está en venta —respondió, y antes de que la mujer lo apoyara sobre el mostrador con un gesto desconsolado, Eleonora le tomó la mano con la que sostenía el encendedor y la apretó dentro de la suya.

—Es un regalo.

La mujer la miró con una sonrisa desconcertada, y antes de que llegara a decir algo, completó:

—Es la primera cliente. Llévelo.

Sorprendida, feliz, la mujer hizo girar el encendedor y en la base leyó: “Elías Rosenthal”.

—No sé de quién habrá sido, pero está en buenas manos. Tiene un gran valor para mí. Se lo aseguro. Mil gracias —le dijo la mujer y la saludó con un beso.

Eliseo, que había visto y oído la escena, se limitó a sonreír.

Desde la calle, al otro lado de la vidriera, mezclada entre la gente que esperaba para entrar, Martina escuchaba los comentarios: “Deberían poner mesas afuera”, “¿Qué había antes acá?”, “Qué lindo lugar, ¿qué es?”, “Volvamos en un rato a ver si se desocupa la barra”.

Eliseo la descubrió detrás de los reflejos del vidrio. Ella dio un paso atrás para salir de su campo visual, pero ya era tarde. Él fue hasta la barra, le pidió a Dano dos copas de vino y salió del local sosteniendo una en cada mano. Caminó hacia Martina, que lo vio acercarse con los nervios de una adolescente. Eliseo le dio una copa y luego le ofreció el brazo. Ella le dio la mano, enlazó sus dedos entre los de él, y le dijo en el oído:

—Caminemos.

Eliseo y Martina, copas en mano, miraron el cielo diáfano de fines de marzo y, como los viejos caminantes, se dejaron guiar por las estrellas empalidecidas tras las luces de la ciudad.

EPÍLOGO

La pregunta más frecuente que nos hacemos los lectores y, por cierto, la que a menudo rehusamos contestar los escritores es cuánto de ficción y cuánto de cierto hay en una novela. En el caso de *Psicódromo* se agregan otros interrogantes que, de hecho, he recibido de mis editores y del pequeño grupo íntimo que ha leído el libro antes de que se publique, a saber: ¿los personajes están inspirados en pacientes reales?, ¿cuánto de mí hay en el psicoanalista que protagoniza esta historia?

Para intentar responder la primera pregunta, diré que el psicódromo existe, en efecto, antes que esta novela y coincide aproximadamente con los escenarios de esta historia. ¿Cómo surgió?

Todas las tardes, cuando baja el sol, antes de sentarme a escribir, suelo salir a caminar al menos una hora. Durante estas caminatas trato de ordenar las ideas que pugnan, caóticas, por salir a la luz o, al contrario, por ocultarse de mí. El acto de caminar, por otra parte, propicia la mecánica del pensamiento y lo estimula.

En una oportunidad, agotado de intentar atrapar una idea que, literalmente, me ganaba por una cabeza, me detuve en la avenida Melián a estirar los músculos de las piernas. Apoyado contra el tronco de un árbol, de pronto sucedió algo inesperado. Una mujer con la que solía cruzarme durante mis caminatas y con quien nunca había intercambiado palabra se acercó y me dijo:

—Aprovecho que está elongando para robarle un minuto. Yo he leído algunos de sus libros y sé que además de escritor usted es psicólogo. Se lo digo sin rodeos, me gustaría analizarme con usted.

Estaba por explicarle que hacía muchos años que no atendía pacientes, y, adelantándose a mis palabras, agregó:

—También sé que no ejerce, lo leí por ahí, y me imagino que debe estar muy ocupado.

Ella ya había respondido por mí; era exactamente lo que iba a decirle cuando remató:

—Pero no me diga que no tiene tiempo, porque yo lo veo todos los días caminando por acá.

Iba a hacerle notar que ese tiempo lo invertía, precisamente, en caminar cuando, otra vez, se adelantó:

—¿Por qué no me analiza mientras caminamos?

Ese último comentario fue para mí una epifanía. Hacía mucho tiempo yo albergaba la sospecha de que el consultorio psicoanalítico era una innecesaria herencia de la medicina. Así como Aristóteles y los antiguos peripatéticos accedían al conocimiento mientras dialogaban durante aquellas caminatas al aire libre a paso firme, lo mismo debía suceder con el análisis de

los misterios que nos producen sufrimiento. Por otra parte, pensaba, todos nosotros conservamos intactos los genes nómades de cuando, hace apenas unos miles de años, nuestros ancestros atravesaban continentes enteros a pie detrás del huidizo sustento que había que cazar y recolectar. En el momento en que el ser humano ideó la agricultura, todo cambió. Los pueblos se hicieron sedentarios y el hombre se volvió obeso, ambicioso y neurótico. Dejó de caminar y empezó a acumular grasas, objetos inútiles e ideas sombrías. Aquella charla fortuita debajo de un árbol significó el reencuentro con mi profesión de una manera completamente novedosa.

Con aquella paciente pionera bautizamos esta terapia con el nombre de psicódromo e inauguramos el primer circuito terapéutico delimitado por avenida Melián, estación Coghlan, avenida Naón y los Incas. Así, nuestras sesiones transcurrían a la sombra de las frondosas tipas que forman un techo vegetal sobre Melián. Luego se sumaron nuevos pacientes caminantes y, entre el perfume de los jazmines y los tilos, fuimos perdiendo peso y pesares, mientras ganábamos diálogos memorables. Reemplazamos el diván y el encierro del consultorio por el cielo límpido del barrio, con sus casas victorianas y sus calles arboladas.

En cuanto a la segunda pregunta, sobre si los personajes de este libro están inspirados en pacientes reales, la respuesta es no. Jamás revelaría a nadie ni, menos aún, haría públicos la identidad o los diálogos con mis pacientes. Sin embargo, también es necesario aclarar que, aunque las personas son singulares e irrepetibles, los cuadros patológicos suelen responder a una lógica, una etiología y un desarrollo comunes. De modo que, pese al carácter novelesco de los protagonistas de esta historia, muchos lectores tal vez se puedan sentir identificados con ellos. Pero, como suele decirse, los personajes retratados en este libro son completamente ficticios y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia. O, para decirlo de otro modo, los cuadros clínicos retratados en este libro son completamente reales y cualquier parecido con tal o cual persona es pura reincidencia. En efecto, las personas insisten en parecerse a las enfermedades y no a la inversa porque, de hecho, las enfermedades son mucho más antiguas que los pacientes que las padecen.

Por último, ¿cuánto hay de este autor en el psicoanalista que protagoniza esta novela? Casi todo o, lo que en términos relativos es lo mismo, casi nada.



Eliseo Fainzilber es psicoanalista y una mañana se despierta en un banco de la estación Coghlan. Durmió con un libro de Aristóteles y otro de Diógenes Laercio a modo de almohada. Su esposa lo echó de la casa al enterarse de que había fundido el negocio familiar a sus espaldas. De pronto se quedó sin nada. Deambula por la ciudad y conversa con un pordiosero.

El destino lo reencuentra con Eleonora, una antigua paciente que insiste en retomar las sesiones con él, pero Eliseo se había alejado hacía años de su profesión a causa de una experiencia traumática. Y aunque quisiera, tampoco dispone de un consultorio donde atenderla. El pordiosero, que tiene más de sabio que de vagabundo, le sugiere que utilice la calle, que caminen como lo hubiera hecho Diógenes de Sínope.

Así, Fainzilber regresa a su profesión e inaugura el “psicódromo”, un tratamiento que consiste en conversar mientras recorren la ciudad. Una serie de personas se cruzarán en su camino y a medida que él se compromete a desentrañar el origen de sus problemas y resolverlos, irá creando, poco a poco, su propia salvación.

En un escenario real signado por la inestabilidad y la frustración, *Psicódromo* resulta también una metáfora que va más allá de cada personaje para hablar, en mayor o menor medida, de todos nosotros.

Una pregunta sobrevuela la novela mientras deambulamos con sus protagonistas: ¿es posible escaparse de uno mismo? ¿Podemos dejar de girar en falso en torno a nuestro sufrimiento y librarnos de aquello que nos perturba? Con la destreza narrativa con la que cautivó a infinidad de lectores, Federico Andahazi propone un derrotero bajo el cielo urbano que es una fuga hacia adentro; el viaje emocional, sensorial y reflexivo de un personaje que parece decirnos que solo manteniéndonos en movimiento es posible encontrar una salida.



FEDERICO ANDAHAZI

Nació en Buenos Aires en 1963.

Se graduó en Psicología en la Universidad de Buenos Aires. En 1997 publicó *El anatomista*, con la que ganó el primer premio de la Fundación Fortabat. Este libro se transformó en un rotundo éxito de ventas y se tradujo a más de cincuenta idiomas. Desde entonces editó quince títulos, entre novelas, cuentos y ensayos. *El anatomista* y *Errante en la sombra* fueron llevadas al teatro con gran repercusión de público y crítica. En 2006 Andahazi ganó el Premio Planeta de Novela con *El conquistador*. En octubre de 2011 fue distinguido como Personalidad Destacada de la Cultura por la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires. En Grijalbo también ha publicado *Las huellas del mal*.

www.andahazi.com

Foto del autor: © Aida Pippo



Otro título del autor en penguinlibros.com

Andahazi, Federico

Psicódromo / Federico Andahazi. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Grijalbo, 2023.

(Ficción)

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-28-1662-3

1. Narrativa Argentina. I. Título

CDD A863



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Diseño de tapa: Penguin Random House Grupo Editorial / Raquel Cané

© 2023, Federico Andahazi

Casanovas & Lynch Literary Agency, S.L.

Balmes 209, 5º 2º, 08006 Barcelona,

teléfono +34 93 212 47 91

e-mail: info@casanovaslynch.com

Edición en formato digital: noviembre de 2023

© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.

Humberto I 555, Buenos Aires

penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-950-28-1662-3

Conversión a formato digital: Estudio eBook

Facebook: [penguinlibrosar](#)

Twitter: [penguinlibrosar](#)

Instagram: [penguinlibrosar](#)

Índice

Psicódromo

1. Atenas-Buenos Aires, Buenos Aires-Atenas
2. Eliseo en el ágora
3. La sombra del pasado
4. Última cena
5. Las puertas del tiempo
6. La expulsión del paraíso
7. En tren de fracasar
8. Volver y revolver
9. El hombre que nunca existió
10. La refutación de Heráclito
11. Caminantes en la tormenta
12. Primeras últimas palabras
13. La mujer que lo tenía todo
14. Las llaves del templo
15. La niña del faraón
16. La hiedra, el muro y los lamentos
17. El cervatillo y el dragón
18. La lógica del pánico
19. Equis, el hombre que no sabía quién era
20. La calle de los pensamientos
21. Alquimias, alcoholes, alcurnias
22. Exiliado en East End
23. El templo y la catedral
24. Muerte de un faraón
25. De bueyes, leyes y reyes

26. Primeros pasos
27. Cuestiones de familia
28. Historia de un parricidio
29. Un puente entre dos olvidos
30. Ex cathedra
31. El juez de la memoria
32. El templo y el claustro
33. Un plan
34. Hacia ninguna parte
35. La tierra nunca prometida
Epílogo
Sobre este libro
Sobre el autor
Otro título del autor
Créditos